HARLEQUIN



BARBARA HANNAY

TREGUA EN EL RANCHO



TREGUA EN EL RANCHO

BARBARA HANNAY



Indice

Argumento

Nada más volver del frente, Joe Madden tenía que enfrentarse a los papeles del divorcio. Tras haber pasado por dolorosos problemas de fertilidad, sabía que su matrimonio no tenía salvación.

Aunque habían pasado tres años, Ellie sintió que su marido seguía teniendo el mismo poder que siempre para acelerarle el corazón. Sin embargo, no podía olvidar que solo estaba de paso… hasta que la lluvia anegó los campos del rancho Karinya, cortando toda vía de escape. ¿Podrían un tratado de paz y unos días mágicos devolver la chispa de la vida a su relación?

Prólogo

Joe Madden esperó dos días enteros antes de abrir el correo electrónico que le había enviado su esposa.

Él no solía evitar los problemas. Iba contra todo lo que había aprendido en su entrenamiento militar. Aun así, allí estaba, en Afganistán, mirando el mensaje de Ellie como si fuera más peligroso que un explosivo.

El divorcio podía hacerle eso a un hombre.

El hecho de que hubiera sido Joe quien le había sugerido la separación era irrelevante. Después de demasiados años de matrimonio tormentoso, él había comprendido que su propuesta había sido justa y necesaria. Pero eso no hacía la ruptura menos dolorosa.

Solo, en su pequeña choza en Tari Kot, echó un vistazo a los otros dos correos electrónicos que le habían llegado de Australia durante la noche. Uno era de su tía, que le recordaba amablemente lo mucho que se preocupaba por él. El otro, de su hermano, con su habitual tono irónico, le arrancó una amarga sonrisa.

Se quedó mirando el de Ellie, todavía sin abrir. Sin duda, habían llegado los papeles definitivos de divorcio y Ellie estaba impaciente por enviárselos.

Era obvio que ella no estaba dispuesta a esperar a que terminaran los cuatro años que Joe tenía que servir en el ejército, a pesar de que él se lo había sugerido por una razón meramente práctica. Sabía que ningún soldado estaba a salvo en Afganistán y, si lo mataban mientras estuvieran casados, ella recibiría una pensión de viudedad del ejército. Al menos, no tendría que preocuparse por el dinero.

Era algo importante. En sus misiones, Joe tenía que enfrentarse a la muerte a diario. Ya había perdido a dos compañeros, ambos excelentes soldados. La muerte era un peligro real y muy presente a su alrededor.

De todas maneras, estaba claro que romper su matrimonio cuanto antes era más importante para Ellie que su estabilidad económica futura.

Diablos, lo más probable era que tuviera otro pretendiente en espera. Joe rezó porque no fuera el maldito granjero que la madre de Ellie había escogido para ella.

Fueran cuales fueran sus razones, lo evidente era que su esposa tenía mucha prisa por verse libre de su alianza.

No tenía sentido seguir evitando lo inevitable, se dijo Joe. Sintiendo que el sabor del café que acababa de beberse le amargaba la boca, pulsó en el mensaje para abrirlo.

Hacía un día de calor insoportable en el rancho Karinya, en North Queensland. El hambriento ganado devoraba con ansiedad la melaza que Ellie le repartía, mientras dejaba vagar sus pensamientos. Cuando llegó a casa, estaba sucia y pegajosa como una barra de caramelo restregada por el barro.

Lo primero que hizo fue ir al lavabo y frotarse bien los brazos hasta los codos. Después, tomó una jarra de agua helada del frigorífico, se llenó un vaso y se lo bebió de un golpe. Se sirvió otro para llevárselo al estudio y, allí, se quedó de pie con los vaqueros manchados de melaza mientras encendía el ordenador.

Llena de tensión, esperó a que se descargara el último mensaje. ¿Le habría mandado ya Joe su respuesta?

Encogida por la aprensión, cerró los ojos y contuvo el aliento. Cuando se obligó a mirar a la pantalla de nuevo, se sintió decepcionada.

No había noticias de Joe.

Ni una palabra.

Durante unos instantes, se quedó mirando a la pantalla como si, de alguna forma, fuera a aparecer otro mensaje en ese mismo momento.

Pero no.

¿Por qué no le había contestado? ¿Qué se lo estaba impidiendo? Aunque hubiera salido de patrulla, siempre solía regresar al campamento uno o dos días después.

Un escalofrío de miedo la recorrió.

¿Estaría herido? No era posible.

El ejército habría contactado con ella.

No debía pensar en eso.

Desde que su marido se había unido al ejército, Ellie había aprendido a evitar los pensamientos negativos. Sabía que otras parejas tenían códigos secretos para hablar de cualquier cosa peligrosa, pero ella y Joe habían perdido esa clase de intimidad hacía mucho.

Debía de haber otra explicación.

Lo más probable era que Joe necesitara tiempo para pensar. Sin duda, su mensaje lo habría sorprendido y estaría sopesando los pros y los contras de su propuesta.

Con la esperanza de reafirmarse en esa explicación, Ellie releyó el mensaje que le había enviado a su marido, también para asegurarse de que sonaba razonable.

Había intentado exponer sus motivos de forma concisa y directa,

manteniendo al margen las emociones. Aun así, al leerlo, no pudo evitar imaginar cómo se habría sentido Joe al abrir su correo.

Hola, Joe:

Espero que estés bien.

Te escribo por una cuestión práctica. He recibido otro mensaje de la clínica de tratamientos de fertilidad, ya ves, y he vuelto a pensar en los embriones congelados. Sorpresa, sorpresa.

Joe, sé que firmamos un documento al comenzar el programa en que acordábamos que, en caso de divorcio, donaríamos los embriones a otra pareja estéril. Pero, lo siento, tengo muchos reparos en hacer eso.

Lo he pensado mucho, Joe. Créeme, mucho.

Me gustaría pensar que sería tan generosa como para entregar los embriones a otra pareja más adecuada, pero no puedo evitar pensar en ellos como si fueran mis bebés.

Le he dado muchas vueltas, Joe, y he decidido que lo que de veras quiero hacer es un último intento de fecundación in vitro. Sé que lo más probable es que te horrorice. Me dirás que solo conseguiré más frustración. Sé que esto te debe de sorprender y, seguramente, no te guste.

Sin embargo, si por algún maravilloso milagro me quedara embarazada, no esperaría que cambiáramos nuestros planes de divorcio. Prometo que no usaré al bebé para retenerte ni nada de eso.

Como sabes por experiencias pasadas, tengo muy pocas probabilidades de éxito, pero no puedo seguir adelante con la inseminación sin tu consentimiento. Ni tampoco querría hacerlo. Por eso, espero con ansiedad conocer tu opinión.

Mientras, cuídate mucho, Joe.

Te deseo lo mejor,

Ellie

Joe se sintió como si le hubiera explotado en la cara una granada.

Sí que era una sorpresa, sí. Jamás en la vida se habría imaginado que Ellie le propusiera eso.

Había dado por sentado que los estresantes tiempos en que ambos habían intentado formar una familia habían quedado atrás.

Después de haber abandonado el rancho Karinya, Joe no se había permitido pensar ni una sola vez en los embriones restantes. ¿Cuántos eran? ¿Dos? ¿Tres?

Con el estómago encogido, recordó los horribles años en que la clínica de fertilización había dominado sus vidas. Sus únicas esperanzas y sueños habían estado aferrados a aquellos embriones.

Hasta el momento, sin embargo, ninguno había sobrevivido el proceso de implantación.

Soportar cada pérdida había sido demasiado doloroso.

En el presente, Joe no tenía duda de que Ellie se estaba exponiendo a otra amarga desilusión. Aun así, por un instante de locura, casi sintió un atisbo de esperanza, el mismo que les había mantenido en pie durante aquellos sórdidos años de intentos.

Por Ellie, deseó que la implantación pudiera tener éxito, aunque sabía muy bien que las posibilidades de éxito eran mínimas. Además, se le encogía el corazón al pensar que fuera a pasar por todo el proceso ella sola.

Lo cierto era que no quería pensar en nada de eso. Se había enrolado en el ejército para olvidar su vida anterior. Allí tenía un enemigo visible que le obligaba a mantener su concentración en el presente.

Pero Ellie le pedía que volviera a contemplar la posibilidad de ser padre. Aunque, en esa ocasión, sería padre solo en teoría. Ella le había dejado muy claro que seguía queriendo el divorcio. Y él entendía por qué. Por eso, a pesar de que ocurriera el milagro y el embrión sobreviviera, el niño nunca viviría bajo su mismo techo.

Serían extraños el uno para el otro.

Como si reflejara sus amargos pensamientos, una explosión sonó fuera, demasiado cerca del campamento. A través de la ventana, Joe vio llamaradas y humo. Se oyeron gritos. Un recordatorio de que la muerte y el peligro eran sus compañeros habituales.

No había manera de obviar esa realidad. Por eso, no tenía sentido seguir dándole vueltas a la propuesta de Ellie, se dijo.

Era una pérdida de tiempo.

Joe ya conocía la respuesta.

Capítulo 1

Tres años después…

–Ellie, soy mamá. ¿Tienes la televisión encendida?

–¿La televisión? –repitió Ellie con tono de incredulidad–. Mamá, acabo de volver de dar de comer al ganado. Se está secando todo. He estado sacando a una vaca que se había quedado atrapada en el barro y estoy cubierta de lodo. ¿Por qué? ¿Qué pasa en la tele? –preguntó. El único programa que le interesaba en esos días era el del tiempo.

–Acabo de ver a Joe –dijo su madre.

–¿En la tele? –preguntó Ellie con un grito sofocado.

–Sí, cariño, en las noticias.

–¿Está…? ¿No le ha pasado nada?

–No, no, está bien –repuso su madre con un ligero tono de desprecio, un pequeño recordatorio de que nunca había aprobado la elección de marido de su hija–. ¿Vuelve a casa?

–¿Está en Australia?

–Sí, Ellie. Su escuadrón acaba de aterrizar en Sídney. Lo he visto en las noticias y en las imágenes salía Joe de refilón. Solo lo vi unos segundos, pero era él, sin duda. El reportero dijo que esas tropas no volverían a Afganistán. Pensé que debías saberlo.

–De acuerdo. Gracias –replicó Ellie, llevándose la mano al pecho, que le latía a cien por hora.

–Igual puedes ver la noticia en uno de los otros canales.

–Supongo.

Ellie estaba temblando cuando colgó. Había escuchado noticias sobre una retirada de tropas australianas, sin embargo, era un shock saber que Joe había vuelto a casa. Para quedarse.

Antes, Joe había desempeñado varias misiones de corta duración en Afganistán y, después de cada una, había regresado a su base en Nueva Gales del Sur. Pero, en esa ocasión, no volvería al campo de batalla.

Aun así, él no había contactado con ella.

Era una prueba más de lo mucho que se habían distanciado.

Ellie volvió la vista a la pantalla de televisión que tenía en una esquina del salón. No tenía tiempo de encenderla. Estaba llena de barro. Ni siquiera sabía por qué se había apresurado a entrar en casa para responder al teléfono. Por alguna razón, su instinto la había impulsado a hacerlo.

Debería ducharse y cambiarse antes de nada. No iba a ir a buscar a Nina y a Jacko hasta que estuviera limpia.

Sin embargo, no pudo evitar tomar el mando a distancia.

Tras unos segundos, encontró un canal que emitía una escena en el aeropuerto de Mascot, mientras el locutor comentaba el regreso de las tropas.

La pantalla mostraba el aeropuerto lleno de soldados uniformados, abrazando a sus mujeres y a sus hijos con las caras iluminadas por la emoción.

Lágrimas de felicidad y sonrisas se dibujaban en todos los rostros. Un joven sostenía a un pequeño bebé. Una niña se abrazaba a la pierna de su padre, intentando llamar su atención mientras el soldado besaba a su madre.

Ellie sintió un nudo en la garganta. No podía soportar aquellas imágenes de felicidad en familia. Con lágrimas en los ojos, se preguntó dónde estaría Joe.

Entonces, lo vio.

Allí estaba el hombre que pronto sería su exmarido.

Al fondo de la multitud, parecía estar esquivando las cámaras, mientras intentaba dirigirse a la salida con rostro apesadumbrado.

Tenía un aspecto solitario y triste. Con su uniforme militar, parecía más alto y fuerte que nunca. Y muy guapo, claro. Pero, comparado con sus camaradas sonrientes, tenía un aspecto desolado.

Con una mueca de dolor, Ellie no pudo contener el llanto.

Enseguida, la cámara enfocó a un político que había ido a recibir a las tropas.

Con rapidez, ella apagó la televisión.

Suspiró con desesperación. Se sentía conmocionada por haber visto a Joe después de tanto tiempo. Había sido como recibir una coz en el corazón.

Intentó respirar hondo para calmarse. Sabía que no era momento para dejarse llevar por sentimentalismos.

Su divorcio estaba a punto de hacerse realidad. Era hora de mostrarse firme. No había ninguna perspectiva de reconciliación. Joe y ella se habían hecho desgraciados el uno al otro durante demasiado tiempo. Comprendía que Joe no se hubiera molestado en avisarla de su regreso.

Lo que le dolía era que ni siquiera le hubiera pedido ver a Jacko.

Desde la ventana de su habitación de motel, en Coogee Beach, Sídney, Joe contemplaba la idílica escena del mar iluminado por la luna.

Todo había terminado. Al fin estaba en casa. Sus años de servicio en el extranjero habían acabado.

En el largo vuelo de regreso, había soñado con tomarse una cerveza fría en la playa, mientras comía pescado recién frito y le tiraba las sobras a las gaviotas. Eso mismo había hecho esa tarde. Sin embargo, no había experimentado la alegría y la tranquilidad que había anticipado.

Todo le parecía demasiado irreal.

Era incómodo, sobre todo cuando en su entrenamiento había aprendido a adaptarse con rapidez a distintos entornos y a responder con eficiencia a cualquier reto.

Allí, en su país, en el ambiente más seguro y agradable, se sentía aislado y desconectado, como si no formara parte de lo que le rodeaba.

Sin duda, sabía que iba a necesitar una etapa de transición para volver a la vida civil después de haberse pasado años en el campo de batalla. No había estado preparado para enfrentarse a las escenas de felices reencuentros familiares a su llegada al aeropuerto, eso era cierto. Aunque había creído que, al escapar de allí, todo iría bien.

Sin embargo, se sentía aturdido y aislado, como si nada en su nueva vida fuera real.

Miró hacia la arena que relucía bajo la luna y a la espuma blanca que dejaban las olas al chocar contra los acantilados. Y, en parte, deseó tener órdenes para otra peligrosa misión.

Cuando le sonó el teléfono, no estaba de humor para contestar ninguna llamada. Pero miró la pantalla para ver quién era.

Ellie.

No había esperado que ella lo llamara tan pronto, se dijo con el corazón encogido. Quizá, lo había visto en las noticias y sabía que ya estaba en Sídney. Era lógico que quisiera ponerse en contacto con él para firmar los documentos.

Conteniendo el aliento, una mezcla de esperanza y miedo lo atenazó. ¿Estaba listo para tener esa conversación con su mujer?

Tuvo la tentación de esperar a que saltara el buzón de voz para que ella dejara un mensaje y así saber lo que quería decirle. Pero, al final, se rindió. Tragó saliva y apretó el botón de respuesta.

–Hola, Ellie.

–¿Joe?

Habían hablado en poquísimas ocasiones en los últimos tres años.

–¿Cómo estás? –preguntó él con voz ronca–. ¿Cómo está el niño?

–Los dos estamos muy bien, gracias. Jacko está creciendo muy deprisa. ¿Cómo estás tú?

–Bien. He vuelto de una pieza –repuso él. ¿Qué otra cosa podía decir?

–Debe de ser maravilloso estar de regreso en casa para siempre –comentó ella con calidez.

–Sí, supongo –replicó él, sin ningún entusiasmo.

–Yo… bueno… –balbuceó ella.

Un pesado silencio los envolvió.

–He oído que habéis tenido un verano muy seco en el norte –señaló él, tratando de retomar la conversación.

–Así es, pero la estación meteorológica prevé una estación de lluvias como es debido.

–Eso es una buena noticia.

Joe se imaginó Karinya, el rancho que Ellie y él habían montado de recién casados, cuando habían estado llenos de sueños y esperanzas de felicidad.

Cuando habían roto, Ellie había insistido en quedarse allí y mantener el rancho sola. Incluso cuando había tenido el hijo que tanto había esperado, había seguido al pie del cañón. Había contratado a un capataz al principio, mientras había estado embarazada y, luego, a una niñera, para poder continuar ocupándose del ganado y de su hijo al mismo tiempo.

El hijo de los dos.

–Joe, supongo que querrás ver a Jacko –dijo ella con rapidez.

Él apretó los dientes para contener la emoción. Había tenido oportunidad de visitar North Queensland entre sus muchas misiones, pero solo había visto a su hijo una vez. Había volado a Townsville y Ellie había ido en coche hasta la costa desde el rancho. Habían pasado una incómoda tarde juntos en un parque de Townsville y Joe tenía una foto en su cartera para demostrarlo.

En el presente, el niño tenía dos años.

–Claro que quiero ver a Jacko –repuso él, despacio. ¿Qué padre no querría ver a su hijo?–. ¿Planeas venir por Townsville?

–Lo siento, Joe. No puedo. Ahora mismo me es imposible. Sabes cómo son las cosas en el rancho en el mes de diciembre. Es época de crianza y estoy muy ocupada asegurándome de que el ganado tiene el agua y los suplementos que necesita. Y Nina, la niñera, se va a ir de vacaciones. Quiere irse a su casa en Cairns por Navidad, lo que es comprensible, por eso, voy a intentar hacerlo todo yo sola aquí. Pensé que… igual… podías venir tú.

Joe apretó la mandíbula.

–¿Al rancho?

–Sí.

–Aunque tome un avión a Townsville y vaya en coche a Karinya, no podría hacer el viaje de ida y vuelta en un día –repuso él, frunciendo el ceño.

–Sí, lo sé… Tendrías que pasar la noche aquí. Hay una cama de sobra. Puedes quedarte en el cuarto de Nina.

Joe se encogió como si lo hubiera mordido una serpiente. Se

apartó el teléfono de la oreja y tomó aliento. Llevaba tiempo intentando endurecer su corazón para prepararse para otro encuentro con su hijo. Pero siempre había imaginado que no se trataría de pasar más que media hora en Townsville, darle unos regalos, quizá un paseo por el parque y hacerse otra foto para el recuerdo.

Sin embargo, no creía estar preparado para quedarse en el rancho y pasar todo ese tiempo con el pequeño Jacko, incluida la noche.

No podía ser buena idea.

Era una locura.

–Joe, ¿sigues ahí?

–Sí –afirmó él, haciendo un esfuerzo por sonar tranquilo–. Ellie, no estoy seguro de si es buena idea.

–¿Qué quieres decir? Quieres ver a nuestro pequeño, ¿o no?

El dolor era evidente en la voz de Ellie.

–Yo… sí… Claro que quiero verlo.

–Pensé que, al menos, querrías darle un regalo de Navidad, Joe. Ya tiene edad para enterarse de esas cosas.

Joe suspiró.

–Pero si prefieres no hacerlo… –continuó ella con tono helador.

–Mira, acabo de volver. Tengo muchas cosas de las que ocuparme aquí –le espetó él, aunque no era verdad y lo más probable era que ella lo adivinara.

–Nosotros dos también tenemos cuestiones que zanjar.

–¿Tienes los papeles del abogado? –preguntó él, conteniendo el aliento.

–Sí. Solo falta tu firma.

–De acuerdo –dijo él, sintiéndose como si tuviera un cuchillo al cuello–. ¿Puedo llamarte por la mañana? –preguntó con la esperanza de, para entonces, tener la mente más clara.

–Como quieras –contestó ella con la misma frialdad que había usado con él tantas veces.

–Gracias por llamar, Ellie –continuó él con tono reconciliador, consciente de que estaban cayendo en los viejos patrones que habían erosionado su matrimonio, disgustándose el uno al otro e intentando arreglarlo una y otra vez–. Y gracias por la invitación.

–De nada. Adiós.

–¡Maldito sea!

Ellie se quedó delante del teléfono con los brazos cruzados, decidida a no dejar que su decepción terminara en lágrimas. Ya había llorado por Joe Madden más que suficiente.

Había tenido que reunir todo su valor para llamarlo. Estaba orgullosa de haber dado el primer paso. ¿Pero qué esperaba? ¿Que la hubiera recibido con alegría y calidez?

Había sido una tonta.

Si Joe iba a Karinya, sería para firmar los papeles y nada más. Se comportaría de forma distante tanto con ella como con Jacko. ¿Cómo había podido enamorarse nunca de un tipo tan frío?

Parpadeando y secándose los ojos, Ellie se acercó sin hacer ruido a la habitación de Jacko. Su pequeño dormía con una pequeña luz de noche encendida y, bajo su brillo, podía verse su cabello dorado y la suave y redondeada curva de su mejilla de bebé.

Parecía vulnerable y delicado cuando dormía, pero, de día, era un torbellino de energía, casi siempre de buen humor y sonriente, ansioso por disfrutar de la vida.

Sabía que Joe se derretiría al verlo. ¿O no?

Tal vez, Joe intuía esa posibilidad. ¿Igual tenía miedo?

Lo más probable era que así fuera. El Joe Madden que ella recordaba prefería enfrentarse al más peligroso enemigo en la guerra antes que a sus emociones.

Ellie suspiró. Esa fase de su vida no iba a ser fácil, pero estaba decidida a ser fuerte mientras Joe y ella sentaban las bases para el futuro. El inminente divorcio llevaba años sobrevolando sus cabezas como un pájaro de mal agüero. Lo único que quería era terminar de una vez con ese asunto.

Al mismo tiempo, pensaba comportarse con dignidad y prudencia durante todo el proceso. Tenía la intención de mostrarse lo más madura posible en todos los tratos a los que tuviera que llegar con Joe.

Tal vez, le sería de ayuda que se hubieran convertido casi en dos extraños el uno para el otro.

Era una locura.

Cuantas más vueltas daba Joe en su habitación de hotel, más seguro estaba de que ir al rancho era un riesgo que no quería correr. Por supuesto, tenía curiosidad por ver a su hijo, aunque siempre había imaginado que su última reunión con Ellie para firmar los papeles del divorcio tendría lugar en un despacho de abogados, un lugar neutral, sin recuerdos asociados.

Volver a Karinya iba a ser doloroso, por miles de razones.

Debía recordar los motivos por los que había propuesto el divorcio, empezando porque se sentía culpable por haber empujado a Ellie en cierta manera al matrimonio.

Su embarazo inesperado se había visto seguido por un matrimonio forzado, un aborto y un montón de problemas de fertilidad.

Desde la llegada de Jacko, la situación había cambiado, era cierto, pero Joe no se hacía ilusiones respecto a una reconciliación con Ellie. Después de cuatro años en el ejército, era más realista que nunca.

Había visto demasiada muerte a su alrededor como para creer en las segundas oportunidades.

No era la primera vez que regresaba a Australia y se encontraba que era el único hombre de su unidad sin una familia esperándolo en el aeropuerto. Estaba acostumbrado a ver que sus compañeros se fueran a casa con sus esposas y sus hijos. Sabía que estarían compartiendo risas y comidas y que estarían haciendo el amor con sus mujeres mientras él daba vueltas solo en su habitación de hotel.

Hasta ese día, sus viajes de regreso a Australia habían sido solo temporales, breves permisos antes de volver a la acción. En ese momento, sin embargo, era extraño pensar que no volvería a la guerra. Sus cuatro años de servicio militar habían terminado.

Sí, tenía que dar las gracias por estar vivo y no tener heridas graves. Aun así, esa noche, después de la conversación telefónica con Ellie, Joe no se sentía en absoluto afortunado.

Si no hubiera insistido tanto en asegurarle una pensión de viudedad a su mujer, se habrían divorciado hacía años, cuando habían admitido que no era posible salvar su matrimonio. Si hubieran roto entonces, con el tiempo, él ya se habría adaptado a su nuevo estado de soltería.

Y, sobre todo, no existiría esa pequeña complicación entre los dos llamada Jackson Joseph Madden.

Jacko.

Joe suspiró, recordando la emoción que había sentido al saber que su hijo había nacido sano y salvo. ¡Había sido un milagro! Incluso había roto el silencio habitual sobre su vida privada y había compartido la noticia con sus compañeros. Lo habían vitoreado y le habían dado palmaditas en la espalda. Él había pasado su teléfono con las fotos que Ellie le había enviado de un pequeño bebé de rostro colorado envuelto en una mantita azul.

Casi se había sentido como un padre orgulloso.

Después, en sus viajes de permiso a Australia, cuando sus compañeros le habían preguntado por Ellie y por Jacko, él había usado como excusa la gran distancia que separaba su base de Holsworthy con North Queensland.

Pero esa excusa ya no servía.

Ellie y él tenían que encontrarse y firmar los malditos papeles. Quizá lo más razonable fuera dirigirse a Karinya cuanto antes, sin pensarlo más.

No iba a ser fácil volver a ver a Ellie y el rancho que habían planeado llevar juntos, por no mencionar al hijo que él no ayudaría a criar.

Después, todos esperaban que Joe regresara a su rancho familiar en Central Queensland, donde su madre lo miraría con compasión y le

acribillaría a preguntas sobre el niño.

Por si fuera poco, la Navidad se acercaba, con la saca llena de trampas emocionales.

¿Por qué volver a casa tenía que ser tan difícil?

Capítulo 2

Cuando el teléfono de Ellie sonó a primera hora de la mañana, Jacko estaba golpeando la mesa con la cuchara y se negaba a comerse los cereales de su desayuno.

¿Quién podía llamar tan temprano?, se preguntó Ellie, mirando el reloj de la pared.

Jacko gritó de nuevo pidiendo un huevo duro.

Ellie estaba ya de mal humor cuando respondió.

–¿Sí?

–Buenos días –saludó Joe.

–¡Huevo! –gritó Jacko de nuevo con todas sus fuerzas.

–¿Qué te parece el viernes?

Ella frunció el ceño. ¿Por qué tenía que ser Joe siempre tan escaso en palabras?

–¿Te refieres a si vienes aquí el viernes?

–Sí.

Faltaban dos días para eso. No la estaba avisando con mucha antelación. A Ellie empezó a latirle con fuerza el corazón y el cuerpo comenzó a subirle de temperatura, como si recordara los fuegos artificiales que Joe solía despertar en ella.

Con sus besos, con sus caricias… con una sola mirada era capaz de incendiarla hasta la locura.

En los primeros tiempos de su matrimonio, no habían sido capaces de apartarse el uno del otro. Pero eso había sido antes de que todo se hubiera hecho pedazos entre los dos.

–Puedo tomar un vuelo a Townsville sobre las ocho de la mañana –señaló Joe–. Si alquilo un coche, creo que llegaría a Karinya alrededor de mediodía.

–¡Huevo! –insistió Jacko en plena rabieta.

–¿Está llorando el niño?

Se llamaba Jacko, quiso recordarle Ellie. ¿Por qué tenía que llamarle «el niño»?

Sujetándose el auricular con el hombro, llenó una taza de zumo y se la entregó a Jacko con la esperanza de calmarlo.

–Está esperando su desayuno.

El pequeño aceptó el zumo con cierto desconsuelo y, por fin, la cocina se quedó en silencio.

–¿Qué te parece el viernes, entonces?

Ante la idea de verlo en menos de cuarenta y ocho horas, Ellie respiró hondo un momento.

–El viernes está bien.

Tenía que estar bien, se dijo ella. Debían zanjar ese asunto de una vez por todas. Solo así podrían ambos continuar con sus vidas.

Joe estaba a una hora de camino de Karinya cuando se fijó en los negros nubarrones que se estaban formando en el cielo. El recorrido en coche por aquella remota región de ganaderos, de tierras rojas y secas, era como un viaje en el tiempo. Él conocía bien ese paisaje, aunque apenas habían pensado en ello desde que se había marchado hacía cinco años y medio.

Sin embargo, en ese momento, le resultaba difícil contener los recuerdos de todo lo que había vivido allí con Ellie.

Recordó el primer día en que los dos se habían adentrado tan al norte en la región de Queensland. Había sido toda una aventura y se habían sentido como pioneros de otros tiempos, en busca de nuevas fronteras.

Recordó la primera vez que había visto Karinya, sobre una colina, una sencilla casa de rancho solitaria en medio de un prado. El día que habían firmado su alquiler habían estado radiantes de emoción.

Y, cuando habían llegado sus muebles de la mudanza, Ellie había corrido alrededor de ellos como una niña entusiasmada. Había querido ayudar a moverlos, pero Joe no se lo había permitido. Estaba embarazada. Por eso, ella se había limitado a abrir cajas y llenar los armarios. Había hecho su cama y había frotado de arriba abajo el baño y la cocina, a pesar de que estaban limpios ya. Luego, había hecho la cena en la barbacoa y se le había quemado un poco. Los dos habían bromeado y se habían reído por ello.

Habían sido una pareja muy feliz, como si su sencillo rancho en medio de la nada hubiera representado un adorable sueño hecho realidad.

Cuando habían hecho el amor en su primera noche allí, en su nuevo hogar, habían logrado un nivel de intimidad con el que no habían soñado jamás.

Después, se habían quedado abrazados mirando las estrellas por la ventana de la habitación.

Joe había visto una estrella fugaz.

–¡Mira! –había gritado él, sentándose deprisa–. ¿La has visto?

–¡Sí! –había respondido ella con ojos brillantes de emoción.

–Deberíamos pedir un deseo –había dicho él y, casi sin pensar, había deseado que los dos fueran siempre tan felices como esa noche.

Pero Ellie había fruncido el ceño.

–¿Has pedido tu deseo?

–Sí –había respondido él–. ¿Y tú?

–No, yo no… No sé si es lo que quiero –había confesado ella con tono asustado–. Yo… no me gusta pedir deseos. Es como tentar al destino.

Sorprendido, Joe se había reído de sus miedos. Le había acariciado el brazo y había posado la mano en su vientre embarazado.

–¿Crees que debería pedir un deseo? –había vuelto a preguntar Ellie con gesto serio.

–Claro –había afirmado él, sintiéndose el hombre más feliz del mundo–. ¿Qué daño puede hacerte?

Ella había sonreído y se había acurrucado entre sus brazos.

–De acuerdo. Deseo tener un niño. Una pequeña versión de ti.

Tres semanas después, Ellie había sufrido un aborto.

Al recordarlo, Joe suspiró.

Era suficiente, se dijo a sí mismo.

No debía pensar más.

Se obligó a concentrarse en el paisaje que se abría a ambos lados de la carretera. Había nacido en una familia ganadera y sabía reconocer cuándo la tierra necesitaba agua. Como en ese momento.

En todas partes, había muestras de sequía. Ellie debía de haber estado trabajando como una loca para mantener al ganado en esas circunstancias.

Entonces, él volvió a preguntarse por qué había sido tan tozuda a la hora de decidir quedarse allí. Sola.

Paró en un bar de carretera para tomar un café que sabía a rayos y una hamburguesa grasienta. Al regresar al coche, volvió a fijarse en los negros nubarrones que provenían del norte. En treinta minutos, cubrieron todo el cielo.

Mientras Joe tomaba el desvío por el camino de tierra que llevaba al rancho, las primeras gotas comenzaron a caer. Cuando llegó a la casa, diluviaba.

Para su sorpresa, Ellie estaba en el porche, esperándolo. Llevaba un chubasquero y un gorro impermeable, pero, a pesar de la indumentaria, tenía el mismo aspecto femenino y esbelto de siempre.

Ella se apresuró a bajar las escaleras para entregarle otro chubasquero que llevaba en el brazo. A través de la densa cortina de lluvia, Joe leyó un inconfundible gesto de preocupación en sus ojos.

–Toma –gritó ella, levantando la voz por encima del ruido que las gotas hacían sobre el tejado de hierro. En cuanto él abrió la puerta del coche, le metió dentro el chubasquero.

Un momento después, Joe bajó con el impermeable sobre la cabeza y corrió con Ellie escaleras arriba.

–Esto es increíble, ¿verdad? –comentó ella al llegar al porche–. No esperábamos la lluvia tan pronto.

Bajo el gorro de agua, sus ojos seguían llenos de preocupación. Joe se preguntó si sería él la causa.

–¿Has escuchado el informe del tiempo? –preguntó ella.

–No –negó él–. No llevaba la radio puesta. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

–El ciclón Peta ha empezado en el Golfo ayer por la tarde y ha cruzado la costa a media mañana. Está dejándolo todo inundado más al norte.

–Supongo que es una buena noticia.

–Bueno, sí. Necesitamos el agua –dijo ella, sin dejar de fruncir el ceño–. Pero tengo al ganado en el prado que hay junto al río.

–El prado Hopkins –dijo Joe, recordando la sección de su finca que se inundaba siempre en la estación húmeda.

Ellie asintió.

–Tenemos que sacar a los animales de allí.

–Lo sé –repuso ella, torciendo la boca con un amago de sonrisa–. Joe, odio hacerte esto nada más llegar, pero ya sabes lo rápido que sube ese río. Me gustaría trasladar al ganado esta tarde. Ahora mismo, en realidad.

–De acuerdo. Vamos allá.

–¿No te importa?

–Claro que no –aseguró él, aliviado por tener algo que hacer. La misión de rescatar al ganado era más atractiva que sentarse ante una taza de té y tratar de mantener una conversación con su futura ex.

–Tengo que llevar a Jacko –añadió ella y tragó saliva, como si estuviera nerviosa–. ¿Te importaría… ocuparte tú de reunir a los animales?

–Claro. Me parece bien –repuso él con una rápida sonrisa–. Espero no haber perdido mi toque mágico.

Al escucharlo, Ellie lo miró con expresión confusa e interrogante. Abrió la boca, como si fuera a decir algo, pero meneó la cabeza al instante, cambiando de idea.

–Iré a por Jacko. Está durmiendo la siesta –señaló ella y se quitó el impermeable.

Llevaba una camiseta blanca por dentro de los vaqueros. Seguía teniendo la cintura tan delgada como siempre.

Cuando se quitó el gorro, Joe clavó los ojos en su pelo moreno, recogido en un moño. Siempre había tenido el pelo muy suave, como la seda.

–Vamos, entra –invitó ella sin mucha convicción–. ¿No te importa si dejamos tus cosas en el coche para luego?

–Son solo regalos de Navidad –contestó él, encogiéndose de hombros.

–¿Quieres… una taza de té o algo?

–No, estoy bien –negó él. Iba a necesitar un buen rato para digerir

el café que se había tomado de camino–. Vamos a por el niño y terminemos el trabajo.

Se quitaron las botas y colgaron los impermeables en el perchero que Joe había colocado junto a la puerta principal cuando se habían mudado allí. Para su sorpresa, su viejo sombrero seguía colgado de uno de los ganchos.

Por supuesto, había anticipado que sería extraño seguir a Ellie dentro de la casa como un invitado y no como su pareja, pero no había podido prepararse con antelación para la dolorosa punzada que sentía en el corazón.

La casa estaba llena de los muebles que habían elegido juntos en Townsville… el sofá marrón de cuero, la mesa ovalada de comedor, la mecedora que Ellie había insistido en comprar cuando había estado embarazada.

Joe no se hubiera quedado con esos muebles después de su ruptura. Necesitaba comenzar una nueva vida desde cero.

–Iré a por Jacko –indicó ella, nerviosa–. Creo que ya estará despierto.

Sin saber si seguirla o no, Joe se quedó parado en el centro del salón. Oyó el crujir de la madera en el suelo del pasillo y el suave murmullo de la voz de Ellie al saludar a su hijo. Luego, escuchó el cálido recibimiento del niño.

–¡Mami! ¡Mami!

A Joe se le encogió el corazón.

Minutos después, Ellie apareció en la puerta con el pequeño en sus brazos. Era un niño precioso, rubio con ojos azules y mejillas todavía sonrosadas por el sueño.

La última vez que Joe lo había visto, era un bebé de meses que apenas podía mantener erguida la cabeza. En el presente, se había convertido en un hombrecito.

Joe no pudo evitar fijarse en la buena pareja que hacían Ellie y su hijo. Ella irradiaba felicidad con el niño en brazos, con un toque maternal y amoroso que la hacía más deseable que nunca.

Estaba claro que, al fin, se sentía completa. Había logrado lo que tanto había deseado y él se alegraba por ella.

Jacko le estaba sonriendo.

–¡Un hombre! –anunció el niño, encantado.

–Este es Joe –explicó Ellie con voz un poco temblorosa–. Puedes decir su nombre, ¿verdad, campeón?

–¡Joe! –repitió el pequeño con tono triunfal.

–¿Me va a llamar Joe? ¿No papá?

Ellie frunció el ceño como si él acabara de pronunciar una palabrota.

–Has estado fuera –dijo ella, tensa–. Y vas a volver a irte. Jacko

solo tiene dos años y, si no vas a quedarte por aquí, él todavía no puede comprender el concepto de padre. Llamarte papá solo serviría para confundirlo.

Joe apretó los dientes. De pronto, tuvo la urgencia de saber si ella tendría algún pretendiente a la espera. ¿Un futuro padrastro?

–Jacko entenderá lo que es un padre algún día –repuso él, tenso también.

–Y nosotros le daremos las explicaciones que necesite cuando llegue el momento –afirmó ella con expresión batalladora en los ojos.

Maldición, ya estaban otra vez listos para pelearse, se dijo Joe. Encogiéndose de hombros, pensó que ya había vivido bastantes batallas dentro y fuera de casa. Durante aquella visita, estaba decidido a mantener la paz a toda costa.

–¿Cómo estás, Jacko? –preguntó él, volviendo la atención a su hijo.

El pequeño se retorció en los brazos de su madre.

–Quiero bajar. Quiero ver al hombre.

Con expresión de ansiedad, Ellie lo bajó.

El pequeño corrió hasta las piernas de Joe y levantó la vista hacia él con una sonrisa.

Sin saber muy bien qué hacer, Joe alargó el brazo, tomó la pequeña y regordeta mano de su hijo y se la estrechó.

–Encantado de conocerte, Jacko.

Condujeron hasta las orillas del río, mientras Ellie fingía no estar preocupada porque Jacko parecía obsesionado con Joe.

Durante todo el camino, el pequeño no dejó de reír y mirar al fuerte hombre que iba a su lado.

Era una novedad tener una presencia masculina en Karinya y Ellie sabía que Jacko necesitaba tener compañía de su sexo. Siempre se había sentido intrigado por los visitantes varones.

El problema era que, ese día, ella estaba tan hipnotizada con el recién llegado como su hijo. Mientras se dirigía hacia el ganado, admiró su aspecto atlético y la facilidad con la que reunía a las vacas. Sin duda, no había perdido su toque mágico.

–¡Joe! –gritó el niño por la ventanilla del coche, aplaudiendo–. ¡Mira, mamá! –exclamó, después de que su padre hubiera saltado con gracia por encima de una pila de troncos.

–Sí, lo hace bien, es verdad –tuvo que admitir ella. Había pocas personas tan eficientes como Joe y tan rápidas para hacer bien el trabajo.

Y eso era peligroso.

Sin querer, Ellie se encontró recordando el día de su boda y la pequeña ceremonia privada que habían celebrado en Townsville. Los

dos habían decidido no darles demasiadas explicaciones a sus familias sobre el embarazo, ni habían querido embarcarse en una boda por todo lo alto.

Habían acordado contárselo a sus familias después. Ese día, lo único que habían querido había sido sellar su compromiso el uno con el otro. Había sido tan romántico…

–No te dejes impresionar, tesoro. Haz caso a mamá. No merece la pena. Si no, te romperá el corazón.

El niño se limitó a reír, sin entender sus palabras.

Había oscurecido cuando Joe entró en la cocina después de haberse duchado y haberse puesto ropa seca. Fuera, seguía lloviendo, pero la cocina estaba acogedora y calentita.

Ellie intentó no fijarse en lo sexy que estaba con una camiseta blanca y vaqueros, el pelo mojado todavía por la ducha, los ojos tan azules como siempre.

Sin embargo, Joe tenía algo diferente, un halo de ferocidad que había adquirido con sus años en el ejército. Además de la nariz que se había roto con diecisiete años en una pelea, tenía una mirada de advertencia en los ojos, de peligro. Ellie no pudo evitar preguntarse qué experiencias terribles habría vivido en los últimos cuatro años.

Sin duda, habría tenido que matar a otras personas. ¿Cómo lo habría cambiado eso?

Las unidades de comando solían tener misiones breves y frecuentes para minimizar los efectos del estrés postraumático, pero ningún soldado regresaba a casa igual que antes de irse. Para colmo, a Ellie le agobiaba el peso de la culpa, pues sospechaba que había sido el fracaso de su matrimonio lo que había empujado a Joe a la guerra.

En el presente, allí estaban, los dos en la misma habitación, aunque un enorme vacío se abría entre ambos.

Volviendo la espalda, Ellie removió la olla con la cena y rezó por poder mantener sus emociones al margen.

–Huele muy bien –comentó Joe.

Ellie sintió una oleada de satisfacción. La verdad era que había puesto a cocer la cena horas antes con la intención de llenar la cocina de aromas apetecibles. Sin embargo, respondió a su cumplido encogiéndose de hombros para quitarle importancia.

–Es un plato de pollo español, nada más.

–¿Español?

Sin duda, Joe estaba recordando que ella siempre había tenido un menú muy limitado. –He ampliado mis recetas.

Joe esbozó una fugaz sonrisa, pero enseguida se puso serio y miró a su alrededor en la cocina. Se fijó en la mesa puesta con

salvamanteles rojos y blancos, en los armarios de un blanco reluciente y en el banco de madera recién barnizado.

–También has estado arreglando la casa.

Ellie asintió.

–Antes de quedarme embarazada, pinté todas las paredes y armarios.

–¿El instinto de nido?

–Algo así.

Joe frunció el ceño con la vista clavada en uno de los armarios. La nuez se le movió al tragar saliva con esfuerzo.

–Ha quedado muy bien.

Sin embargo, Ellie se puso un poco triste. No parecía adecuado alardear de sus habilidades caseras cuando no tenía ningún plan de compartir su casa con él.

–¿Dónde está Jacko? –preguntó él de forma abrupta, cambiando de tema.

–Viendo la tele. Nina, la niñera, le ha grabado su programa favorito y a él le gusta verlo una y otra vez. Le ayuda a relajarse un poco al final del día.

Joe asintió, pero, en vez de acercarse al salón a ver a su hijo, siguió clavado en medio de la cocina con las manos en los bolsillos y mirada pensativa.

–No ve mucho la tele –explicó Ellie–. Yo… suelo leerle cuentos también.

–Seguro que le encanta –señaló Joe–. Tranquila, Ellie. No he venido a juzgarte. Seguro que eres una madre estupenda.

Ella intentó sonreír, sin conseguirlo. ¿Por qué su cumplido le daba ganas de llorar?

Debía intentar relajarse. Debería ofrecerle a su invitado una cerveza o un vaso de vino. Pero Joe se le adelantó antes de que pudiera hacerlo.

–Bueno, supongo que ahora es buen momento para que firme esos papeles, ¿no?

A Ellie se le encogió el estómago.

–Bueno… sí –balbuceó ella, aunque tuvo que agarrarse a la mesa que tenía detrás antes de que le cedieran las rodillas–. Puedes firmar ahora… o después de cenar.

–Creo que es mejor quitárnoslo de encima cuanto antes.

–Supongo que sí –musitó ella. Era ridículo. Había esperado mucho tiempo a que llegara ese momento. Habían llegado a un acuerdo amistoso y ella tenía claros sus planes de futuro. Seguiría en Karinya y dejaría que Joe viera a su hijo siempre que quisiera. Aunque no estaba segura de que eso fuera muy a menudo…

Pero, por alguna razón, en vez de alegrarse, sintió como si un gran

vacío se hubiera abierto en su vida, casi como si alguien hubiera muerto.

¿Qué diablos le pasaba?, se reprendió a sí misma. La firma de Joe le daría la libertad que tanto deseaba.

La sensación de pérdida no sería más que algo temporal, una aberración debida al inesperado trabajo que Joe y ella habían compartido esa tarde. Al reunir el ganado con él, había revivido los viejos tiempos en los que todavía estaban enamorados.

–¿Ellie? –llamó él, observándola con intensidad–. El acuerdo te parece bien, ¿verdad?

–Sí, claro que sí –afirmó ella a toda prisa, sin mirarlo a los ojos. Respiró hondo con la esperanza de que dejaran de temblarle las rodillas–. Tengo los documentos en el estudio.

–Ellie.

La inesperada amabilidad de su voz la hizo volverse de golpe.

–¿Sí?

–Me gustaría…

–¿Qué?

¿Deseaba que no tuvieran que hacerlo? ¿Estaba pidiéndole otra oportunidad de salvar su matrimonio?, se preguntó ella llena de ansiedad.

–Me gustaría que no estuvieras tan disgustada.

Ellie soltó una amarga risotada y buscó la mejor arma para defenderse, la rabia. Era la misma que había usado incontables veces contra ese hombre a lo largo de los años.

–Si estoy disgustada, Joe, es porque esta situación es un poco desagradable.

–Pero llegamos a un acuerdo –replicó él. También parecía enfadado, aunque su rabia era más fría y controlada–. Esto es lo que querías, ¿no es así?

–Claro. Sí. Es lo que quiero. Pero sigue siendo desagradable.

¿Cuántas personas acuerdan divorciarse y esperan cuatro años para hacerlo?

–Sabes por qué esperamos… era para que tuvieras estabilidad económica si yo moría.

–Sí, lo sé. Y ha sido muy generoso por tu parte. Aquí tampoco hemos estado tirando cohetes –le espetó ella y, de pronto, sintió que los largos meses de tensión que había vivido salían de golpe a la superficie–. Mientras estabas jugando a ser un héroe en Afganistán, al menos, tenías en qué distraerte. Pero yo seguía aquí, esperando el divorcio, rodeada de todo esto.

Con un dramático gesto del brazo, Ellie señaló a su alrededor, a la casa y a los pastos.

–Cada día, tenía que convivir con los recuerdos de nuestra vida

juntos. Un constante recordatorio de todo lo que salió mal.

–¿Y por qué te quedaste?

–Me sorprende que me lo preguntes –replicó ella con rapidez para ocultar la confusión que esa pregunta le suscitaba.

Él se encogió de hombros, arqueando las cejas.

Ellie apartó la mirada. Se había hecho a sí misma esa pregunta muchas veces. Sabía muy bien por qué se había quedado. Todavía podía escuchar la voz de su padre.

–Si empiezas algo, Ellie, tienes que acabarlo.

Su padre se lo había dicho justo antes de su décimo tercer cumpleaños. Le habían prometido un caballo como regalo y había estado construyendo establos nuevos para guardarlo.

Ellie lo había ayudado sujetándole las herramientas, tendiéndole clavos y tornillos. Mientras habían trabajado juntos, su padre le había recordado que tener un animal era un proyecto a largo plazo.

–No puedes asumir una responsabilidad como la de tener un caballo y, luego, cansarte de él. Alguna gente hace esas cosas. Nunca terminan nada, siempre tienen que probar algo nuevo. Y acaban tristes, preguntándose qué salió mal.

Por desgracia, su padre nunca había acabado esos establos. Había muerto sin terminar de arreglar el molino, tres días antes del cumpleaños de Ellie. En los sórdidos meses siguientes, su madre había vendido la granja y se había mudado a la ciudad. Y el caballo que debía haber sido para ella había ido a parar a manos de otra niña de su clase.

En pocos meses, Ellie lo había perdido todo… a su amado padre, su granja, su sueño de tener un caballo. Y sus palabras habían quedado grabadas a fuego en su mente.

«Si empiezas algo, tienes que terminarlo».

Años después, con el peso del fracaso de su matrimonio y de sus intentos de ser madre, había decidido que, al menos, no abandonaría Karinya.

–¿Por qué te quedaste? –repitió Joe.

–Amo este lugar, Joe. Estoy orgullosa de este sitio y he trabajado mucho para mejorarlo. Ya ha sido bastante duro renunciar a uno de mis sueños, como para renunciar a Karinya también.

Joe se quedó muy quieto, contemplándola con mirada indescifrable. Si Ellie no lo hubiera estado observando con la misma atención, tal vez, no habría reparado en cómo se le tensaba la mandíbula ni en la sombra que tiñó sus ojos azules.

Al ver aquellas señales, algo se despertó dentro de ella. Algo parecido a la esperanza.

Maldición. «Joe, dime qué estás pensando».

Los minutos pasaron. Ninguno de los dos habló ni se movió.

Había sido él quien había propuesto el divorcio y, en ningún momento a lo largo del tiempo, había demostrado arrepentirse. Por eso, el orgullo de Ellie no le permitió replantear su decisión.

–¿Firmamos? –dijo él al fin, en voz baja.

Cabizbaja pero decidida, ella señaló a la puerta que daba al estudio.

–Allí están.

Mientras se dirigía al estudio, Ellie no se volvió para comprobar si él la seguía. Sorteando la gran mesa de roble que habían comprado juntos en una tienda de antigüedades, tomó una carpeta de la estantería que Joe había construido hacía años y la colocó sobre la mesa. En silencio, sacó los papeles que contenía.

–Supongo que querrás leerlos –comentó ella, sin levantar los ojos.

–No hace falta. Geoffrey Bligh me ha enviado una copia. Sé qué dicen.

–Bien –repuso ella. Abrió un cajón y sacó una pluma negra–. Lo único que tienes que hacer es firmar aquí –indicó, incapaz de mirarlo a los ojos. Estaba temblando por dentro y respiró hondo para calmarse, mientras se apartaba para dejarle sitio.

Con expresión pétrea, Joe se acercó a la mesa y tomó la pluma sin titubear.

Cuando se inclinó sobre la mesa, Ellie contempló su cuello por detrás y se dio cuenta de cómo le latía el pulso justo debajo de la oreja. Al mismo tiempo, sin embargo, agarraba la pluma con fuerza.

Por desgracia, en ese momento, ella recordó cómo la había tocado con esa misma mano cuando habían hecho el amor. Parecía que había pasado una eternidad, aunque era algo que nunca podría olvidar. Al principio de su matrimonio, el sexo había sido una delicia entre ellos.

Joe garabateó su firma, dejó la pluma y se incorporó, mirando con ferocidad el papel estampado con su autógrafo.

Todo había terminado.

Por la mañana, le llevaría el documento al abogado para que ultimara las burocracias oportunas. Pero, a todos los efectos, en lo que a él respectaba, estaban oficial e irrevocablemente divorciados.

Y todavía tenían que cenar juntos. A Ellie se le había quitado de golpe el apetito.

Capítulo 3

Debería haber sido agradable comer la deliciosa cena de Ellie en su acogedora cocina, mientras fuera llovía con fuerza. Pero Joe se había sentido más relajado cenando en Kabul mientras las bombas habían caído a su alrededor.

No debería ser así, se dijo.

Todas las tensiones deberían haber quedado atrás. Ya no eran marido y mujer. Su matrimonio había terminado, en la práctica y en la teoría. Era como firmar un tratado de paz. No más disputas. Todo estaba arreglado.

Eran libres. Solo amigos. No tenían más expectativas.

Aun así, Ellie apenas había tocado la comida que tantas molestias se había tomado en preparar. Joe supuso que estaba deseando que él se fuera.

–¿Qué planes tienes? –preguntó ella, mirando su plato mientras movía los hilos de pollo de un lado a otro–. ¿Seguirás en el ejército?

Joe meneó la cabeza.

–Me han ofrecido trabajar para el gobierno en el Índico, patrullando para vigilar a los piratas y a los pescadores ilegales. –¿El Índico? –preguntó ella, tan sorprendida y disgustada como si le hubiera dicho que iba a cazar asteroides en el espacio exterior–. ¿Entonces Jacko no te verá?

Molesto por su observación, Joe se encogió de hombros.

–Si planeas seguir aquí, tampoco podría ver mucho al muchacho.

–Hay una base militar en Townsville.

Vaya sorpresa. Joe había esperado que Ellie se alegrara de que se fuera lejos.

–Ya te he dicho que voy a dejar el ejército.

–Creí que te encantaba ese trabajo –señaló ella, abriendo mucho los ojos.

–En el pasado, sí –reconoció él. En su unidad, había experimentado por primera vez la sensación de pertenecer a un grupo. Había llegado a sentirse muy unido a sus compañeros, sobre todo, por lo peligroso de las misiones que habían llevado a cabo. Pero todo cambiaría al dejar el servicio activo y tener que trabajar detrás de un escritorio.

–No te imagino en un barco en medio del Índico. Siempre has sido un hombre de tierra –comentó ella.

Era cierto que Joe siempre había amado la tierra, sobre todo,

cuando había levantado su pequeña ganadería allí en Karinya. ¿Pero qué sentido tenía desenterrar viejas historias?

–Supongo que necesito un cambio –señaló él, encogiéndose de hombros.

–¿Cuándo comienzas el nuevo empleo?

–Dentro de unas semanas. A mediados de enero.

–¿Tan pronto?

Él se encogió de hombros otra vez. En realidad, se alegraba de que fuera tan pronto. Teniendo en cuenta lo desastroso de su vida privada, necesitaba un plan, un lugar donde ir y ampliar sus horizontes.

–¿Y no te importa… no poder ver mucho a Jacko? –preguntó ella, tragando saliva.

Joe también tragó saliva. Estaba intentando no pensar demasiado en su hijo y en todo lo que se estaba perdiendo y se perdería en el futuro. No estaría allí para presenciar la aventura de aquel pequeño ser en su camino por el mundo.

–Quizá estaré más acostumbrado a él cuando sea mayor.

Sin duda, no fue un comentario muy adecuado.

Ellie apretó la mandíbula. Parecía más tensa que nunca. El silencio se cernió sobre ellos. Joe deseó no tener que ser tan cauteloso con lo que decía, incluso después de su ruptura.

–¿Y qué tal tú? No te he preguntado cómo estás. ¿Te van bien las cosas?

–Sí, bueno. Creo que tener a Jacko me ha supuesto un cambio muy grande. Debo admitir que me siento más tranquila. Y creo que el trabajo duro al aire libre también me ha sentado bien –señaló ella, llevándose la mano al estómago–. Por dentro, parece que mi cuerpo ha vuelto ya a la normalidad.

–Eso es genial –dijo él, y era cierto que se alegraba–. ¿Y qué planes tienes?

–¿A qué te refieres?

–¿Planeas dejar este rancho? –preguntó él. Si había otro hombre en la vida de Ellie, ese era su momento para contárselo.

Pero ella solo lo miró un momento, boquiabierta.

–Estás bromeando, ¿no?

–No.

–¿Crees que me iría de Karinya por mi propia voluntad?

–Bueno, debe de ser difícil estar aquí sola. Necesitas ayuda.

–Contrato a quien me hace falta.

–He oído que es difícil encontrar mano de obra estos días. Todo el mundo se quiere ir a trabajar a las minas.

–No es para tanto.

–¿Y tienes novio? –quiso saber él, sin poder contenerse.

–Ay, por todos los santos –rezongó ella, enfadada.

Pero Joe no pudo evitar indagar un poco más.

–Creí que tu madre podía haberse salido con la suya. ¿Cómo se llamaba ese tipo que había escogido para ti? El que cultivaba patatas, cerca de Hay. ¿Orlando?

–Roland –repuso ella, cortante–. Cultiva todo tipo de verduras, no solo patatas. Parece ser que se está haciendo de oro.

–Buen partido, entonces –comentó él con tono más frío de lo que pretendía.

–Sí, además es un caballero –añadió ella, observándolo con atención–. ¿De verdad quieres que renuncie al rancho? ¿Te preocupa el dinero?

–No –negó él. Tenía que admitir que le impresionaba la tenacidad de Ellie, aunque estuviera dispuesta a esforzarse más por mantener el rancho de ganado de lo que se había esforzado por su matrimonio–. Creo que es un terreno muy grande para una mujer sola, sobre todo, si tiene un hijo pequeño al que cuidar.

–Nina volverá después de Navidad. Es muy buena con Jacko.

Joe sabía reconocer un muro de piedra cuando se topaba con él, así que dejó el tema. Cuando la cena terminó, fue un alivio para los dos.

Con ayuda de unas gafas de visión nocturna, Joe penetró en la pequeña aldea afgana, moviéndose con la agilidad de una pantera. Sabía que el peligro acechaba en cada callejón oscuro y estaba alerta, atento a cada movimiento y sonido.

Cinco soldados australianos dependían de su destreza y confiaban en que no los conduciría ciegamente hacia una emboscada.

Al doblar una esquina, un golpe repentino rompió el silencio. La visión nocturna de Joe se desvaneció. Todo estaba oscuro.

¿Había perdido las gafas?, se preguntó, invadido por una explosión de adrenalina. ¿O qué había pasado? Ni siquiera podía encontrar su maldito rifle.

Para aumentar la confusión, un golpeteo persistente resonaba a su alrededor y encima de él.

¿Qué diablos había sucedido?

Al dar un paso, piso una alfombra bajo los pies. ¡Estaba descalzo! ¿Dónde estaba?

Entró en pánico. ¿Se estaba volviendo loco? ¿Dónde estaban sus botas? ¿Y su arma?

Por completo desorientado, parpadeó, mientras su visión se aclaraba un poco. Se tocó el cuerpo, que estaba desnudo a excepción de los calzoncillos. Estaba descalzo, sí, y pisaba una suave alfombra.

No tenía ni idea de dónde diablos estaba, ni de cómo había llegado

allí.

Entonces, oyó el llanto de un niño y se le encogió el estómago. Como soldado en cercano contacto con el enemigo, su mayor miedo siempre había sido hacerle daño a algún niño afgano.

Todavía con dificultades para ver en la penumbra, se dirigió hacia el sonido y se topó contra una puerta.

En el pasillo, hacia delante, vio una zona un poco iluminada. Las paredes le resultaban extrañamente familiares.

Karinya.

Sí. Diablos. Claro.

Y el niño era…

Jacko.

Su hijo.

Con el corazón acelerado, Joe entró en la habitación de Jacko. Bajo el resplandor de una lamparita de noche, vio al pequeño acurrucado y asustado en el suelo, junto a la cuna rota. Sin titubear, se agachó y lo tomó en sus brazos.

Jacko estaba temblando, pero, en los brazos de su padre, se recostó en su pecho desnudo y rompió en sollozos en busca de protección. Obviamente, confiaba en que Joe se la daría.

–Shh –le calmó él, dándole un suave beso en el pelo, inspirando su aroma a champú infantil–. Estás a salvo. Estás conmigo –le susurró.

El niño parecía tan vulnerable, frágil y asustado que un hondo deseo de protegerlo tomó a Joe por sorpresa. Sintió la urgente necesidad de cuidarlo, de mantenerlo a salvo a toda costa.

–Estás conmigo, pequeño compañero –murmuró Joe–. Todo está bien. Soy tu papá. Te quiero, Jacko –añadió. Eran palabras extrañas de pronunciar, pero, al mismo tiempo, sinceras. Y maravillosas.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Ellie desde la puerta–. He oído un golpe.

Joe se volvió y la vio allí parada, con un camisón blanco de tirantes y el pelo suelto sobre los hombros. Estaba tan hermosa que se quedó sin respiración.

–¿Qué ha pasado? –repitió ella, acercándose–. ¿Jacko está bien?

–Creo que está bien, pero se ha asustado. Parece que se le ha roto la cuna.

Al ver a Ellie, el niño le tendió los brazos, gimiendo.

–¡Mami!

Joe intentó no molestarse porque sus tres segundos de paternidad hubieran sido tan fugaces. Ni porque Jacko, una vez en brazos de su madre, lo mirara como a un extraño.

Con los ojos muy abiertos, Ellie también lo estaba mirando, fijándose en la cicatriz de sus hombros. Joe esperó que no bajara la vista a sus calzoncillos. Si lo hacía, sería una situación embarazosa

para ambos.

Sin esperar, él se giró hacia la cuna en el suelo. Era una sencilla construcción de madera. Al parecer, no se había roto, solo se había salido de su sitio una pata.

–Parece que se han aflojado los tornillos de esa pata.

–Oh, cielos –dijo Ellie, acercándose–. Jacko estuvo jugando con ellos el otro día. Estuvo intentando quitarlos, pero yo pensé que no lo conseguiría.

–Bueno, yo diría que tuvo éxito. Debe de tener unos deditos muy fuertes.

Ellie miró a su hijo sin dar crédito y meneó la cabeza con una sonrisa y ojos brillantes. Joe deseó que no sonriera así, sobre todo, cuando estaba tan cerca y solo llevaba puesto aquel camisón transparente.

–Eres un travieso, Jacko –le reprendió ella con tono afectuoso. Luego, se giró hacia Joe, seria–. ¿Crees que será fácil arreglarlo?

–Muy fácil –contestó él, tomando uno de los paneles de madera de los costados. Necesitaré un destornillador para apretarlos bien y que no pueda volver a aflojarlos.

Ellie asintió.

–De acuerdo. Pero no hay por qué hacerlo ahora. Me llevaré a Jacko a mi cuarto. Puede dormir conmigo el resto de la noche.

Qué suerte, pensó Joe.

–¿Necesitas algo? ¿Quieres una bebida caliente para que te ayude a volver a dormir? –preguntó ella desde la puerta.

Al ver la expresión del rostro de él, Ellie bajó la vista.

–Se me olvidaba. Eres un soldado muy duro y puedes dormir sobre una montaña de piedras –dijo ella. Con Jacko en los brazos, se apresuró a salir de allí, mientras el camisón le rozaba las pantorrillas al andar.

Joe supo que no podría pegar ojo.

Jacko se acurrucó junto a su madre como un osito de peluche y, en cuestión de minutos, se volvió a dormir. Ella adoraba a su pequeño y le encantaba tener cualquier excusa para acostarse con él, abrazándolo, sintiendo su calor.

Tumbada en la oscuridad, inspiró su aroma y escuchó el suave sonido de su corazón.

Sin embargo, esa noche, tenía la mente ocupada con otra persona. Al recordar la firma de Joe en aquellos papeles, se le contrajo la garganta.

Encima, estaba a punto de irse a trabajar al Índico. Si había querido buscar aventura, podía haber encontrado cientos de

actividades más cerca de casa.

Pero, una vez más, iba a alejarse de ella todo lo posible. Iba a arriesgar la vida en otro trabajo peligroso, persiguiendo a piratas internacionales.

Entonces, Ellie no pudo evitar recordar lo guapo que estaba cuando lo había visto en la habitación de Jacko, con el torso desnudo. Con el niño en sus brazos, había tenido un aspecto muy protector, quizá, más que nunca.

Siempre había sido un hombre atlético, pero, después del entrenamiento con el ejército, su cuerpo se había vuelto espectacular.

Sin embargo, no debía dejarse distraer por su aspecto, se recordó a sí misma. No quería volver con él. No.

Aunque, esa noche, era demasiado fácil olvidar todo el sufrimiento que habían pasado, las peleas, los gritos, los llantos. La triste verdad era que, en sus últimos días, su matrimonio había sido un infierno.

Tenía que admitir que ella había tenido parte de culpa. En los tiempos en que se había visto hundida por su incapacidad para tener hijos, había volcado en Joe toda su frustración.

Al mirar atrás, no podía evitar sentirse culpable. Había sido odiosa, todo el tiempo criticando a Joe por las cosas más nimias, por no recoger su ropa, por dejar destapada la pasta de dientes, por irse a montar a caballo y encargarse de las tareas del exterior y dejarle a ella el trabajo de ama de casa.

Ellie no estaba orgullosa de haber sido tan quisquillosa y fácil de enfadar. De niña, odiaba cómo su madre estaba siempre riñendo a su padre. Y le había molestado comprobar que ella había estado repitiendo el mismo patrón. Sin embargo, había estado tan tensa y deprimida que no había podido evitarlo.

Por supuesto, Joe no había aceptado su acoso de buena gana. Había respondido a la defensiva, sin ningún reparo. Aun así, ella se había quedado hundida cuando él le había propuesto el divorcio.

–Es obvio que no te hago feliz –había dicho él en tono frío y distante.

¿Cómo había podido ella negarlo? Había sido infeliz y había cargado todo el peso de su frustración en Joe, pero eso no significaba que hubiera querido deshacerse de él.

–¿De veras quieres divorciarte? –había preguntado ella y, aunque había estado llorando por dentro, su orgullo no le había permitido demostrar debilidad.

–Creo que es la única solución –había dicho él–. No podemos seguir así. Igual tienes más suerte con otro hombre.

Ellie no quería a otro hombre, pero era lógico que Joe lo hubiera dudado, al ver lo desgraciada que ella se había sentido.

–¿Qué harás tú? –había querido saber ella–. ¿Adónde irás? ¿Qué

haremos con Karinya?

–Puedes hacer lo que quieras con Karinya. Yo me alistaré en el ejército –había contestado él con total desapego.

–Siempre quisiste alistarte, ¿verdad? Desde antes de conocernos, era lo que planeabas.

Joe no lo había negado.

Había sido entonces cuando ella había comprendido la terrible verdad. Enamorarse de él había sido un error, una aberración.

Si no se hubiera quedado embarazada, no se habrían casado…

Los amargos recuerdos hicieron que Ellie se retorciera en la oscuridad de su habitación. Jacko se movió a su lado y le dio un golpecito en la nariz. Ella se apartó un poco y se quedó tumbada boca arriba, mirando al techo y pensando en que Joe estaba acostado a pocos metros, en el suelo del estudio. Él había insistido en quedarse allí y no en el cuarto de Nina.

–Solo será una noche –había señalado Joe–. No merece la pena tocar sus cosas.

Ellie se preguntó si estaría dormido o si, como ella, estaría dándole vueltas a sus recuerdos.

Aunque no lo creía.

Sin duda, para él era un alivio ser libre por fin. Estaba claro que no estaba tan confundido como ella.

Joe no quería pensar en Ellie. Era parte de su pasado, igual que el ejército. Cada vez que le asaltaban imágenes de ella con aquel camisón blanco, intentaba borrarlas de su mente.

Había firmado los papeles por fin.

Ellie ya no era su esposa.

Aun así…

Sintió que un insoportable sentimiento de pérdida le atenazaba el corazón. Sentía el peso del fracaso, el dolor de no haber sabido mantener la felicidad que habían disfrutado al principio.

Y, a pesar de sus esfuerzos, no podía dejar de recordar.

Desde el primer momento en que había puesto los ojos en Ellie, había quedado prendado de ella. Era algo inexplicable, porque la había visto desde una distancia considerable.

Ellie había estado caminando de espaldas a él en el otro extremo de la única calle comercial que había en su pueblo. Al instante, él había percibido algo irresistible. El vaivén de su pelo largo y moreno, el contoneo de sus caderas con aquellos vaqueros ajustados habían capturado su atención.

Sin embargo, había sido un mal momento para que Joe se enamorara. Había estado a punto de enrolarse en el ejército. La

promesa de peligro y aventura que le había ofrecido le había resultado demasiado tentadora en esos tiempos.

Por eso, aquel día, debía haber ignorado la atracción que había sentido por Ellie. Debía haber terminado de hacer los recados que lo habían llevado al pueblo y haber regresado a su rancho familiar. Tal vez, eso mismo habría hecho si Jerry Bray no hubiera elegido ese preciso instante para salir de su tienda para hablar con Ellie.

Los celos eran una emoción extraña e incontrolable. Joe ni siquiera había conocido a esa chica, ni siquiera la había visto de frente ni había descubierto el brillo embrujador de sus ojos. Aun así, se había puesto celoso de que Jerry hubiera estado coqueteando con ella.

Para su alivio, el jefe de Jerry había interrumpido sus intentos de ligar y lo había llamado para que volviera al trabajo.

De nuevo sola, Ellie había continuado caminando hacia el Bluebird Café. Había sido una oportunidad dorada que Joe no había podido dejar pasar.

Después de una pausa premeditada, la había seguido dentro del establecimiento y la había encontrado sentada sola en una de las mesas, delante de un batido y una revista de prensa rosa.

Ella había levantado la vista. Por primera vez, Joe había visto sus ojos, oscuros y brillantes como su pelo, su piel suave y pálida, la dulce curva de sus labios. Era más hermosa de lo que había imaginado.

Entonces, Ellie había sonreído.

Y Joe había sido blanco de la más gruesa flecha de Cupido. Le había subido la temperatura al instante y el corazón se la había acelerado al máximo.

–¿Qué te traigo? –había preguntado Bob Browne, el propietario del local.

Joe se había quedado en blanco, incapaz de pensar. La sonrisa de aquella preciosa chica lo había dejado sin palabras.

Bob asintió con una sonrisa y miró al techo.

–Ella no está en el menú.

Ignorando su advertencia, Joe se había encogido de hombros y había pedido una hamburguesa y un refresco. Sin pensarlo, a continuación, se había dirigido a su mesa.

–Hola –había saludado él.

–Hola –había respondido ella, sonriendo de nuevo.

–Debes de ser nueva por aquí. Creo que no nos conocemos. Soy Joe Madden.

–Ellie Saxby –había dicho ella sin titubear.

¿Podía haber un nombre más encantador?, había pensado él.

–¿Vives por aquí?

–Trabajo en el rancho de los Ashton como capataz.

Las cosas cada vez se ponían mejor, se había dicho él.

–¿Puedo sentarme?

–Claro –le había invitado ella con otra de sus sonrisas radiantes.

Ellie tenía los ojos brillantes, las mejillas sonrojadas. Una atmósfera llena de electricidad los había envuelto. Joe había estado en las nubes.

Aun así, no habían hablado de nada destacable en su primera conversación. Él había estado demasiado cautivado como para pensar en nada inteligente que decir. De todas maneras, charlaron sobre el pueblo donde vivían.

Cuando había llegado su hamburguesa, Joe ya se había enamorado de Ellie. Y ella le había respondido con las señales adecuadas. Habían salido juntos del café y la había acompañado a su coche.

Antes de irse, habían intercambiado sus números de teléfono. Ellie se había quedado parada junto a su coche, como si no hubiera estado preparada para irse todavía.

Había estado tan atractiva, con sus ojos chispeantes, el pelo tan brillante, su suave piel y aquellos labios tan carnosos…

Joe nunca había sido atrevido con las chicas, pero, en esa ocasión, algo incontrolable se había apoderado de él.

–Mira, sé que acabamos de conocernos y esto no viene a cuento, pero yo… necesito…

Ni siquiera había terminado la frase. Se había inclinado y la había besado. Ellie había sabido a primavera y, para su alivio, le había devuelto el beso con el mismo entusiasmo. Había sido un beso sencillo y fugaz y, al mismo tiempo, había sido el más emocionante que él había experimentado jamás.

Había sido el comienzo de un romance arrollador. Antes de que hubiera terminado la semana, ambos habían encontrado la excusa para volver a verse y, en aquel primer mes, habían ido juntos a Rockhampton a cenar y al cine y habían acabado durmiendo en un motel. Había sido una noche llena de pasión y fuegos artificiales.

Cuando Ellie había descubierto que estaba embarazada, Joe había tenido que tomar una decisión rápida. Ella o el ejército.

Sin dudarlo, había sabido al instante que su plan de enrolarse había sido inviable. En Ellie, había encontrado su verdadera razón para vivir. Le había pedido que se casara con él y ella había aceptado.

Muy poco después, se habían dirigido al norte en busca de su propio rancho, ansiando empezar su vida juntos.

Cuando Ellie sufrió un aborto, tres semanas después de haberse mudado a Karinya, habían estado hundidos, aunque no desesperados. Después de todo, habían sido jóvenes y sanos, y habían estado muy enamorados.

Sin embargo, había sido el comienzo de un infierno. Ella había sido diagnosticada de endometriosis. Y, durante los años siguientes, la

chica radiante y llena de vida que había sido había ido derrumbándose cada vez más.

Recordó haberla visto una vez sentada en la cocina, con los hombros hundidos y el rostro empapado en lágrimas.

Joe le había tocado el hombro con suavidad, le había acariciado el pelo.

–No te dejes derrotar, Ellie. Todo va a salir bien. Estaremos bien –había dicho él, pensando que, al menos, se habían tenido el uno al otro.

–¿Cómo puedes decir eso? ¿Cómo sabes que va a salir bien?

Lo siento, Joe, pero lo dices solo por decir ¡y eso me pone furiosa!

Ellie había perdido toda esperanza. No había tenido fe en él ni en su futuro.

Él se había sentido impotente.

En el presente, viendo las cosas con perspectiva, Joe podía entender mejor lo que había sucedido. Los dos se habían apresurado a casarse sin pensarlo, esperando construir un matrimonio para toda la vida… y solo habían basado sus expectativas en una atracción cegadora.

Había sido culpa suya, se dijo él.

Siempre lo había pensado. Al mirar atrás, tenía que reconocer que no había cortejado a Ellie como era debido. No se habían tomado su tiempo para conocerse como amigos antes de convertirse en pareja. No habían hablado en profundidad de sus sueños y esperanzas antes de embarcarse en el matrimonio.

Habían sido solo amantes, poseídos por la locura de la pasión. Y ella se había visto atrapada por su primer embarazo.

No era de extrañar que su relación hubiera naufragado con tanta brusquedad. Para colmo, en vez de ofrecerle consuelo a Ellie, él se había refugiado trabajando hasta tarde en el rancho. Luego, se había enrolado en el ejército. ¿Había sido eso otra forma de huir también?

De todos modos, era demasiado tarde para arrepentirse y torturarse, caviló Joe. Al día siguiente, se iría de nuevo y Ellie sería, al fin, libre. Aunque, por alguna razón, aquel pensamiento no le hizo sentir mejor en absoluto.

Capítulo 4

A la mañana siguiente, llovía con fuerza.

Ellie se despertó muy temprano y dejó a Jacko dormido en su cama. Se vistió deprisa y bajó a la cocina. Para su sorpresa, allí encontró a Joe, tomándose una taza de té.

–Buenos días –saludó él con un atisbo de sonrisa.

–Buenos días –dijo ella. Puso la tetera a hervir de nuevo y miró por la ventana–. Lleva lloviendo toda la noche. Pronto el río se desbordará y cortará la carretera.

–Sí. Tengo que irme ya. Pero me preocupa Jacko. Podéis quedaros incomunicados.

–Sí, bueno, eso pasa siempre en la estación húmeda –señaló ella, sirviéndose un té–. Estoy acostumbrada. Tenemos la despensa bien abastecida.

Joe la miró frunciendo el ceño.

–No me parece muy apropiado. No está bien que una mujer sola y un niño pequeño se queden aquí aislados. ¿Y si Jacko enferma o se hace daño?

–Vaya, Joe, ¿desde cuándo te preocupa eso? Él ha vivido aquí desde que nació.

–Pero no os habíais quedado incomunicados.

–Nos pasó el año pasado, sí.

Una mezcla de desesperación y rabia brilló en los ojos de Joe.

Ella fingió ignorarlo.

–Creo que debería quedarme –indicó él, tras aclararse la garganta.

Perpleja, Ellie estuvo a punto de quemarse con el agua hirviendo.

–¿Quedarte con nosotros?

–Solo hasta que las aguas vuelvan a su cauce.

–Joe, nos hemos divorciado.

–Ya lo sé.

–Y… es casi Navidad –objetó ella. La noche anterior, les había costado un mundo cenar juntos. No iban a poder compartir algo tan supuestamente festivo como la Navidad, pensó.

Ellie había pensado pasar la Nochebuena con sus amigos y vecinos, los Anderson, aunque, si el río se desbordaba, le sería imposible.

Su madre la había invitado a ir a su casa en Nueva Gales del Sur, pero ella se había negado por varias razones. Para empezar, no se sentía cómoda con su padrastro, por motivos que su madre había

decidido ignorar. Además, hasta el día anterior, había tenido que enfrentarse con una sequía recalcitrante y su prioridad había sido velar por el bienestar del ganado.

La opción de pasar la Navidad con Joe, por otra parte, sería un completo desastre. Estar divorciados y verse obligados a estar juntos podía ser una situación mucho más tensa que estar casados y vivir alejados.

–No hay ninguna necesidad de que te quedes, Joe. De verdad, no creo que sea buena idea.

–Era una sugerencia –dijo él, tenso–. Solo pensaba en tu seguridad.

–Gracias –repuso ella y bajó la vista a su taza–. Sabes que la sequía y las inundaciones son algo normal en este país. Joe se encogió de hombros y se terminó su bebida.

–Entonces, debo irme ya, antes de que el río siga subiendo.

–Pero no has desayunado.

–Como tú misma me has advertido, es mejor no esperar. Lleva lloviendo toda la noche y las aguas suben a cada minuto. Me he guardado mi copia de los documentos. La dejaré en el despacho de Bligh.

–Bien.

Joe tenía su mochila cerrada y preparada, igual que el saco de dormir que había usado para acostarse en el suelo del estudio. Al parecer, sus días en el ejército lo habían convertido en un tipo mucho más ordenado.

–También he arreglado la cuna de Jacko.

–Debes de haberte levantado muy temprano.

Sin responder, Joe se colgó la mochila al hombro.

–No estaba seguro de dónde poner los regalos de Navidad, así que los he dejado debajo de la mesa del estudio. Espero que te parezca bien.

–Está bien… Gracias, Joe –contestó ella, deseando no sentirse tan desanimada.

–Bueno, te deseo lo mejor, Ellie.

–Espera. Despertaré a Jacko para que te puedas despedir de él también.

–No lo molestes.

–Tienes que decirle adiós –insistió ella, a punto de llorar–. Espera, te acompañaremos a cruzar el río. Te seguiremos en el cuatro por cuatro, por si hay algún problema.

–No habrá problemas.

–Joe, hazlo por mí –rogó ella–. Quiero asegurarme de que salgas sano y salvo de aquí.

–Claro –repuso él con una débil sonrisa.

Ellie aparcó en el puente de cemento que cruzaba el río y miró hacia sus aguas, revueltas y fangosas, que no dejaban de subir.

Joe había parado junto a la orilla y se había bajado del coche. Con las manos en las caderas, observaba el río.

–Creo que ya está demasiado alto –dijo ella a su hijo. El nivel había subido mucho más de lo que había esperado durante la noche.

Sintiendo una oleada de pánico, se preguntó si eso implicaba que Joe tendría que quedarse con ellos en Navidad. ¿Cómo iban a poder enfrentarse a una situación tan tensa?

Joe se quitó el abrigó, lo lanzó dentro de su coche y comenzó a adentrarse dentro del agua.

No pensaba entrar ahí, ¿o sí?, se dijo ella, alarmada.

–¡Joe! –gritó Ellie, saliendo de su vehículo–. Es una locura. No puedes entrar en el río.

Joe no dio señales de haberla oído. Sin duda, tenía tantas ganas de irse como ella de que se fuera. Pero enfrentarse a la corriente del río era una insensatez.

–¡Joe, para! No puedes entrar ahí –repitió ella y corrió hasta él.

–No pasa nada –repuso Joe, meneando la cabeza–. Solo quiero comprobar en qué condición está el fondo y la profundidad. Es demasiado arriesgado atravesarlo con el coche, pero puedo probarlo a pie. Tendré cuidado. Creo que todavía no está tan hondo como para no pasar en coche.

–Pero mira lo rápido que va la corriente. Sé que tienes ganas de irte, pero no tienes por qué hacerte el héroe, Joe –insistió ella–. No quiero tener que contarle a Jacko que su padre fue tan tonto como para ahogarse intentando cruzar un río desbordado –bromeó, sabiendo lo tozudo que él podía ser.

Joe le lanzó una mirada indescifrable a través de la lluvia torrencial.

–He sido entrenado para sobrevivir, no para correr riesgos sin sentido –afirmó él e hizo un gesto con la cabeza hacia el cuatro por cuatro–. Si te preocupa Jacko, debes volver al coche y quedarte con él.

Ellie alzó las manos al cielo con desesperación. Había sido ella quien lo había urgido a irse. Pero, mientras estaba allí pensando cómo podía evitar que su ex arriesgara la vida, su hijo la llamó.

–Ve con él –ordenó Joe.

Con reticencia, Ellie comenzó a caminar hacia el coche, mirando atrás a cada rato, mientras Joe se adentraba en el río. Enseguida, el agua le llegó a las rodillas.

Con ansiedad, lo vio tantear el fondo con un pie. A pesar del cuidado que estaba teniendo, la corriente le hizo perder el equilibrio.

–¡Joe! –gritó ella–. ¡Ya basta! ¡Sal de ahí!

La rama de un árbol cayó casi encima de Joe.

Para su alivio, él debió de comprender que sus intentos eran inútiles. Al fin, se dio media vuelta y comenzó a caminar hacia la orilla.

Pero a Ellie le duró muy poco el alivio. Se alegraba de que Joe no se hubiera ahogado, por supuesto, aunque no tenía idea de cómo iban a poder convivir amistosamente hasta que las aguas bajaran. Podía llevar días, o semanas, y la tensión iba a ser insoportable.

Tan ocupada estaba preocupándose que no vio lo que pasó después.

De pronto, Joe se ladeó y, en unos segundos, su cabeza desapareció debajo de las turbias aguas.

Joe no lo había podido prever.

Había puesto un pie en el puente inundado pero, al dar el siguiente paso, no había encontrado el suelo bajo sus pies y había perdido el equilibrio. Antes de poder recuperarlo, se había caído del puente.

Había sentido un desgarro en la pierna, mientras la corriente lo había arrastrado en un torbellino de lodo y ramas.

No podía ver. No podía respirar.

Un agudo dolor en la pierna le hizo darse cuenta de que tampoco podía moverse. Tenía el pie atrapado entre el cemento roto del puente y una roca.

Diablos. Había llegado el fin. Había sobrevivido durante cuatro años de guerra e iba a morir allí. ¿Qué le había llamado Ellie? Tonto. Ella tenía razón. Sin duda.

En ese momento, mientras sus pulmones ansiaban el aire, una sucesión de recuerdos lo asaltó. La primera vez que había visto a Ellie en el café. La primera vez que se habían besado.

La noche anterior y el dulce y cálido peso de su hijo en los brazos.

Su firma, certificando el divorcio.

Debía pensar en algo. Lo habían entrenado para sobrevivir a esa clase de situaciones.

Debía olvidar el dolor de la pierna y su necesidad de respirar y pensar un plan.

Su prioridad era sacar la cabeza fuera del agua, pero se lo impedía su pierna atrapada y la fuerza de la corriente. Solo podía hacer una cosa. Debía nadar contra corriente y usar toda la fuerza de su cuerpo para enderezar el torso.

Sin duda, no lo habría logrado sin sus años de entrenamiento físico diario.

Mientras luchaba por incorporarse, su brazo tocó una vara de hierro que salía del puente. En cuanto la agarró, consiguió el

equilibrio necesario para sacar la cabeza del agua.

Tomó aire. Y, de inmediato, oyó el grito de Ellie.

–¡Joe! ¡Oh, Dios, Joe!

Ella estaba en el río, caminando hacia él por las aguas. Tenía el pelo aplastado sobre la cabeza y parecía más blanca y frágil que nunca.

En cualquier momento, la corriente la arrastraría y Joe no iba a poder salvarla. Y el pequeño Jacko debía de estar atado en la silla del coche, llamándola.

–Vuelve –rugió Joe–. Quédate en la orilla. Estoy bien.

–No lo estás. Deja que te ayude.

–No –negó él con furia–. ¡Vuelve atrás!

Él, al menos, tenía un hierro donde agarrarse.

–No tiene sentido que los dos nos arriesguemos. Si te lleva la corriente, no podré ayudarte. Por todos los santos, Ellie, piensa en Jacko. ¿Qué va a ser de él si ninguno de los dos conseguimos salir?

Eso la hizo entrar en razón. Se quedó parada un momento, con el agua por los tobillos, atormentada por la elección que debía tomar. Pero, al menos, dejó de caminar hacia él.

Joe sabía que debía seguir moviéndose. Todavía tenía el pie encajado y su única esperanza era ignorar el dolor y sacarlo de allí por la fuerza.

Apretando los dientes, se aferró a la varilla de hierro y concentró toda su energía en sacar el pie de la bota atrapada. La corriente del río amenazaba con hacerle perder el equilibrio de nuevo. Un dolor insoportable le recorrió la pierna, pero, al fin, logró liberarse.

Solo tenía que mantenerse erguido y volver a la orilla. Cojeando y lastimándose el pie descalzo con las rocas, estuvo a punto de caerse dos veces. En cuanto llegó a la parte que cubría menos, Ellie corrió a su lado.

–No discutas, Joe. Dame tu brazo.

–Gracias –dijo él, sin resistirse–. Lo siento.

–Sí, bueno, menos mal que todo ha terminado –dijo ella y, como si se avergonzara de sí misma, lo soltó de golpe. Tenía el pelo pegado a la cara y la ropa empapada.

Allí, por fin a salvo, Joe se quedó mirándola más tiempo del necesario, los dos parados en la orilla fangosa.

–¡Estás sangrando! –gritó Ellie de pronto, abriendo los ojos con horror.

Joe se miró la pierna. La sangre le corría por los pantalones mojados.

–Creo que solo es un rasguño.

–Tenemos que curarlo. Espero que no necesites puntos.

–Seguro que no es urgente. Ve con Jacko.

–¡Mamá! –llamó una pequeña voz en la distancia. El pobre niño estaba llorando.

–Te necesita –dijo Joe, encogiéndose al imaginarse al niño abandonado en el coche, mientras sus dos padres perecían en el río.

–Es mejor que tú también vengas –dijo ella por encima del hombro, corriendo hacia el coche.

Solo había una opción. Mientras Ellie consolaba a Jacko, Joe encontró una toalla para hacerse un torniquete en la pierna. Después, condujeron los dos coches hasta la casa.

–Es una molestia –señaló él, dejando su equipaje de nuevo en el porche–. Esto rompe tus planes por completo.

Ellie se encogió de hombros. La valiente guerrera que lo había rescatado del río se había transformado en una anfitriona tensa y reservada.

–Deberíamos echarle un vistazo a tu pierna.

–No quiero llenar toda la casa de sangre –dijo él. La pierna le dolía mucho y ya había dejado pisadas sanguinolentas en el porche.

–Deja que te la vea –se ofreció ella, se puso de rodillas delante de él y, frunciendo el ceño, apartó el pantalón rasgado y se la examinó.

Esa fue la primera vez que Ellie lo tocaba en muchos años. Al verla arrodillada a sus pies con aspecto preocupado, Joe se quedó sin aire, como si estuviera bajo las aguas.

Curarle la pierna fue una situación muy embarazosa para

Ellie.

Había esperado poder mantener la distancia con su ex y, en vez de eso, estaba curándole las heridas. Era una tarea que le resultaba demasiado íntima. Tenía que limpiarla y vendarla. ¿Por qué diablos le estaba dando tanta importancia a esa tontería?, se reprendió a sí misma.

Creyó que había sido el final, que Joe se iría para siempre… y se había sentido invadida por la más oscura sensación de pérdida.

Incluso en ese momento, después de que ambos estuvieran a salvo en casa, duchados y con ropa seca, le temblaban las manos mientras tomaba la botella de antiséptico, el algodón, la pomada y las vendas.

Las circunstancias eran de lo más molestas. Joe y ella habían hecho todo lo que habían podido para separarse, de una vez por todas y para siempre. A pesar de ello, el destino los había obligado a estar juntos de nuevo.

Allí estaba él en su cocina, vestido con pantalones cortos y la

pierna extendida sobre una silla.

No era justo que, aunque tenía una herida horrible, esa pierna siguiera resultándole tan masculina, fuerte y espectacular.

–Sangre –anunció Jacko con solemnidad, acercándose más para inspeccionar la herida.

–A Jacko siempre le ha impresionado mucho la sangre

–explicó ella.

Jacko miró a Joe con los ojos muy abiertos.

–Tirita –señaló el niño con gesto serio.

–Gracias, compañero –dijo Joe, sonriendo al niño–. Con tu madre, estoy en buenas manos.

Ellie se sonrojó sin poder evitarlo.

–Me temo que Joe necesitará algo más que una tirita –señaló ella, tensa, acercando una silla–. Jacko, ¿por qué no vas a buscar a Teddy? También le pondremos una tirita a tu osito –propuso, pensando que, con suerte, podría terminar su tarea de enfermera antes de que el pequeño regresara.

Sin mirar a Joe a los ojos, volvió a examinar su herida.

–Es muy profunda. Te ha llegado hasta el hueso –observó ella, encogiéndose un poco–. Te debe de haber dolido mucho.

–No es para tanto.

–Quizá no. Pero el río tenía mucha suciedad y barro. Debemos tener cuidado de que no se infecte –señaló ella y, despacio, le limpió la herida con agua templada y antiséptico. Luego, frotó con suavidad los bordes con algodón y más desinfectante–. Espero que no te escueza demasiado.

–No te preocupes, tú sigue.

Claro. Era un tipo duro.

Ellie deseó ser dura ella también. Deseó que estar cerca de su exmarido no la hiciera sentir así, temblorosa, sin aliento… y azorada.

–¿Tienes las vacunas del tétanos al día? –preguntó ella, tratando de centrarse en el tema.

–Por supuesto. Esas cosas las llevan a rajatabla en el ejército.

–De acuerdo. Te pondré unas gasas estériles sobre estos cortes más profundos.

–Tengo suerte de que tengas un botiquín tan bien preparado.

–También tengo antibióticos, por si te hacen falta.

–Eres un ángel, Ellie.

Joe lo dijo con tal sinceridad, que ella temió mirarlo a los ojos y que adivinara sus sentimientos. Le avergonzaba que pudiera intuir cómo su proximidad le aceleraba el pulso.

Con cuidado, Ellie abrió una de las gasas adhesivas y la colocó sobre su piel. Luego, hizo lo mismo con la siguiente, sin levantar la vista en ningún momento.

–Te va bien el papel de enfermera.

Sin pensar, Ellie levantó la cabeza de golpe y se topó de lleno con los ojos azules de Joe, los mismos que la habían dejado fuera de combate desde su primer encuentro.

Joe sonrió despacio, como si a él también le gustara mirarla.

Ella se sonrojó. Avergonzada, se incorporó con brusquedad. –¡Teddy! –exclamó Jacko, corriendo por la sala con su osito de peluche en brazos.

Agradecida por la distracción, Ellie le dio unas tiritas a su hijo, que se las aplicó con gesto serio al peluche. Cuando estuvo satisfecho con su trabajo, Jacko le mostró el osito a Joe, que lo inspeccionó con una atención encomiable para ser un hombre no acostumbrado a estar con niños.

–Bien –indicó ella–. Puedes dejar tus cosas en el cuarto de Nina. Allí estarás cómodo.

–No me importa dormir en el saco –repuso él, encogiéndose de hombros.

–No seas tonto. No puedes dormir en el suelo del estudio con una pierna herida.

–De acuerdo. No voy a discutir. Dormiré donde más te convenga.

Sus miradas se entrelazaron. A Ellie se le aceleró el pulso. Adivinó que Joe debía de estar pensando, igual que ella, en la cama de matrimonio donde dormía. Sola. La cama donde habían compartido tanta pasión.

Con esfuerzo, Ellie intentó bloquear sus recuerdos. Pero, mientras guardaba el botiquín, volvió a preguntarse cómo iba a sobrevivir varios días con Joe en su casa.

Capítulo 5

El hermano de Joe, Heath, respondió al teléfono cuando Joe llamó para informarle de que no iba a poder ir a casa en Navidad.

–Vaya, qué mala suerte.

–Lo sé. Lo siento, pero con esta lluvia es imposible llegar hasta allí.

–Mamá se disgustará mucho.

–Sí –dijo Joe con una mueca. Hacía mucho tiempo que no iba a ver a sus padres–. ¿Cómo está? ¿Y papá?

–Bien. Muy emocionados pensando que vas a venir.

Joe contuvo un suspiro.

–¿Se puede poner papá?

–Está con Dean en los establos, ayudando a una vaca que está pariendo gemelos. Pero mamá está aquí.

–Me gustaría hablar con ella.

–De acuerdo. Está en la cocina, preparando cosas para las Navidades. Hoy le toca hacer mazapán, creo. Voy a buscarla, pero antes dime una cosa… si estás atrapado en Karinya, ¿significa eso que tendrás que pasar la Navidad con Ellie?

–Eso parece –contestó Joe, tratando de sonar indiferente.

–Pero vais a divorciaros, ¿no es así?

–Sí. Todo está firmado ya, aunque no podré llevar los papeles al abogado hasta que el río baje. Por nuestra parte, el asunto está zanjado.

–Diablos. Y ahora estáis atrapados juntos. Qué mala suerte.

–Bueno, al menos, podré pasar más tiempo con Jacko.

–Eso es verdad –replicó Heath, aunque no sonó muy convencido–. De todas maneras, te compadezco, Joe.

–Gracias, pero no me hace falta. Ellie y yo estamos bien. Somos una pareja civilizada.

–Eso suena divertido.

–¿No ibas a buscar a mamá?

–Sí, claro. Bueno, feliz Navidad.

–Gracias, igualmente. Dale recuerdos a Laura y a las niñas.

–Eso haré. ¡Y buena suerte con ya sabes quién!

Joe no respondió a su hermano. Enseguida, su madre se puso al teléfono.

–Cariño, me alegro de oírte. Pero Heath acaba de darme la mala noticia. No puedo creerlo. ¡Qué mala suerte, Joe! ¿Estás seguro de que

no hay manera de cruzar el río?

–Casi me ahogo al intentarlo –confesó Joe. No quería preocuparla, pero era importante que ella comprendiera que no había esperanzas de salir de Karinya por el momento.

–Oh, cielo santo. Entonces, supongo que es imposible que te veamos en Navidad.

–Eso me temo.

–Qué pena.

En el silencio que siguió, Joe intentó pensar en algo que decir. Al escucharla, una oleada de nostalgia lo envolvió. No pudo evitar recordar las felices celebraciones de Navidad que habían pasado juntos.

–Dime, ¿cómo estás? –preguntó su madre.

–Estoy bien. Tengo un rasguño en la pierna, pero no es grave. Me lo hice al intentar cruzar el río.

–¿Y cómo está Jacko?

Sus padres no conocían a su nieto y Joe sabía que eso los llenaba de tristeza, como delataba la voz de su madre.

–Jacko es un muchacho excelente –afirmó él– Te mandaré las fotos.

–Me encantaría. Seguro que es precioso, igual que eras tú de pequeño.

Era difícil encontrar qué decir. Joe sintió un nudo en la garganta.

–Es muy guapo, sí. Y travieso.

–Oh, puedo imaginármelo. Joe, conoceremos a Jacko algún día, ¿verdad? ¿Aunque estéis divorciados?

–Sí, te lo aseguro –afirmó él. Algún día, no sabía cómo, se ocuparía de eso. Acababa de comprender que era importante para Jacko conocer a su familia paterna. Necesitaba conocer sus raíces.

Maldición. Había estado tan ocupado pensando en forjarse una nueva vida que no había pensado demasiado en sus responsabilidades como padre.

En ese momento, recordó cómo solía ser la Navidad en Ridgelands. Podía imaginarse la larga mesa en el porche de su casa, doblada por el peso de la comida. Habría globos y brillantes decoraciones navideñas colgadas de la barandilla y el techo. Toda su familia estaría alrededor de la mesa. Sus padres, sus hermanos y sus mujeres e hijos…

Comerían ensalada fría de marisco como entrante, seguido de pavo asado y ternera, con toda la guarnición posible. Tampoco podía faltar el pudin navideño de su madre, que cada año rellenaba con los mismos peniques de plata. Los niños afortunados que se toparan con uno en su plato podían cambiarlo por un dólar.

Habría dulces, sombreros de fiesta y matasuegras. Chistes, noticias de la familia y largas historias.

Cuando Joe había aterrizado de Afganistán, se había sentido demasiado distanciado de su vida anterior como para sentir morriña. En ese instante, sin embargo, lo invadió de pies a cabeza.

–Bueno, por ahora, tendré que conformarme con que le des a Jacko un gran abrazo de mi parte –dijo su madre.

–Claro que sí –afirmó Joe y tragó saliva–. E iré a visitaros antes de marcharme para mi nuevo trabajo.

–Sí, Joe, por favor. Tienes que venir. Hace mucho tiempo que no te vemos, demasiado.

–Lo sé. Iré. Lo prometo. Dile a papá que lo quiero y reparte besos.

–Sí, cariño. Volvemos a hablar pronto.

–Claro.

–Y dale un beso a… –comenzó a decir su madre y se interrumpió un momento–. O, tal vez, debería decir dale recuerdos a Ellie.

–Puedo decirle que le envías un beso –repuso él con un nudo en la garganta–. A ella siempre le has gustado, mamá. El problema soy yo.

–Oh, tesoro –dijo su madre–. Espero que los dos podáis pasar unas Navidades sin demasiada tensión.

–Estaremos bien. No te preocupes. Somos muy civilizados.

Joe estaba un poco conmocionado cuando colgó. Cuando había estado en el campo de batalla, su centro de atención había sido el enemigo. Con el problema añadido de un divorcio inminente, le había resultado demasiado fácil olvidarse de su familia.

En el presente, por primera vez, comenzó a sospechar que haber evitado a sus padres y hermanos durante ese tiempo había sido un error. Encima, estaba a punto de escapar de nuevo, de volar a otro país lejano.

Apenas había colgado cuando el teléfono volvió a sonar. Imaginó que sería su madre, que habría olvidado decirle algo, y respondió enseguida.

–¿Hola?

–¿Eres Joe? –preguntó una voz de mujer.

–Al habla.

–Ah –dijo su interlocutora con tono de disgusto–. Quería hablar con Ellie.

–¿Eres tú, Angela? –preguntó Joe, reconociendo el tono helador de su suegra.

–Sí, por supuesto.

–Ellie está en la cabaña, buscando decoraciones navideñas. Le diré que te llame en cuanto vuelva.

–¿Dónde está Jacko? –inquirió Angela, delatando por su tono de ansiedad que no confiaba en Joe para cuidar a su nieto.

–Está durmiendo la siesta.

–Ya –dijo Angela y soltó un suspiro–. Llamo porque he oído que

está lloviendo mucho en Queensland. Las noticias hablan de ríos desbordados.

–Sí, me temo que así es. Karinya se ha quedado aislado.

–¡Ay, Joe! ¿Y todavía estás ahí? ¡Qué mal trago para la pobre Ellie! –exclamó Angela–. No me digas que… ¿Acaso vas a quedarte allí en Navidad?

–Me temo que no tenemos elección, Angela.

Su suegra soltó un grito sofocado, horrorizada.

–Le diré a Ellie que has llamado –indicó Joe, tratando de sonar educado.

–Supongo que no hay más remedio. Gracias –replicó la mujer–. ¿Joe?

–¿Sí?

–Espero que seas prudente.

Joe hizo una mueca, negándose a responder.

–Ya le has hecho bastante daño a mi hija.

Él apretó la mano alrededor del auricular, tentado de tirarlo por la ventana. Con esfuerzo, consiguió controlarse.

–Puedes estar tranquila, Angela. Ellie me ha entregado los papeles del divorcio y yo los he firmado ya. Estaré fuera de aquí en cuanto las aguas vuelvan a su cauce. Mientras, me portaré muy bien. Espero que Harold y tú paséis unas felices fiestas –dijo él. Entonces, cuando estaba a punto de colgar, oyó los pasos de Ellie en el pasillo–. Espera. Has tenido suerte. Aquí está tu hija.

Dejando el auricular sobre la mesa con infinito alivio, Joe se fue a buscar a su anfitriona. La encontró colgando el impermeable en el perchero.

–Tu madre está al teléfono.

–Gracias –dijo ella, frunciendo el ceño–. Creo que Jacko está despierto. ¿Puedes ir a ver?

–Sí.

Antes de llegar a la habitación del niño, Joe escuchó sus suaves risas. La animada charla del pequeño era un bálsamo comparada con su reciente conversación telefónica.

De hecho, Joe no recordaba haber oído reír a un niño pequeño antes. Era un sonido maravilloso.

Sin hacer ruido, abrió la puerta y se encontró con Jacko de pie en su cuna. El pequeño tenía el pelo revuelto y estaba llevando a pasear a su osito, con tiritas y todo, por la barandilla. Charlaba con el peluche y reía.

Era una preciosidad.

Joe se sintió como si le hubieran dado un puñetazo en la cara. La última vez que había visto a su hijo era un bebé de meses. En el presente, era una personita que hablaba, caminaba y estaba

aprendiendo a jugar.

Se había perdido tantos momentos importantes de su crecimiento…

¿Cómo sería la próxima vez que lo viera?

Ya era lo bastante difícil para Joe pasar más tiempo con Ellie, mientras intentaba ignorar la atracción que sentía por ella. Encima, su hijo le estaba llegando de lleno al corazón.

En cuanto Jacko lo vio, dejó caer el osito y le tendió los brazos.

–¡Salir! –pidió el niño.

–De acuerdo, compañero. Ya te saco.

Jacko soltó grititos de alegría cuando Joe lo tomó en sus brazos y lo levantó en el aire para sacarlo de la cuna. Luego, durante un mágico instante, lo abrazó, sumergiéndose en su suavidad, en su dulce perfección.

Diablos. Todavía recordaba cuando su hijo no había sido más que un puñado de células congeladas en el laboratorio, uno de los embriones que tantas esperanzas rotas les habían costado a Ellie y a él.

Como por un milagro, uno de esos puñados de células se había convertido en Jacko, un niño sano y fuerte, el único superviviente de todos los embriones, caviló Joe, maravillado.

–¡Pis! –anunció el pequeño, retorciéndose para bajar de sus brazos.

Joe lo puso en el suelo.

–¿Quieres ir al baño?

Jacko asintió, tirándose de los pantalones con urgencia.

–Vamos –dijo Joe y lo guio con rapidez por el pasillo hasta el baño. Era la primera vez que iba a acompañar a un niño a hacer sus necesidades–. Creo que tienes que ponerte encima de esto –indicó, agarrando un banquito con cara de tortuga y poniéndolo delante de la taza.

Jacko se subió encima e intentó bajarse los pantalones, sin lograrlo. Joe tardó unos segundos en comprender que tenía que ayudarlo a liberarse de la ropa, incluidos unos calzoncillos con dibujos de superhéroes.

–Bueno, ya está. Ahora estás listo –señaló Joe. Entonces, de repente, un recuerdo de su infancia lo asaltó. Tomó un pequeño pedazo de papel higiénico y lo tiró a la taza–. Intenta dispararle al papel.

Jacko lo miró con la boca abierta, sorprendido. Enseguida, volvió su atención a lo que estaba haciendo y, con encomiable concentración, hizo lo que su padre le había sugerido.

Justo en el blanco.

–¡Genial! –exclamó Joe, sonriendo–. ¡Tienes buena puntería!

–¡Puntería, Joe!

–¡Choca esos cinco! –dijo Joe, levantando la palma de la mano.
–¿Qué estáis haciendo?
Los dos se giraron hacia la puerta. Ellie los miraba con las manos en las caderas y el ceño fruncido.
–He hecho puntería, mami –informó Jacko con orgullo, todavía parado sobre la tortuga con los pantalones por los tobillos.
–¿De qué estás hablando? –quiso saber ella, posando los ojos en Joe.
–Jacko ha dado en el papel –explicó Joe, señalando a la taza–. Pensé que le ayudaría a apuntar.
–¿Apuntar? –repitió Ellie, observándolos a los dos con el ceño fruncido. Entonces, cuando comprendió a qué se refería su ex, esbozó un amago de sonrisa–. Todavía no está en el ejército –añadió con expresión tensa–. No te olvides de lavarte las manos, Jacko. Es hora del almuerzo.
–¿Tienes trabajo para mí? –preguntó Joe, una vez que Jacko estuvo sentado en una banqueta de la cocina, delante de un vaso de zumo y un plato de queso y fruta.
Ellie parecía acongojada, con un gesto que siempre solía tener después de hablar con su madre. Angela siempre lograba, de alguna manera, mostrarle compasión por su triste destino. En esa ocasión, seguro que la había hecho sentir aún más desgraciada por tener que pasar tiempo extra con él.
En el pasado, esa mirada acongojada había irritado a Joe. Ese día, estaba decidido a ignorarla.
–¿Quieres que coloque el árbol de Navidad?
–Eso estaría bien –contestó Ellie, sin sonreír–. Está en una de las cajas del porche.
–¿Quieres que lo ponga en el salón?
–Sí, por favor.

Ellie respiró hondo, contemplando cómo Joe se dirigía al porche.
Su madre siempre tenía algo negativo que decir de Joe y ese día sus advertencias habían sido excesivamente pesadas.
–Es un momento peligroso para ti, Ellie. No me gusta que los dos estéis solos allí. Debes tener mucho cuidado, sobre todo si Joe intenta algo.
–¿Intentar qué, mamá?
–Si intenta… recuperarte.
Por supuesto, Ellie le había asegurado a su madre que eso no era posible. No. Su certeza, sin embargo, la había dejado una amarga sensación de desolación.
Los días siguientes ya iban a ser lo bastante difíciles con los dos

atrapados dentro de casa. Hasta que no parara de llover, había poco trabajo que ella pudiera hacer en el exterior.

Por el momento, decidió dejar que él se entretuviera con el árbol, mientras ella se quedaba con Jacko en la cocina. Pero en cuanto el pequeño se terminó el almuerzo, saltó al suelo lleno de inquietud.

–¿Dónde está Joe?

Cuando lo llevó al salón, su padre casi había terminado de montar el árbol.

El niño se quedó mirándolo con confusión, como si no pudiera entender por qué los adultos ponían un árbol dentro de la casa. Nunca había ido de tiendas a la ciudad, ni conocía la típica decoración de esas fechas.

–Este es nuestro árbol de Navidad –explicó Ellie–. Mamá va a ponerle luces y adornos y, pronto, habrá muchos regalos a sus pies.

Al oír mencionar los regalos, Jacko empezó a aplaudir y a correr alrededor del árbol.

–Bueno, eso le ha gustado –comentó Joe.

–Todavía se acuerda del montón de regalos que recibió en su segundo cumpleaños –indicó Ellie. Entonces, recordó que Joe no le había enviado nada para ese día. Cielos, hasta la conversación más sencilla parecía esconder minas a punto de explotar.

Con gesto cabizbajo, Joe terminó de colocar las últimas ramas.

Ellie puso un villancico en el aparato de música, con la esperanza de disipar los negros nubarrones que tenía sobre la cabeza desde la conversación con su madre.

Decidida a romper con el desánimo, sacó de una caja un montón de bonitos adornos de Navidad. Siempre le había gustado decorar el árbol. Ese día, estaba segura de que le serviría para ponerse de mejor humor.

–¡Ohh! ¡Qué bonito! –exclamó el niño, acercándose.

–Sí, son muy bonitos, Jacko. Pero están hechos de cristal, así que no puedes tocarlos. Se pueden romper. Los pondré en el árbol y los dejaremos ahí.

Jacko la contempló, hipnotizado, mientras ella colgaba las bolas de las ramas. Pero era imposible que el pequeño no las tocara y, antes de que su madre pudiera detenerlo, el pequeño le dio un manotazo a una bola roja y plateada.

Sin que nadie tuviera tiempo para agarrarla, la bola cayó al suelo y se rompió.

Instintivamente, Ellie gritó. De inmediato, Jacko se puso a llorar.

Fue Joe quien lo tomó en sus brazos y comenzó a consolarlo.

Ellie se quedó allí mirándolos, sintiéndose extrañamente fuera de lugar. Esperó que Jacko le tendiera los brazos y buscara sus caricias, como siempre hacía cuando estaba disgustado. Pero el niño siguió

aferrado a su padre.

Joe se había convertido en el nuevo héroe de su hijo.

No quería ponerse celosa. Si era honesta, podía comprender el atractivo de aquellos brazos fuertes y musculosos.

En el pasado, Joe también había sido su héroe, su fortaleza.

Sin embargo, ya no volvería a abrazarla más.

Cielos, ¿por qué pensaba esas cosas?, se reprendió a sí misma.

Ellie corrió a la cocina a por la escoba y el recogedor y, cuando regresó, el pequeño había dejado de llorar.

Joe lo dejó en el suelo. Sorbiéndose los mocos, Jacko contempló cómo su madre barría.

–Te dije que tuvieras cuidado –le recordó ella–. No debes tocar esos bonitos adornos o se romperán.

–Es demasiado pequeño para entenderlo –le defendió Joe.

–No, no lo es –negó ella. ¿Qué sabía él de niños?

Joe se encogió de hombros y miró a su alrededor en la habitación.

–Igual podemos encontrar algo más apropiado para que juegue. ¿Qué te parece si nos dedicamos a las cadenetas de papel? Eso puede ser divertido.

–¿De repente te has convertido en experto en niños? –comentó Ellie, molesta porque hubiera tenido tan buena idea antes que ella.

–Ellie, no seas así.

–¿Cómo?

Joe se limitó a mirarla a los ojos.

Maldición. Estaba volviendo a pasar, reconoció ella. Las viejas tensiones volvían a resurgir.

Lo único que ella había pretendido había sido relajarse con las decoraciones navideñas.

–Hay cadenetas de papel en esas bolsas –indicó Ellie, antes de llevar la escoba y los pedazos rotos a la cocina.

Cuando volvió, Jacko y Joe habían puesto una colorida cadeneta en las baldas de la estantería y estaban atando un extremo a la lámpara de pie.

Los villancicos seguían sonando y Ellie prosiguió con el árbol, esperando que el espíritu navideño calmara los ánimos.

No podía negar que a Joe se le daba genial jugar con su hijo. Cada vez que Jacko se interesaba demasiado por el árbol, su padre sabía cómo distraerlo. Jugaron al escondite detrás del sofá y, luego, le enseñó cómo trepar por encima de su vientre.

Después, Joe se dedicó a esconder el osito de peluche detrás de un cojín, mientras el niño gritaba y reía cada vez que lo sacaba.

Por alguna razón, Ellie volvió a sentirse fuera de lugar. Nunca había imaginado que a su ex se le darían tan bien los niños.

No debería sentirse molesta, sino agradecida.

Enseguida, el árbol de Navidad había quedado precioso, con delicados adornos, estrellas y luces.

–Está quedando genial –comentó Joe, acercándose tras hacer una pausa después de volver a esconder al osito.

Ella sonrió.

–Al menos, le da un toque festivo a la casa.

Joe asintió y señaló una espiral púrpura y rosa de cristal.

–Me acuerdo de estas. Las compramos en nuestras primeras Navidades.

A Ellie se le llenaron los ojos de lágrimas. Joe no debería recordarle aquellos tiempos lejanos en que ambos habían sido felices y habían estado enamorados.

–Prefiero no desenterrar viejos recuerdos, Joe. No creo que sea bueno.

Ellie percibió un brillo de tristeza en los ojos de Joe. Nerviosa, se giró y comenzó a recoger papeles y cajas vacías con rápidos y tensos movimientos.

Para colmo, Joe seguía allí parado, contemplándola con mirada pensativa.

–Puedes ayudar a recoger esto –dijo ella, de mal humor.

–Sí, señora –repuso él. Sin prisa, empezó a recoger las bolsas donde habían estado las cadenetas. Las colocó dentro de una caja y, cuando se volvió hacia Ellie, su mirada era más fría que el hielo–. No puedes dejarlo correr, ¿verdad, Ellie?

–¿Qué quieres decir?

–Estás decidida a hacer que esto sea difícil para los dos.

–No es verdad –se defendió ella–. Yo no tengo la culpa de que sea difícil.

–¿Sí? Pero no ayuda que aproveches cualquier excusa para demostrarme que no me puedes ni ver.

–¿Cómo puedes decir eso?

–¿Cómo? –repitió él, mirándola como si se hubiera vuelto loca–. Porque es la verdad. Es la razón por la que me fui hace cuatro años.

¡No!, estuvo a punto de gritar Ellie. Pero se dio cuenta de que Jacko había dejado de jugar y los estaba observando con preocupación.

Estaban discutiendo delante de él y eso era lo último que ella quería.

–Si quieres que sobrevivamos a la Navidad, tendrás que esforzarte más –indicó Joe con severidad.

Ellie apretó los dientes.

–Sé cómo comportarme. No necesito tus sermones.

–Bueno, está claro que necesitas calmarte. Y tienes que pensar en Jacko.

–¿Hablas en serio?

–Tanta tensión no puede ser buena para él.

¿Cómo se atrevía?, se dijo ella, ofendida. Por supuesto que pensaba en Jacko.

¿Quién se creía él que era para darle lecciones? ¿Acaso sugería que ignoraba las necesidades de su hijo?

Ella era la madre de Jacko. Lo sabía todo acerca de su hijo. Sabía cuál era su comida favorita, su juego y su cuento favorito. Conocía los miedos de Jacko, cuándo necesitaba dormir y cómo le gustaba que lo abrazara.

Había pasado el embarazo sola y había dado a luz sola. Lo había criado sola y había sido la única allí para consolarlo en los cólicos, en sus primeros dientes y en la varicela. La primera sonrisa de Jacko había sido para ella. Lo había visto aprender a incorporarse, a gatear, a ponerse de pie, a caminar.

Si había alguien que pensaba en las necesidades de Jacko, era ella.

El vínculo que tenía con su hijo era único, especial.

¿Cómo se atrevía Joe a llegar de la nada y empezar a cuestionar su labor de madre?

Sin tener tiempo para contenerse, los ojos se le llenaron de lágrimas. Se sentía ofendida y furiosa. Para no gritar y decir cosas que lamentaría, se giró y salió de la habitación.

Maldición. Qué desastre.

Mientras su madre se iba, Jacko miró a Joe con ojos tristes.

–Mamá está llorando.

Joe tragó saliva, intentando quitarse el nudo de la garganta.

¿Por qué diablos había tenido que llamarle la atención a Ellie? No había sido así como había planeado comportarse.

¿Cómo iba a explicarle a su hijo de dos años que él era la razón por la que su madre lloraba?

Arrepentido, se acercó al pequeño y se agachó delante de él para estar a su altura.

–Escucha, compañero. Voy a ir a hablar con tu madre. Para que se ponga… contenta.

Tenía que intentarlo, al menos, se dijo Joe. Dos no discutían si uno no quería. Tenía que esforzarse por ver la situación desde el punto de vista de Ellie.

–Necesito que seas un buen chico y te quedes aquí con Teddy –le pidió Joe, haciéndole cosquillas en la barriga.

El pequeño rio.

–¿Escondemos al osito detrás de la cortina? –propuso Joe, mostrándole cómo hacerlo.

–¡Ted! –gritó Jacko, entusiasmado al verlo aparecer de nuevo detrás de la cortina–. ¡Hazlo otra vez, Joe!

–Te toca a ti.

Jacko lo hizo, frunciendo el ceño mientras colocaba al oso detrás de la cortina. Cuando levantó la tela, rio y aplaudió al encontrarlo allí de nuevo.

–De acuerdo. Ahora puedes jugar con Teddy aquí. Volveré enseguida.

–Vale.

Seguro de que Jacko estaría entretenido unos minutos al menos, Joe se fue a buscar a Ellie.

Capítulo 6

Ellie estaba apoyada en la barandilla del porche, con la vista clavada en los campos anegados. Había dejado de llover por el momento, pero el cielo seguía cubierto de nubarrones. Sin duda, caería otro chaparrón en pocos minutos.

No estaba llorando. Se había secado las lágrimas al salir del salón y estaba decidida a no llorar. Estaba furiosa, no triste. Estaba enfadada consigo misma, por su estúpido comportamiento.

Se había propuesto manejar el regreso de Joe de forma madura y tranquila. Luego, cuando las circunstancias lo habían obligado a quedarse, también se había propuesto comportarse con dignidad. En vez de eso, había estado tan tensa y nerviosa como un tigre acorralado.

¿Por qué su forma de actuar no estaba a la altura de sus buenas intenciones?

¿De verdad Joe pensaba que no podía ni verlo?

A ella no le parecía posible. La triste verdad era que verlo le hacía sentir cosas que prefería olvidar. Demasiado a menudo, le hacía recordar las veces que habían hecho el amor.

En realidad, a pesar de sus problemas, habían tenido tiempos felices, muchos de ellos increíblemente maravillosos.

Incluso en ese momento, por alguna razón incomprensible, Ellie no pudo evitar recordar una de las noches más felices de su vida… una noche que había empezado muy mal.

Había sido una Semana Santa. Joe y ella habían estado en la carretera, en dirección a casa de su madre. Habían estado tan ocupados que no habían tenido tiempo de reservar habitación con antelación y todos los moteles en los que habían ido parando por la carretera habían estado llenos.

–Igual es mejor que sigamos conduciendo –había sugerido Joe, después de no encontrar ningún hotel libre en otro pueblo más.

–¿Conducir toda la noche? ¿No será peligroso? Los dos estamos muy cansados.

–Pues tendremos que encontrar una zona de descanso y dormir en el coche –había dicho él con reticencia.

No había sido una perspectiva muy divertida, pero no habían tenido mucha elección. Mientras Joe había ido a comprar hamburguesas para cenar, ella había intentado preparar el coche lo

mejor posible, esperando que pudieran estar cómodos.

Había cambiado de sitio el equipaje, había tumbado los asientos y había preparado almohadas con ropa justo cuando Joe había regresado con las manos vacías. Al verlo, ella, que había estado muerta de hambre, se había llevado un chasco.

–No me digas que en este pueblo tampoco venden hamburguesas.

–No lo sé –había respondido él.

–¿Están cerrados todos los restaurantes?

–No lo sé tampoco. No importa –había contestado él con una sonrisa inolvidable. En la mano, levantó unas llaves relucientes–. He reservado la suite de luna de miel en el mejor hotel del pueblo.

–¿Lo dices en serio?

Él había sonreído aún más.

–¿Podemos permitirnos pagarla?

Joe se había encogido de hombros y, rodeándola de la cintura, la había besado en la oreja.

–Nos lo merecemos. Nunca hemos tenido una luna de miel.

Había sido la mejor noche. Y, por supuesto, había merecido la pena pagar ese hotel.

Su cansancio había desaparecido cuando habían entrado en la suite y había visto el champán en el cubo de hielo, un gran ramo de rosas blancas y bombones con forma de corazón sobre la almohada.

Como niños entusiasmados, habían saltado a la enorme cama y, luego, al spa, hasta que había llegado el servicio de habitaciones. Se habían sentido como estrellas de cine, mientras habían comido una exquisita cena vestidos con esponjosos albornoces blancos.

Por una noche, habían dejado de lado sus preocupaciones y habían hecho el amor como recién casados.

En el presente, sin embargo, Ellie se reprendió a sí misma por estar dándole vueltas a aquellos recuerdos.

Todavía se sentía atraída por su ex, tanto como aquella noche tan lejana, reconoció para sus adentros, presa del pánico.

Qué desastre.

Con un suspiro de desesperación, se preguntó cómo Joe y ella habían llegado a eso. No podía pensar en ningún evento en concreto que hubiera marcado el final de su matrimonio. Había sido más bien una suma de resentimientos lo que había ido minando su relación.

¿Pero por qué?

Deberían haber acudido a terapia matrimonial hacía años.

Pero lo más probable era que le hubiera tenido que hablar al terapeuta de la muerte de su padre y de cómo la había hecho sentir. Peor aún, habría tenido que hablar de su padrastro y de cómo había huido de él.

Ellie no creía que hubiera una conexión entre Harold Fowler y el

fracaso de su matrimonio, aunque quizá un psicólogo sí hubiera encontrado una relación. A pesar de todo el tiempo que había pasado, no podía evitar un escalofrío cada vez que pensaba en Harold.

Era a Harold a quien ella no podía ni ver. No a Joe.

Su madre se había casado con Harold Fowler dieciocho meses después de la muerte de su padre. Habían vendido la granja y se habían mudado al centro. Harold era dueño de la principal ferretería del pueblo. Era un tipo engreído y vanidoso, se sentía el rey en aquel pequeño lugar. Un par de años después, había sido elegido alcalde. La madre de Ellie había estado emocionada. Le había encantado ser la mujer del alcalde y sentirse como una celebridad.

Harold, sin embargo, le había dado escalofríos a Ellie. Desde el primer momento, la forma en que la había mirado le había hecho sentir incómoda. Hasta que la había tocado.

Cuando había tenido quince años, le había tocado el trasero por primera vez. Durante los meses siguientes, Harold lo había repetido. Pero lo peor había sido cuando había entrado en el baño mientras ella había estado en la ducha.

Él se había disculpado y se había justificado diciendo que había llamado, pero nadie había respondido. Sin embargo, Ellie había visto el lujurioso brillo de sus ojos y había estado segura de que no había llamado. Su madre no había estado en casa esa noche, por lo que había estado todavía más asustada.

Otra noche, de nuevo, cuando su madre había estado fuera en una reunión con sus amigas, Harold había vuelto a entrar en el baño y la había sorprendido justo saliendo de la bañera, desnuda.

–Oh, mi querida niña –había dicho él con la más asquerosa de las sonrisas.

Envolviéndose con la toalla, Ellie había logrado deshacerse de él, mientras le había gritado que la dejara, horrorizada.

Para colmo, su madre no había querido creerla.

–Harold ha vivido solo durante años –le había excusado su madre–. No está acostumbrado a compartir casa. No te ha hecho ni dicho nada inadecuado, Ellie. Estás en una edad en que eres demasiado sensible acerca de tu cuerpo. Y es fácil malinterpretar las cosas.

Poco después, nada más terminar el bachillerato, Ellie se había ido de casa, a pesar de los ruegos y llantos de su madre. Había renunciado a la universidad, temiendo los periodos de vacaciones que hubiera tenido que pasar en casa de Harold.

Se había dado cuenta de que había sido inútil insistirle a su madre sobre las oscuras intenciones de su padrastro. Su madre había ansiado creer que se había casado con el hombre perfecto. Además, ella había temido que, si hablaba sobre el tema, se suscitara un escándalo, ya que Harold había sido el alcalde del pueblo.

Por eso, se había ido al norte, a Queensland, donde había conseguido un trabajo de capataz en un rancho de ganado. Durante los años siguientes, había trabajado en varios ranchos y había ido adquiriendo más y más experiencia.

En una ocasión, había formado parte de un grupo de vaqueros para trasladar ganado a cientos de kilómetros. En su trabajo, le habían dado sus propios caballos para montar. Así que, al fin, había logrado el sueño que había acariciado antes de la muerte de su padre.

Siempre que había llamado a su casa o que había vuelto para una breve visita, apenas le había hablado a Harold. Por suerte, él nunca había vuelto a pasarse de la raya, aunque Ellie tampoco se había fiado ni un pelo.

Confiar…

Al pensar en todo aquello, a Ellie le asaltó un pensamiento tan sofocante que se quedó sin respiración.

¿Era ese su problema? ¿Tenía dificultades para confiar?

Agarrándose a la barandilla, intentó respirar de nuevo. Sus problemas con Joe no tenían nada que ver con que él no le gustara. El día que se había conocido seguía siendo el más significativo de su vida.

Nada más haber puesto los ojos en Joe Madden, con sus sensuales ojos azules, su cuerpo musculoso y su preciosa sonrisa, había quedado prendada sin remedio.

Sin embargo, no podía confiar en él.

Cuando habían tenido que enfrentarse a los altibajos del matrimonio, ella no había sido lo bastante fuerte como para lidiar con sus frustraciones. Había perdido la fe en sí misma y en el poder del amor.

Ellie volvió a recordar que su padre había muerto antes de poder cumplir la promesa que le había hecho. Pensó en su asqueroso padrastro, que había roto su confianza de una forma por completo distinta. Cuando se había casado con Joe…

No había creído en la felicidad. Ni en el amor eterno. No había confiado en que el matrimonio pudiera salir bien. Había sido casi como si hubiera esperado que algo hubiera salido mal.

Conmocionada por su propio descubrimiento, se llevó la mano a la garganta.

Era demasiado tarde.

Nunca le había hablado a Joe de su padrastro. Lo había dejado como una parte desagradable de su pasado que había preferido ocultar.

Pero eso no cambiaba lo que sentía por su exmarido.

Amaba a Joe.

A pesar de la confusión y angustia que había sufrido durante sus

intentos de ser madre, siempre lo había querido… incluso cuando él le había propuesto el divorcio y se había ido a la guerra.

¿Y en el presente?

Ellie temía que nunca había dejado de amarlo. ¿Cómo podía reconocerlo justo en ese momento, cuando su divorcio ya estaba firmado?

Frustrada, le dio un puñetazo a la barandilla.

Al mismo tiempo, oyó la puerta y los pasos. Tensa, se giró hacia Joe. Estaba solo.

–¿Estás bien? –preguntó él en voz baja.

–Sí, gracias.

Él se acercó, hasta llegar a su lado.

–Lo siento, Ellie. Siento haberme quedado atrapado aquí. La Navidad no es un buen momento.

Ella meneó la cabeza.

–Creo que soy yo quien está sacando las cosas de quicio con eso de la Navidad.

–Estás en tu derecho. Es el primer año que Jacko tiene edad suficiente para darse cuenta de las cosas.

Ellie suspiró. Se sentía agotada.

–¿Dónde está ahora?

–En el salón. Espero que todavía jugando a esconder al osito. Es un niño muy persistente, ¿verdad? –comentó Joe con un atisbo de sonrisa.

Ella esbozó una tímida sonrisa como respuesta.

Joe tenía razón. Por el bien de Jacko, debían intentar llevarse bien.

Aunque era difícil comportarse como amigos después de haber sido amantes, marido y mujer.

–Cuando sugeriste que no pensaba en Jacko, me sacaste de quicio –admitió ella–. Me parece injusto. Él siempre ha sido mi centro de atención.

–Has hecho un trabajo excelente con el niño. Es un pequeño maravilloso. Gracias a ti.

Su cumplido la sorprendió y la invadió de calidez.

–No sé cómo has podido estar aquí sola –añadió él.

–La niñera ha ayudado, pero reconozco que no siempre ha sido fácil –dijo ella y, tras lanzarle una rápida mirada a aquel rostro que tanto amaba, contuvo el aliento–. Supongo que las cosas tampoco deben de ser fáciles para ti, después de haber vuelto de la guerra y todo eso.

Cuando Joe no respondió, ella insistió un poco más.

–¿Era muy duro estar allí?

–A veces –respondió él, apretando un poco la mandíbula.

Ellie sabía que había perdido a compañeros en el campo y debía de

haber visto cosas terribles. Pero los soldados de las Fuerzas Especiales rara vez hablaban de dónde habían estado y qué habían hecho… y, menos, con sus exmujeres.

–Yo tuve suerte –comentó él–. Salí ileso.

Sin embargo, Ellie estaba segura de que ningún soldado podía regresar del campo de batalla sin alguna clase de daño, aunque fuera solo emocional.

Encima, ella no había sido de mucha ayuda. No lo había recibido demasiado bien.

–Para que lo sepas, Joe, no es verdad.

–¿A qué te refieres? –preguntó él, mirándola con intensidad a los ojos.

A ella se le aceleró el corazón. Había hablado con mucho valor y ya no podía retractarse.

–Lo que has dicho antes, eso de que no puedo ni verte, no es verdad.

–Es lo que me parece.

–Lo sé. Lo siento mucho.

De pronto, Joe se quedó rígido, como si lo hubiera disparado. Tenía los ojos clavados en ella.

Ellie estaba haciendo un esfuerzo supremo para no llorar. El corazón le latía a toda velocidad.

Estuvo a punto de confesarle que le gustaba verlo, y mucho. Ese era el problema. Esa era la razón por la que estaba tan tensa.

Sin embargo, era demasiado tarde para confesiones personales.

–Sé que he estado muy nerviosa, pero te aseguro que no es porque no pueda ni verte –continuó ella.

Joe tenía los nudillos blancos de aferrarse tan fuerte a la barandilla. Ella se preguntó qué estaría pensando.

¿Estaría leyendo entre líneas su confesión? ¿Podía adivinar que todavía se sentía atraída por él? ¿Estaría enfadado?

Él tardó una eternidad en responder. Despacio, soltó la barandilla y dio un paso atrás. Luego, respiró hondo, como si estuviera intentando relajarse deliberadamente.

–De acuerdo. Te propongo algo. Mañana es Nochebuena. ¿Por qué no declaramos una tregua?

–¿Una tregua para Navidad?

–¿Por qué no? Hasta en la Primera Guerra Mundial los alemanes y los aliados dejaron de luchar en la víspera de Navidad. ¿Por qué nosotros no?

–Me parece bien, podemos intentarlo –repuso ella y casi sonrió.

–¿Chocamos para cerrar el trato? –inquirió él, mirándola con una cauta sonrisa.

–Claro.

Su mano era cálida y fuerte. Solo con tocarlo, Ellie sintió que la recorría una corriente eléctrica. Pero debía encontrar una forma de calmarse y dejar de excitarse con su cercanía.

Su objetivo era mantener la paz durante las fiestas.

–Jacko –exclamaron los dos casi al mismo tiempo, de pronto, y corrieron hacia el salón.

No había rastro de su hijo. El osito estaba tirado en el suelo, junto a las cajas de cartón.

–¿Jacko? –llamó Ellie, apresurándose a su cuarto y a la cocina.

No había señales del niño.

–No puede haber ido lejos –comentó Joe.

–No –dijo ella y siguió buscando por toda la casa–. ¿Jacko? ¿Dónde estás? –llamó, esperando oír su risa en cualquier momento.

El pequeño no estaba en su dormitorio. Ni en el de Ellie. Ni en el estudio. Ni en el cuarto de Nina. El baño estaba vacío. Una terrible angustia se apoderó de Ellie. No había más sitios donde buscar.

–He mirado en el porche –dijo Joe, entrando en el salón al mismo tiempo que ella.

–No está aquí –dijo ella, presa del pánico.

–Debe estar aquí. Tranquila, Ellie.

A punto de volver a sus viejos patrones y culpar a Joe por haberlo dejado solo, Ellie se contuvo. Además, había sido ella quien había salido de golpe del salón.

–¿Qué estaba haciendo Jacko antes de que salieras a hablar conmigo?

–Estaba jugando a esconder el oso. Aquí –contestó Joe, corriendo la cortina.

Ellie soltó un grito sofocado.

Jacko estaba sentado contra la pared, sin moverse, callado, agarrándose las rodillas con los brazos.

–¡Bu! –exclamó el pequeño con una sonrisa–. Me he escondido, mami.

Los dos se lanzaron a abrazarlo, riendo nerviosos, unidos por su mutuo alivio.

No era mala manera de empezar una tregua.

Esa noche, cenaron las sobras del día anterior. Para Joe y para Ellie, la atmósfera fue más relajada que la otra noche. Después de la cena, mientras ella le leía un cuento a Jacko, él se quedó lavando los platos.

Cuando Joe regresó a la casa después de haber comprobado que el gallinero estaba cerrado y que los perros estaban bien, Ellie estaba sentada a la mesa de la cocina con un cuaderno y lápiz en la mano,

rodeada de libros de recetas.

–Tengo que planificar el menú de Nochebuena –informó ella, pasando las páginas de un libro.

–¿Puedo ayudar?

–¿Qué sabes de cocina? –preguntó ella con curiosidad.

–Más o menos lo mismo que la última vez que cociné para ti.

–Filete con huevos –recordó ella, arrugando la nariz–. Esperaba hacer algo más festivo para mañana.

–Bueno, si insistes en ponerte picajosa… –dijo él, fingiéndose ofendido, pero sin dejar de sonreír–. Prepararé té. ¿Quieres?

–Gracias.

Al menos, la tregua parecía estar funcionando, por el momento.

Mientras Joe buscaba las tazas y las bolsas de té, Ellie se sumergió de nuevo en sus recetas. De vez en cuando, tomaba notas en su cuaderno, fruncía el ceño, pasaba unas cuantas páginas del libro y arrancaba lo apuntado.

–No tiene por qué ser una cena espectacular –sugirió él, posando una taza de té con leche y una cucharada de azúcar delante de ella–. A mí me gustan las cosas sencillas.

–Me temo que tendrá que ser sencillo. No tenemos mucha elección.

Ellie apartó los libros con un suspiro y tomó un sorbo de su taza de té.

–Está muy rico, gracias –dijo ella–. El problema es que no he comprado muchos productos especiales para Navidad. Jacko y yo íbamos a pasar el día con Chip y Sara Anderson, los vecinos. Y solo querían que llevara mazapán, vino y queso. Pero ahora, con las inundaciones, no podremos ir a su casa –señaló–. Mucha gente se pasa semanas planeando los menús de estas fiestas y yo apenas estoy empezando a pensarlo. ¡Mañana ya es Nochebuena!

Joe se sentó y tomó el libró más cercano. Navidades elegantes y fáciles.

–Esas recetas son deliciosas, pero todas necesitan ingredientes especiales que yo no tengo –indicó ella.

Las fotos mostraban viandas muy tentadoras… cóctel de cangrejo, pechuga de pavo rellena de peras y castañas, asado de costillas a las hierbas, tiramisú de calabaza y caramelo…

–Entiendo lo que quieres decir. ¿Te ayudaría si hacemos una lista de las cosas que tienes en la despensa?

–Bueno, supongo que sí –dijo ella–. Tengo mucha carne, pero mi problema es la guarnición. No tengo las salsas y las especias, ni las hierbas necesarias. Por eso, me temo que tendremos que conformarnos con las cosas de siempre.

–Umm.

–¿Qué murmuras y por qué frunces el ceño? ¿Qué estás tramando?

–preguntó ella con curiosidad.

–Estoy pensando –repuso él. Se le había ocurrido una idea, excitante pero probablemente imposible. Aunque merecía la pena intentarlo–. Disculpa –dijo, poniéndose de pie de un salto–. Tengo que hacer una llamada.

–Allí está el teléfono –indicó ella, señalando al que había en la pared.

–No hace falta. He traído mi móvil, que ya tiene los números guardados.

Ella se quedó perpleja. Y con un aspecto adorable, observó él para sus adentros.

En el porche, Joe marcó el número de Steve Hansen, un antiguo compañero del ejército que, por suerte, respondió al instante.

–Hola, Steve. Soy Joe Madden. ¿Cómo estás?

–Bien, Joe. He oído que has vuelto. ¿Cómo estás, compañero? ¿Y dónde? ¿Quieres venir a cenar en Nochebuena?

–Por eso te llamo –replicó Joe–. Quiero pedirte un favor enorme.

–Adelante, amigo. Los dos sabemos lo mucho que te debo. Si no hubiera sido por ti, habría vuelto de Afganistán en una caja de pino. ¿Qué necesitas?

Capítulo 7

Después de comer, en el día de Nochebuena, la cocina de Karinya era un hervidero de actividad.

Al final de una mesa, Ellie y Jacko estaban cortando mazapán con forma de estrella. Al otro lado, Joe estaba rellenando un pollo con una mezcla de cebolla, pan rayado y hierbas secas con la concentración de un cirujano del corazón, mientras revisaba cada paso en el libro de recetas.

Había dejado de llover y el aire era caliente y pegajoso. Las moscas zumbaban en las ventanas y, de fuera, llegaba el olor a barro.

Ellie se quitó un mechón de pelo húmedo de los ojos con el dorso de la mano. Estaba acostumbrada a que las Navidades fueran una época de mucho calor y, a pesar de las condiciones, se sentía de muy buen humor.

Estaba disfrutando mucho de la tregua.

Aun así, estaba nerviosa por la situación. Jugar a las familias felices con su ex no podía ser bueno. Era posible que acabara disfrutando de su compañía demasiado. Ese día, se habían sorprendido riendo juntos en un par de ocasiones.

¿Podía la risa ser peligrosa? ¿Estaba haciéndose más y más vulnerable a los encantos de Joe, tal y como su madre le había advertido?

Sin embargo, Ellie sabía que tanta felicidad no podía durar. En un par de días, todo habría vuelto a la normalidad.

Serían una pareja divorciada y cada uno iría por su camino.

–Bien –señaló ella, decidida a dejar de pensar en su matrimonio roto. Posó los ojos en las estrellas de mazapán que su hijo tanto se había esforzado en moldear–. Creo que es momento de meter estas obras maestras en el…

De pronto, el sonido de un helicóptero los sobresaltó.

–¡Avión! –gritó Jacko.

Joe levantó la vista y sonrió.

–Debe de ser Steve.

–¿Steve? –preguntó ella, frunciendo el ceño mientras el ruido de las hélices se acercaba.

–Steve Hansen. Un amigo mío del ejército. Lo dejó el año pasado.

–Ah.

Entonces, Ellie comprendió lo que significaba. Joe ya no estaba

atrapado en Karinya. Había encontrado una vía de escape. Un amigo con helicóptero había ido a rescatarlo. Estaba a punto de abandonarla de nuevo.

Sin poder controlarse, ella comenzó a tiritar, a pesar del calor. ¿Era esa la razón de la misteriosa llamada de la noche anterior?

–Bueno, ya se han arreglado tus Navidades –comentó ella con una sonrisa forzada.

Joe la miró sin entender. No pudo responder tampoco, pues el ruido del helicóptero ocupaba todo el espacio.

Entusiasmado, Joe tomó al pequeño en sus brazos y se lo puso sobre los hombros.

Ellie tragó saliva. Ver a su hijo en los hombros de su padre la dejaba sin respiración.

–¿Vas a venir a saludar a Steve? –le gritó Joe antes de apresurarse a salir, dejándola sola en una mesa cubierta de pollo crudo y mazapán sin hornear.

Ellie no tenía ni idea de cuánto iba a durar la interrupción, así que guardó toda la comida en el frigorífico.

Joe y Jacko estaban esperando delante del helicóptero a que las hélices dejaran de girar. El niño se estaba riendo, lleno de excitación. Con el estómago encogido, Ellie se unió a ellos.

Joe tenía que irse antes o después, se dijo a sí misma, tratando de tranquilizarse. Quizá fuera más fácil cuanto antes, antes de que llegara el momento de abrir los regalos.

Joe estaba sonriente y entusiasmado como un niño. Se parecía mucho a Jacko. O al revés.

La puerta del aparato volador se abrió y un sonriente pelirrojo salió de la cabina.

–¡Feliz Navidad!

–¡Feliz Navidad! –respondió Joe. Los dos se abrazaron para saludarse. Luego, miró a Ellie–. Ven a conocer a Steve. Estuvo en Afganistán conmigo, pero ahora se ha afincado en Townsville y ha fundado su propia empresa de vuelos chárter en helicóptero.

Ellie le estrechó la mano, forzándose a sonreír.

–Hola, Steve. Encantada de conocerte.

–Lo mismo digo –repuso Steve con calidez–. Feliz Navidad –añadió y se agachó para saludar a Jacko–. Hola, campeón. Eres igualito a tu padre.

–Este es Jacko –le presentó Joe con orgullo.

–Hola, Jacko –dijo Steve, haciendo un gesto divertido con las cejas que hizo reír al pequeño. Luego, se volvió hacia Ellie–. Recuerdo lo emocionado que estaba Joe cuando nació el niño. Deberías haberlo

visto –señaló, dándole una palmada en la espalda a su amigo–. Estaba tan orgulloso que a todo el mundo le enseñó la foto que le enviaste al móvil.

–Vaya… qué bien –dijo ella, un poco perpleja.

–Ahora Jacko ya tiene dos añazos –señaló Joe con una sonrisa.

–Tienes mucha suerte, Jacko –le dijo Steve al pequeño–. Vas a vivir unas Navidades muy emocionantes.

Ellie frunció el ceño. ¿A qué se refería?

De repente, un pensamiento le contrajo el estómago. ¿No estaría Joe pensando en llevarse a Jacko?

–¿Qué pasa aquí? –quiso saber ella.

Steve frunció el ceño ante su preocupación.

–Todo está bien, Ellie –la tranquilizó Joe–. Steve ha traído algunas cosas para Navidad –explicó y miró a su amigo–. No le había dicho nada a Ellie. Era una sorpresa.

–¡Ah! –exclamó Steve y sonrió, guiñándole un ojo a Ellie–. Es un diablillo muy romántico, ¿a que sí?

Era obvio que el amigo de Joe no sabía lo de su divorcio. A ella le costó devolverle la sonrisa.

–Quédese ahí entonces, señora Madden, mientras descargamos.

Aturdida, Ellie se quedó observando cómo Steve subía de nuevo al helicóptero y empezaba a pasarle paquetes a Joe.

Había todo tipo de cajas, bolsas de supermercado, paquetes envueltos.

Entonces, Joe se volvió hacia ella con una sonrisa de medio lado.

–Pensé que merecías unas Navidades como es debido. Por eso, encargué algunas cosas especiales que podías necesitar.

–¿Quieres decir que todo esto es comida para Navidad? ¿Para mí?

–La más fresca y de mejor calidad de todo Queensland –respondió Steve desde la cabina del piloto–. Mi esposa, Lauren, se ha ocupado de hacer la compra en persona.

Ellie estaba perpleja.

–Gracias. Y, por favor, dale las gracias a Lauren –añadió y meneó la cabeza–. No puedo creer que tu mujer y tú os hayáis tomado tantas molestias, sobre todo, el día de Nochebuena.

Steve se encogió de hombros.

–Joe sabía exactamente lo que quería y ha sido un placer traerlo aquí –replicó Steve, sonriente–. Además, yo haría cualquier cosa por tu marido. ¿Sabes que me salvó la vida?

–No. No lo sabía –negó ella. Apenas sabía nada de lo que Joe había hecho en el ejército.

–Fue en una emboscada. Estuvo lo bastante loco como para exponerse para atraer el fuego enemigo. Yo estaba literalmente entre la espada y la pared y…

–Steve –le interrumpió Joe, levantando una mano–. Ellie no tiene por qué escuchar tus batallitas.

–Es demasiado modesto –continuó Steve tras un instante–. Dicen que todos somos héroes, pero te aseguro que tu marido es un verdadero héroe. Arriesgó la vida para salvarme. Lo han propuesto para darle una medalla. Las cosas que él hizo no se ven todos los días.

–Vaya –repuso Ellie con suavidad. Fue lo único que acertó a decir.

La admiración y gratitud en los ojos de Steve eran tan genuinas y sinceras que la habían dejado sobrecogida.

Sin embargo, era obvio que Joe no le había contado a su amigo que se había divorciado, lo que hacía que ese momento fuera bastante confuso y embarazoso. Ellie tenía un nudo en la garganta y le temblaban los labios.

–Gracias por contármelo, Steve –dijo ella tras un largo silencio–. Joe nunca me cuenta nada de Afganistán –añadió, sin explicarle que ya no estaban casados.

–Bueno, ha sido un placer conoceros a Jacko y a ti –repuso Steve–. Ahora tengo que irme. Esta noche celebramos una fiesta en casa. Es una pena que no podáis venir, pero Lauren me cortará el cuello si llego tarde –señaló, volviendo a la cabina.

Sin Joe.

–Es mejor que recojas tus cosas rápidamente –le dijo Ellie.

–¿Mis cosas?

–¿No querrás irte sin tu equipaje?

Él la miró con ojos brillantes y se acercó para tocarla con suavidad en el codo.

–No me voy todavía, Ellie. No pienso irme a ninguna parte hasta que el río vuelva a su cauce.

–Pero…

–Relájate –rogó él, levantándole la barbilla con la mano–.

No puedo dejar que te comas todo esto tú sola.

Entonces, despacio, Joe le acarició los labios con el pulgar. Su contacto la incendiaba sin remedio.

–Digamos adiós a Steve con la mano mientras despega y metamos todo esto dentro. Así podremos empezar a planear nuestra Navidad.

Joe era libre de irse. Steve Hansen lo habría llevado a la costa en un abrir y cerrar de ojos. Sin embargo, él había elegido quedarse.

Era una locura. No podían…

Sin duda, Ellie debía de estar imaginándose cosas. Era Navidad y Joe quería pasar tiempo con su hijo. Esa era la única explicación lógica para que se hubiera quedado.

–Si sabías que Steve podía venir en helicóptero, ¿por qué no le pediste que te rescatara en un principio? –preguntó ella de todas maneras.

Joe se encogió de hombros.

–No quería dejar el coche aquí.

Era una excusa. Ellie no pudo ocultar su incredulidad.

–Además, tú y yo decidimos hacer una tregua –continuó él–. ¿Cómo puede hacerse una tregua si uno de los dos combatientes se va?

Como excusa, tampoco era muy convincente, pero Ellie decidió no discutir. Sobre todo, cuando Joe se había tomado tantas molestias para celebrar una Navidad llena de abundancia con ella y con Jacko.

–Vamos –dijo él, tomando una caja refrigerada–. Veamos lo que ha podido encontrar Steve.

Abrir todos los paquetes apilados en la cocina era como desenvolver regalos de Navidad por adelantado.

En la caja refrigerada, sobre una cama de hielo, encontraron el más delicioso marisco, gambas, langostas, navajas, salmón ahumado de Tasmania…

–Igual me he pasado –comentó Joe con una sonrisa–. Pero el marisco siempre se queda en nada cuando se le quita la cáscara.

En otra caja, había un excelente jamón de pata negra.

–Nos vendrá genial para picar –señaló él con otra sonrisa.

El resto de las viandas eran también suculentas… tomates y lechuga ecológicos, espárragos verdes frescos, una enorme sandía. Hasta había cerezas de California, traídas desde Estados Unidos.

De otra bolsa, sacaron botes de mostaza, mayonesa y mermelada. También había pepinillos y otras conservas de primera calidad. Y no faltaban las bolsas con dulces, matasuegras, silbatos y bengalas.

Por si fuera poco, había un pudding de ciruela, y coñac y champán francés, junto con una caja de vino de cosecha añeja.

Ellie le dio las gracias a Joe con emoción. Hasta estuvo a punto de abrazarlo, aunque logró contenerse. Aunque había sido muy generoso y considerado, una exesposa no debía abrazar a su exmarido, menos cuando acababan de firmar los papeles del divorcio.

Era importante que recordara que su tregua no era más que un cese temporal de las hostilidades, se dijo ella.

Para no darle más vueltas, se obligó a pensar en detalles prácticos, como qué iban a hacer con el pollo relleno y la masa de mazapán que tenía en el frigorífico.

–Lo cenaremos esta noche y dejaremos el resto para la comida de mañana –sugirió Joe–. Son perfectos para Nochebuena.

Una fresca brisa llegó por la tarde, barriendo el aroma a barro, así que Ellie puso la mesa en el porche, donde cenaron con Jacko con la puesta de sol.

Joe colocó bengalas de colores en las macetas, dándole un toque mágico a aquella cálida noche de verano.

Jacko estaba encantado.

Ellie también estaba feliz, mientras probaba el vino blanco de Nueva Zelanda que Joe había elegido.

Se había pasado los últimos cuatro años trabajando como una bestia en Karinya, levantándose antes de amanecer, pasándose las horas en los prados y, tras el nacimiento de Jacko, tratando de reservar tiempo para él.

La mayoría de las noches, había caído en la cama exhausta. Casi había olvidado lo que era tomarse un tiempo libre para disfrutar de una buena cena.

Acostar a Jacko en Nochebuena fue divertido, aunque el pequeño no entendió bien por qué tenía que poner los zapatos junto a su cuna. Lo comprendería por la mañana, pensó Ellie, llena de entusiasmo y emoción anticipada.

Cuando hubo salido del cuarto de su hijo, se encontró con Joe en el porche, apoyado en la barandilla, mirando a las estrellas que relucían entre las nubes.

–¿Cuándo quieres que le pongamos los regalos a Jacko? –preguntó él, volviéndose hacia ella.

–Es la primera vez que voy a jugar a ser Papá Noel –dijo ella con una sonrisa–. No soy una experta, pero creo que es mejor esperar un poco para asegurarnos de que esté dormido de verdad. Lo haré justo antes de irme a la cama.

–Me gustaría participar yo también –comentó él, un poco inseguro–. Le pedí a Steve que le comprara algunas cosas.

–De acuerdo. Me parece bien. Puedes ponerlo todo debajo del árbol y dárselo por la mañana. Así sabrá que son regalos que tú le haces.

–Me gustaría enseñártelo a ti primero. Igual algunas cosas te parecen adecuadas para ponerlas en sus zapatos.

–No es necesario…

Pero Joe ya estaba entrando, haciéndole un gesto de que lo siguiera al estudio. Una vez dentro, cerró la puerta tras ellos.

–Esto hace un poco de ruido y no quiero despertarlo

–explicó él, sin poder ocultar el brillo de entusiasmo en sus ojos.

Intrigada, Ellie lo vio sacar una caja de debajo de la mesa y empezar a abrirla.

–¡Oh, vaya! –exclamó ella, mientras él sacaba el peluche más bonito que había visto–. Un collie. Es precioso. Parece de verdad –añadió, tocando el pelo suave, blanco y negro, del perrito–. Dan ganas de abrazarlo. ¡A Jacko le va a encantar!

–Mira esto –dijo Joe, apretó un botón en el estómago del peluche y

lo dejó en el suelo. De inmediato, el juguete se sentó sobre sus patas traseras, ladró y, luego, comenzó a corretear por el suelo.

–¡Es una chulada!

El perrito se chocó con la mesa, cambió de rumbo y empezó a correr en círculos.

–Pensé que Jacko era demasiado pequeño para un perro de verdad –indicó Joe–. Esto es lo más parecido que encontré.

–Sí. Le va a encantar –afirmó Ellie, pensando que los juguetes que ella le había comprado no eran tan atractivos. –Uno de los chicos de nuestra unidad le compró a su hijo uno como este por su cumpleaños y su mujer puso el vídeo en Internet del niño con el perrito. Era tan tierno verlos jugando… Todos en la base quisimos comprar el juguete –le confió Joe, muy complacido porque a ella le gustara.

–Me lo imagino –repuso ella, enternecida por lo importante que era para Joe encontrar el regalo adecuado para su hijo.

–¿Quieres ponerlo junto a sus zapatos? –preguntó Joe.

–¿No prefieres dárselo tú en persona? Así sabrá que tú se lo has comprado.

–Eso no es importante.

–Yo creo que sí, Joe –replicó ella, frunciendo el ceño–. Si vas a estar lejos durante mucho tiempo, un regalo tan entrañable como este hará que Jacko se acuerde de ti.

Quizá no fue buena idea decir eso, reconoció Ellie. La expresión de Joe se volvió de piedra, desolada.

El silencio se cernió sobre ellos.

Ellie deseó poder adivinar sus pensamientos. ¿Se estaría arrepintiendo de su decisión de irse a trabajar tan lejos? Igual había cambiado de idea, después de haber pasado un tiempo con su hijo.

Era muy probable que Joe acabara queriéndolo. Solo de pensar en que se fuera a trabajar a aquel océano lejano, se sentía triste por los dos.

¿Y, tal vez, por ella misma?

Joe tardó una eternidad en volver a hablar.

–Preferiría que mi hijo me recordara a mí, no a los juguetes que le he regalado.

Ellie tragó saliva, sin saber qué decir.

–Entonces, pongamos al perrito sobre sus zapatos. Le diremos que se lo trajo Papá Noel. A Jacko le va a encantar.

–¿Quieres guardarlo en su caja?

–No. Parece más real fuera de la caja –contestó ella, abrazando al perrito–. Joe, no me has comprado ningún regalo a mí, ¿verdad?

–Puede que haya algún detallito –replicó él con un brillo en los ojos–. ¿Por qué? ¿Te molesta?

–Sí. Yo no tengo nada para ti. No pensé que…

–Tranquila, Ellie –le interrumpió él con una sonrisa–. No pasa nada. Sé que no tienes ninguna tienda cerca.

De todos modos, era algo que la preocupaba y que, probablemente, no le dejaría dormir.

Aquello era muy difícil, pensó Joe, cuando Ellie se marchó con el perrito. Volver a casa era difícil, mucho más de lo que había esperado.

Por supuesto, siempre había sabido que tendría que adaptarse. Los soldados hablaban mucho de los retos que tenían que superar al cambiar la guerra por la relativa monotonía de la vida civil.

Pero Joe había creído que para él iba a ser más fácil que para los demás. Para empezar, no había previsto volver a casa con su mujer y su familia.

O, al menos, no había pensado tener una mujer, ni una familia.

Aun así, allí estaba, en Nochebuena, divorciado sobre el papel, pero metido de lleno en la vida familiar.

Tenía que afrontar la verdad. Por mucha distancia que pusiera con Ellie y Jacko, siempre tendría un vínculo con ellos.

No podía creer que no lo hubiera pensado antes.

Además, se había dado cuenta de otra cosa. Al volver a Karinya, había visto su ausencia en Afganistán con los ojos de Ellie. Y no le gustaba lo que había comprendido.

Mientras él había estado jugando a ser un héroe, su mujer había trabajado como una esclava durante días interminables, y lo había hecho sin ayuda. Encima, había tenido que sobrellevar los nueve meses de embarazo y el nacimiento de su hijo sola.

Después de los años de dolorosos procesos de inseminación artificial que habían erosionado su matrimonio, Joe sabía que el embarazo debía de haber sido una montaña rusa emocional para ella.

¿Y qué había hecho él? La había dejado enfrentarse a todo sola.

Solo de pensarlo, Joe se puso a temblar. Durante todos esos meses, Ellie debía de haber creído que a él no le importaba.

Diablos. Era lógico que le costara confiar en sus intenciones. Tampoco le extrañaba que hubiera esperado que hubiera escapado en el helicóptero de Steve cuanto antes.

Aun así, por alguna extraña razón, escapar había sido lo último que se le habría ocurrido a Joe. ¿No era eso lo más raro de todo?

Capítulo 8

Cuando Ellie se levantó temprano al día siguiente, estaba tan emocionada como una niña.

¡Era la mañana de Navidad!

Por la ventana de su habitación, vio que estaba lloviendo otra vez. Pero no le importaba. Hiciera sol o diluviara, estaba más entusiasmada con esas Navidades de lo que había estado en años.

Tener un niño con quien compartirlas marcaba la diferencia. Además, no solo disfrutaría de la alegría de su hijo, sino también de la tregua con Joe.

Obligándose a no pensar en los días que seguirían a la Navidad, se puso unos pantalones rojos y una blusa blanca sin mangas, con unos volantes en el cuello. Cuando se peinó, decidió no hacerse la cola de caballo habitual y dejárselo suelto sobre los hombros.

¿Por qué no? Estar en un rancho aislado no significaba que no se arreglara para Navidad, se dijo, poniéndose unos aros de oro en las orejas y un poco de perfume.

De camino a la cocina, pasó por el cuarto de Jacko, que todavía estaba dormido, ignorante de lo que le esperaba a los pies de la cuna.

Quizá, podían empezar el día con un desayuno de huevos revueltos y salmón ahumado con cruasanes. Podían probar la mermelada nueva y preparar café selecto de Colombia.

En la cocina, encendió la tetera y se asomó a la ventana. De inmediato, vio algo moverse en los prados.

¿Joe?

Se asomó al porche para ver mejor entre la niebla. Era él, sin duda, inclinado sobre una vaca que parecía tumbada en el suelo.

Ellie frunció el ceño. Sin pensarlo, tomó el impermeable y el gorro de agua, se puso botas de goma y salió a los campos mojados y resbaladizos, salpicados de charcos.

–¿Pasa algo? –preguntó ella al llegar junto a Joe.

Él se incorporó. Llevaba un impermeable oscuro y un sombrero de ala ancha. En la débil luz de la mañana nublada, sus ojos azules parecían tintinear.

Ellie siempre había tenido debilidad por sus ojos. En ese momento, estaban radiantes. Y le aceleraban el pulso.

–Todo va bien –dijo él–. Tienes un nuevo ternero.

Cuando posó los ojos en la vaca, Ellie vio que acababa de parir. El ternero estaba acurrucado a su lado, todavía húmedo, mientras su madre lo lamía.

–Sus mugidos me despertaron –señaló Joe–. Salí a ver qué pasaba, pero ha conseguido parir sin ayuda.

–Genial. Ahora tenemos un pequeño ternero de Navidad.

–Sí –repuso él con una amplia sonrisa, posando sus ojos en ella–.

Feliz Navidad, Ellie.

–Feliz Navidad –contestó ella y, dejándose llevar por un impulso, se acercó y le dio un beso en la mejilla.

Él le devolvió el beso y, al sentir sus labios sobre la piel, sin poder evitarlo, Ellie se sonrojó.

Para distraer la atención, dio un paso atrás y observó al recién nacido, que intentaba ponerse en pie.

Entonces, el ternero se tropezó y le dio un cabezazo a su cansada madre.

Ellie se rio, aunque su risa se cortó en seco al ver la seria expresión de Joe.

–He estado pensando en ti. Nunca te pregunté cómo fue… el parto de Jacko.

Ella titubeó. No se lo había esperado.

–Mejor no preguntes.

–¿Por qué? ¿Fue malo? –inquirió él, frunciendo el ceño.

No tenía sentido hablar de eso, se dijo Ellie. No después de tanto tiempo.

–Sé que debería haberte preguntado hace mucho, Ellie –reconoció él con un nudo en la garganta–. Lo siento, me gustaría saberlo. ¿Fue… todo bien?

El recuerdo de su largo parto hizo que Ellie se encogiera. Había estado sola y asustada en un gran hospital de Townsville.

Y no había tenido suerte. En vez de tener la asistencia de una matrona comprensiva y cálida, la había atendido una demasiado brusca y poco compasiva.

Durante las veinte horas que había durado, ella hubiera dado cualquier cosa por una mano amiga a la que agarrarse. Pero no podía confesarle eso a Joe. Era demasiado tarde.

Y no era el día apropiado.

–Para la mayoría de las mujeres, su primer parto es muy duro –dijo ella, encogiéndose de hombros.

–¿Fue duro? –insistió él con preocupación.

–Casi veinte horas y tuvieron que usar fórceps –afirmó ella, asumiendo que Joe no se rendiría si no le daba detalles. De todos modos, prefirió no mencionar la parte de los puntos–. Fue todo normal al final, gracias al Cielo, pero pasé momentos malos.

Joe apartó la vista. Tenía la respiración acelerada.

–Y mereció la pena –anunció ella con suavidad–. Cada minuto de aquellas largas horas mereció la pena. Era el bebé más bonito del mundo, Joe. Tenía la carita arrugada y el pelo oscuro. Movía los bracitos y pataleaba. Tenía los pies largos, como tú, y era perfecto. Fue el momento más maravilloso de mi vida.

«Deberías haber estado allí», pensó ella. Cielos. Iba a ponerse a

llorar si seguía hablando de eso. Joe ya parecía a punto de hacerlo.

Era Navidad. No debían tener esa conversación.

Obligándose a ser práctica, Ellie hizo un gesto hacia el ternero y su madre.

–Les traeré algo de comer más tarde. Ahora estaba preparando el desayuno. ¿Vienes?

Joe tardó un rato en relajar el ceño.

–Claro –dijo él con una sonrisa incierta.

–Date prisa. Me muero de hambre.

En la entrada, Ellie se quitó las botas de goma, el gorro y el impermeable. Joe se fijó en que, debajo, estaba vestida para la ocasión con unos pantalones rojos ajustados y una fina blusa blanca. Unos aros de oro colgaban de sus orejas y se había dejado el pelo, largo y moreno, suelto.

–Había pensado en huevos revueltos y salmón ahumado. ¿Qué te parece?

Lo que Joe tenía en la cabeza era saborear sus labios rosados y apretarla entre sus brazos. Quería quitarle aquella delicada blusa y trazarle un camino de besos en la clavícula. Ansiaba tocar cada una de las costuras de aquellos pantalones tan sexys.

Sí, claro, muy listo, se reprendió a sí mismo con sarcasmo.

Así solo lograría volver al mismo punto donde empezó con aquella mujer y solo le haría más daño.

–¿Joe?

–Sí, perdón.

Ellie repitió su pregunta con tono de impaciencia.

–¿Te apetecen huevos revueltos y salmón?

–Claro. Suena…

–¡Mami! –gritó una vocecita desde su cuarto–. ¡Mira, mami, un perrito!

Ellie sonrió.

–Creo que tendremos que dejar el desayuno para dentro de un rato.

Para Joe, la mayor parte del día de Navidad se desenvolvió según lo planeado. A Jacko le encantaron sus juguetes… sobre todo el perro y el juego de construcción que Ellie le había comprado. Los tres disfrutaron de un festín para desayunar y, luego, se fueron al salón para el ritual de abrir regalos debajo del árbol… sobre todo para Jacko, de parte de sus respectivas familias.

A Ellie le encantó la caja de lociones y aceites de baño que la

mujer de Steve Hensen le había elegido. Y, para sorpresa de Joe, también tenía algo para él.

–De parte de Jacko y mía –dijo ella con timidez.

Era muy pequeño, diminuto. Estaba envuelto en un papel rojo brillante con un lazo dorado.

–Sé que dije que no tenía nada para ti, Joe. Quería decir que no te había comprado nada. Esto… es hecho en casa.

Perplejo, Joe lo abrió y encontró un sencillo pen drive.

–He guardado dentro todas las fotos de Jacko –indicó Ellie–. Todo desde el día que nació. Pensé que te gustaría… –comenzó a explicar, pero no pudo continuar. Hizo una mueca para contener las lágrimas, meneando la cabeza.

Emocionado, Joe bajó la vista al pequeño dispositivo de almacenamiento que tenía en las manos.

–Te ayudará a ponerte al día con los primeros dos años de Jacko –dijo ella con más calma.

–Gracias –repuso Joe en un murmullo. La mano le temblaba. Aquello significaba mucho para él–. Es… –intentó añadir, aunque se le quebró la voz–. Te lo agradezco mucho.

Después, llamaron a sus familias.

–A Jacko le encanta el libro que le has mandado, mamá. Y el tren de sus primos –le dijo Joe a su madre.

–Te echamos de menos. Y nos morimos de ganas de conocer a Jacko. Todo el mundo te manda besos. Espero que pases un buen día, cariño.

–Sí. Por ahora, está siendo excelente. Todo va bien.

Después, Joe se fue con Jacko al salón y construyeron una torre con su juego nuevo, mientras Ellie llamaba a su madre. El teléfono no funcionaba muy bien, debido a las lluvias, y había que gritar para que la conversación se oyera al otro lado de la línea.

–¿Harold te ha regalado una pulsera de diamantes? Qué bien. Sí, genial, mamá. Sí, Joe sigue aquí. No, no. Nada de problemas. No, mamá. De veras, no hacía falta que dijeras eso. De acuerdo. Acepto tus disculpas. No, eso no significa que me haya rendido. Sí, vamos a comer marisco. Uno de los amigos del ejército de Joe lo ha traído en helicóptero. Sí, eso pensé. Muy bien. Feliz Navidad para ti también.

Cuando Ellie regresó al salón, tenía cara de derrota.

–¡Necesito tomar una copa!

–Justo a tiempo. Es la hora del aperitivo –repuso Joe con una sonrisa.

Abrieron una botella de champán helado y pusieron un CD que a ambos les había encantado hacía años. La música sonaba ligera y

melodiosa, mientras el día seguía avanzando sin complicaciones.

Mientras Jacko correteaba con su perrito y jugaba a esconderlo detrás de las cortinas y los cojines, Joe y Ellie prepararon una ensalada de aguacate, tres tipos de lechuga y especias. Pusieron la mesa para comer con una fuente de marisco en el centro y platitos con agua con limón para limpiarse los dedos.

Antes de sentarse, tiraron serpentinas y soplaron matasuegras. Luego, los adultos comieron marisco y champán y Jacko, pollo y zumo de naranja. Rieron juntos.

Rieron mucho.

De postre, disfrutaron del pudin de ciruelas, mientras el niño se tomaba un helado de chocolate. Joe contó historias graciosas de Afganistán. Y Ellie les repitió las bromas y anécdotas que había oído contar a los vaqueros en su rancho.

Joe no podía apartar los ojos de ella. Estaba resplandeciente y sonreía con felicidad. Le brillaban los ojos cada vez que reía. Hasta con un sombrero verde de cartón, estaba encantadora.

Y sexy. Demasiado.

Su tregua era peligrosa, pensó Joe. Estaba envolviéndoles en la ilusión de ser una familia feliz. Y lo estaba animando a soñar con lo imposible.

Después de su exquisita comida, Ellie llevó al pequeño a dormir la siesta. El perrito ocupó el lugar de honor junto al osito de peluche, en su cuna. Enseguida, Jacko se durmió con una sonrisa.

Al salir de su dormitorio, Ellie descubrió que la mesa había sido recogida. En la cocina, Joe había tirado ya los desperdicios. También había enjuagado los platos y vasos y casi había terminado de llenar el friegaplatos.

–Vaya, Joe. El ejército te ha convertido en una bendición para los quehaceres domésticos –observó ella, sin poder evitar fijarse en lo guapo que estaba.

Él sacó una botella de champán del frigorífico con una sonrisa.

–¿Quieres que nos la terminemos? Quedan un par de vasos.

Ellie sonrió. Estaba disfrutando como una niña esa Navidad.

–Sería un crimen dejar que se le escaparan las burbujas.

Fuera, el día era lluvioso y gris. Pero, dentro del salón, con las luces de colores del árbol y una cantante de jazz en el aparato de música, todo era acogedor. Joe se acomodó en un sofá, estirando sus largas y fuertes piernas embutidas en vaqueros ajustados.

«Casi soy feliz», se dijo Ellie.

Lo habría sido del todo, si su tregua hubiera sido real y no una farsa.

Le daba miedo sorprenderse a sí misma deseando que Joe y ella pudieran volver al pasado y arreglar sus errores.

Eso no iba a pasar. Aquel agradable paréntesis no era más que eso, una escapada de la realidad.

Era importante no olvidarlo, se advirtió a sí misma.

Joe trató de mostrarse relajado, aunque le resultaba cada vez más difícil, sobre todo, cuando Ellie se quitó los zapatos y se acomodó en el sofá.

Ella se arqueó y se estiró como un gatito antes de sumergirse entre los cojines, ofreciéndole una atractiva visión de sus largas piernas con aquellos pantalones rojos ajustados. Con una sonrisa del más puro placer, tomó un trago de su copa de champán.

Para él, sin embargo, el problema era que tenía la necesidad urgente de sentarse a su lado.

Además, sucedía algo muy inconveniente. Ellie era la única mujer que él había deseado de verdad y, a pesar de toda la amargura que había roto su matrimonio, seguía deseándola. Nunca había dejado de hacerlo. Era una atracción irresistible, involuntaria, visceral.

Y en ese momento… Lo estaba volviendo loco.

Ellie tomó otro sorbo y levantó la copa hacia la luz, admirando sus pálidas burbujas. Luego, miró a Joe con ojos llenos de…

¿Era añoranza lo que había en sus ojos?, se preguntó él, conteniendo el aliento. Era difícil seguir sentado, cuando lo único que quería era ir a su lado y ayudarle a desprenderse de esa blusa.

Como si le hubiera leído el pensamiento, ella dejó de sonreír al instante, se sonrojó y cambió de postura.

Preguntándose si estaría sintiendo lo mismo que él, Joe no pudo evitar recordar cuando habían hecho el amor. No había olvidado sus besos, su sedosa piel, su entrega total…

–Bueno, ¿qué te gustaría hacer esta tarde? –inquirió ella con una pequeña sonrisa.

¿Lo decía en serio?, pensó él.

–¿Quieres ver una película?

–Puede ser peligroso.

–¿Ver una película? ¿Peligroso?

–Tendríamos que sentarnos juntos en ese sofá –contestó él, señalando a la pantalla de televisión.

Ellie se mostró perpleja, primero. Después, camufló una carcajada.

–¿Y qué pasa por eso?

–Cuando llevas esos pantalones tan tentadores, pueden pasar muchas cosas.

Entonces, ella abrió los ojos como platos. Lo más probable era que

nunca se le hubiera ocurrido que su ex pudiera sentirse todavía atraído por ella. Luego, se quedó muy quieta, mirándolo con el ceño fruncido.

Al menos, no parecía enfadada. Ni triste. Solo pensativa y sorprendida.

¿Qué estaría pensando?, se preguntó él con el corazón acelerado, listo para saltar de su sillón si ella le daba el más mínimo indicio de sentir lo mismo.

Entonces, Ellie posó los ojos en su copa y pasó el dedo por el borde.

–Ese es nuestro problema, ¿verdad?

Joe esperó, inseguro de a qué se refería.

–Siempre nos hemos sentido atraídos –continuó ella, tragando saliva, sin levantar la vista–. Pero, tal vez, nos habría ido mejor si hubiéramos dedicado más tiempo a hablar. Sé que odias ponerte serio, Joe, pero creo que no nos esforzamos lo bastante en hablar, ¿verdad?

–Sí. Sin discutir, no.

–¿Has pensado a menudo en ello? –quiso saber Ellie y tragó saliva, nerviosa–. ¿Has dedicado tiempo a averiguar qué fue lo que salió mal?

–Un poco –reconoció él con un nudo en la garganta–. Sí.

Ellie se terminó la copa de champán y la dejó sobre la mesa.

–Debo admitir que a mí no me gusta rendirme sin más, por eso, le he dado muchas vueltas a nuestros problemas desde que te fuiste.

–¿Y a qué conclusiones has llegado?

–No creo que quieras hablar de esto ahora.

–Claro que sí. Continúa. Te escucho. Me gustaría conocer tu punto de vista.

–Bueno, siempre he pensado que nos casamos por un ataque de pasión –señaló ella tras un momento de silencio–. Al poco tiempo de conocernos, ya estábamos intentando levantar un rancho juntos… y formar una familia.

–Y no encontramos más que obstáculos.

–Así es –afirmó ella, frunciendo el ceño–. Fue entonces cuando nos faltó hablar más. O, cuando lo intentábamos, siempre acabábamos gritando.

Joe asintió, recordando las terribles peleas que tanto se había esforzado en olvidar.

–Pero hay una cosa de la que me alegro, Joe. Ni siquiera en la peor de nuestras peleas, intentaste hacerme daño a propósito.

–Nunca lo haría.

–Sin embargo, creo que, en algún momento, dejamos de vernos el uno al otro –prosiguió ella con lágrimas en los ojos.

–Igual nunca pudimos tomarnos el tiempo necesario para conocernos de verdad.

–Estoy de acuerdo –admitió ella, bajando la vista. Suspiró–.

Pero no sirve de nada desenterrar el pasado.

Joe no estaba seguro. Estaba claro que ambos habían cambiado. Por ejemplo, cuando habían estado casados, una conversación como esa los habría llevado directos a otra pelea.

Tenía que admitir que había evitado darle demasiadas vueltas al pasado. En el ejército, le había resultado fácil y necesario enfocarse en el presente y enterrar sus emociones, incluido su sentimiento de culpa en lo que tenía que ver con

Ellie.

En ese momento, sin embargo, le costaba creer que hubiera sido tan egoísta.

¿Pero podía ofrecerle a Ellie algo distinto? Le gustaría pensar que el tiempo y la distancia le habían ayudado a ganar madurez.

Observándolo, Ellie soltó un suspiro, incómoda, y se levantó del sofá.

–Ha dejado de llover –comentó ella.

Una extraña desesperación invadió a Joe. Había tenido la sensación de que habían estado a punto de llegar a alguna conclusión importante. Incluso, se preguntó si ambos querían lo mismo, pero tenían demasiado miedo de conseguirlo.

Nervioso, intentó pensar en algo que decir.

En ese mismo instante, Ellie se giró de golpe desde la ventana.

–Maldita sea. Creo que tenemos que hablar. Es nuestra única oportunidad. Cuando te hayas ido… –dijo ella y levantó las manos con gesto de impotencia.

A Joe se le encogió el corazón. Adivinó que se le estaba presentando una oportunidad que no debía dejar escapar. De todos modos, se sentía nervioso… tanto como si estuviera cruzando un campo de minas en Afganistán.

–Estoy dispuesto –señaló él con tono cauteloso–. Quiero decir que igual deberíamos aprovechar este momento… y la protección que la tregua nos ofrece –añadió con una débil sonrisa.

Ellie le devolvió la sonrisa, muy despacio, se acercó al sofá y se sentó en un extremo, decidida pero obviamente nerviosa.

–¿Por dónde empezamos?

–Estoy abierto a cualquier sugerencia.

Ellie lo pensó un momento.

–Igual deberíamos empezar con lo del ejército. Hay mucho que no sé de ti, Joe. No solo lo que has hecho en la guerra desde que rompimos. Nunca comprendí por qué quisiste enrolarte… aparte de que era una forma de escapar.

–Bueno, planeaba unirme al ejército antes de conocerte.

–Sí. Eso lo sé. ¿Pero por qué, si tu familia tiene un rancho de

ganado? ¿No te gusta el trabajo de ganadero?

–Sí. Claro que me gusta –afirmó él. Le encantaba trabajar al aire libre, hacer ejercicio físico, sentirse uno con los elementos–.

Pero, con cuatro hermanos mayores, yo tenía muy poco que decir respecto a cómo llevar las cosas en el rancho. La idea del ejército fue como un acto de rebeldía.

Ellie arqueó las cejas, sorprendida.

–Estaba harto de que mis hermanos me dieran órdenes todo el rato. Decidí que, si iba a tener que obedecer, prefería que fuera en el ejército.

Ella esbozó una sonrisa comprensiva.

–Creo que mis hermanos esperaban que me quedara en casa, bajo las faldas de nuestra madre, pero yo no pensaba hacer tal cosa. Quería correr aventuras, igual que ellos. Por eso, siempre intentaba seguirlos e imitarlos. Supongo que eso les molestaba.

–No es algo muy bueno para la autoestima de un joven.

Joe se encogió de hombros y continuó:

–No me libré de ellos hasta que fui a estudiar a un internado. Mis compañeros empezaron a tratarme como si fuera Joe Madden nada más, no el hermano pequeño de nadie.

–Pero ir a la guerra era más emocionante que el internado, ¿o qué? –bromeó ella.

Joe rio, aunque Ellie volvió a fruncir el ceño, pensativa.

–Sigo pensando que el ejército fue una excusa para escapar de nuestro matrimonio.

–Igual tienes razón –reconoció él e hizo una pausa–. ¿Y qué me dices de ti, Ellie?

–¿Qué quieres decir? –preguntó ella, nerviosa.

–Si vamos a sincerarnos, igual tú podrías contarme algo sobre tu familia. Nunca me has hablado de ellos.

–Fui hija única –se apresuró a responder ella–. No tuve problemas con hermanos –puntualizó a la defensiva, como para zanjar el tema.

Joe esperó. Ellie nunca le había explicado por qué se había ido de su casa justo después del instituto y se había mudado a North Queensland. Sabía que su padre había muerto cuando ella había sido niña y que su relación con su madre era normal, aunque no excelente. Estaba seguro de que tenía problemas con ella.

–Creí que estábamos hablando de ti y del ejército –indicó ella, tensa.

Joe se encogió de hombros. No quería presionarla más.

–Pues sigamos hablando de mí. ¿Qué más quieres saber?

–¿Te alegras de haberte alistado?

–El ejército tiene sus cosas buenas y he adquirido nuevas habilidades –contestó él con prudencia–. No todas tienen que ver con

hacer explotar bombas.

Un poco más relajada, Ellie abrazó un cojín contra el pecho. Joe se preguntó cómo era posible estar celoso de un cojín.

–Entonces, ¿te sientes bien con todo lo que has visto y hecho?

–¿Quieres saber si sufro estrés postraumático?

–Bueno, parece que estás bien. Pero quería preguntártelo.

–Me siento bien, sí. Y el test psicológico que me hicieron salió bien. Supongo que he sido afortunado.

–Supongo –repitió ella con cara triste–. ¿Y crees que el ejército te ha cambiado en algo?

Él titubeó, recordando los días más difíciles de su matrimonio y cómo se había retirado cuando ella más lo había necesitado. Había sido testigo de cómo su mujer se había ido hundiendo más y más, pero no había tenido ni idea de cómo ayudarla.

–Me gustaría pesar que he cambiado. He tenido que asumir muchas responsabilidades importantes.

–Sí –asintió ella–. Parece estás más seguro de ti mismo ahora.

Su comentario tomó a Joe por sorpresa, sobre todo, por la cálida sonrisa que lo acompañó.

Debía tener cuidado.

Cuando Ellie lo miraba de esa manera, volvía a tener ganas de lanzarse sobre ella.

Capítulo 9

Joe la estaba mirando de nuevo de esa manera.

Ellie se quedó sin respiración, con el corazón aclarado, pensando en su musculoso cuerpo, tan perfecto, tan masculino. Él tenía esa mirada que la hacía olvidar toda precaución y desear cosas en las que no debía soñar.

Nerviosa, se enderezó en su asiento. Debía seguir hablando, se dijo a sí misma. No podía perder la oportunidad.

–Bueno, me parece que los dos estaremos de acuerdo en que nuestra relación hubiera salido mejor si nos hubiéramos tomado las cosas con más calma desde el principio. Podíamos habernos entendido mejor si hubiéramos hablado más. Deberíamos haber sido más tolerantes.

Joe asintió, aunque sus ojos tenían el mismo brillo travieso.

–No estoy seguro de que hubiéramos podido ir más despacio.

Ella se sonrojó.

–Según lo recuerdo, éramos muy impacientes –prosiguió él, ignorando lo azorada que estaba su interlocutora. Pero era cierto. Desde el principio, no habían sido capaces de quitarse las manos de encima.

–Al menos, ahora estamos controlándonos muy bien –observó ella, tensa.

–Estamos divorciados, Ellie.

–Sí, claro –dijo ella, sintiéndose como si le hubieran echado encima un jarro de agua fría. Se recostó en el sofá y cerró los ojos, esperando que su acelerado corazón se calmara. Cuando los abrió de nuevo, Joe seguía mirándola.

–Para que yo lo entienda, no estarás arrepintiéndote sobre el divorcio, ¿verdad? –quiso saber él con gesto serio–. O sobre nosotros.

No, claro que no, pensó Ellie, entrando en pánico. Tenía su futuro planeado, por separado.

No podía arrepentirse. No tenía sentido convertir el naufragio de su matrimonio en un cuento de hadas.

Aun así… ¿estaba Joe brindándole una nueva oportunidad?

Inquieta, se levantó del sofá y comenzó a dar vueltas por el salón, mientras los pensamientos daban vueltas en su mente como en un tiovivo.

–¿Arrepentirme? –repitió ella–. No lo creo, Joe –negó. Aunque… Cuando lo miraba, tenía una dolorosa sensación de pérdida–. Pero no lo sé seguro. ¿Y tú?

Joe intentó sonreír, sin lograrlo.

–Estaba de acuerdo con nuestro trato. Pero… pero si tú quieres reconsiderarlo…

–Lo habíamos decidido ya –susurró ella, parándose en seco–. Hice las gestiones necesarias para el divorcio. Te he entregado los papeles. Y tú los has firmado.

–Lo sé, lo sé. No te preocupes, Ellie. Nada tiene por qué cambiar.

–No –dijo ella y respiró hondo.

–A menos… A menos que nosotros queramos –puntualizó él.

Le estaba haciendo una oferta, caviló Ellie. Le estaba ofreciendo una segunda oportunidad. El corazón se le llenó de esperanza y, un instante después, se aterrorizó por el miedo al fracaso. ¿Cómo iban a lograr que su relación funcionara?

–No puede ser buena idea, ¿o sí?

–¿Tú sientes que no lo es?

–No –negó ella, mirándolo con ansiedad–. No lo sé.

–Supongo que solo podemos confiar en nuestro instinto.

–Confiar. Eso son palabras mayores. Además, debemos tener en cuenta a Jacko. No me gustaría hacerle daño.

–Eso es lo último que yo quiero, Ellie.

Ella tuvo la tentación de lanzarse a sus brazos y mandar al diablo todos sus miedos, rindiéndose al deseo de sentir sus labios en la boca, sus manos sobre la piel.

Pero debía ser razonable.

Más que nunca en su vida, debía ser cauta y prudente. –¿Cómo podemos saber que no cometeríamos los mismos errores? –preguntó ella. Aunque, tras varios embarazos frustrados, conocía la respuesta. No había manera de tener garantías. Todo en la vida suponía un riesgo.

Después de sus cuatro años en el ejército, Joe también debía de saberlo.

–Podríamos empezar por evitar nuestro primer error –propuso él–. Podríamos intentar tomarnos las cosas despacio, pasar tiempo juntos, conocernos mejor.

–¿Hablar nada más? ¿Solo como amigos?

–Es solo una sugerencia –comentó él. Como ella, se había levantado y estaba parado en medio del salón. No era la clase de conversación que podía tenerse sentado.

–¿Y ese trabajo que te está esperando? El de perseguir a los piratas en el Índico.

–No creo que les guste que renuncie en el último momento, pero puedo hacerlo.

–Si lo intentáramos, ¿cómo sería? ¿Vivirías aquí en Karinya, ayudándome con el ganado?

–Sí, igual que antes, creo yo –contestó él con una sonrisa–. Pero sin pelearnos.

–Y sin sexo –apostilló ella.

Sus ojos se encontraron. Los de él relucían con tanta intensidad que Ellie se quedó sin respiración.

No podían vivir juntos y ser solo amigos, se dijo ella.

Ambos se quedaron paralizados, tensos, con la respiración acelerada, separados solo por la alfombra. Mirándose.

Diablos. Lo único que se le ocurría a Ellie era cruzar esa frontera, lanzarse a sus brazos y sellar sus labios con un beso.

Debían decir algo, romper el hechizo cuanto antes.

Pero, cuando Joe no se movió, ni habló, a ella se le agotó la fuerza de voluntad.

–Lo siento –murmuró Ellie, se acercó y lo besó.

Sin embargo, Joe no esperaba una disculpa, sino poder devorarla con la misma intensidad. La abrazó contra su pecho, sumergiéndose en su beso.

Él sabía a Navidad y a champán y a toda clase de felicidad, se dijo Ellie, embriagada por su intensa presencia masculina. Entrelazó los brazos tras su nuca, justo a tiempo para no caerse cuando le estaban cediendo las rodillas.

«Lo siento, Joe. He intentado olvidarte, pero no puedo. Te he echado mucho de menos», quiso decirle Ellie con sus besos.

Joe la sujetaba con la misma pasión, como si sintiera lo mismo que

ella. Todo en él le resultaba familiar, aunque más excitante que en el pasado. Sobre todo, cuando la llevaba en brazos al sofá.

Los cojines se esparcieron por el suelo, mientras sus cuerpos se entrelazaban, presos de la urgencia. Joe la besó en la barbilla, en el lóbulo de la oreja, en el cuello, prendiéndola fuego donde la tocaba. En cuestión de segundos, le bajó el escote de la blusa, trazándole un camino de besos cada vez más caliente.

Ellie lo ayudó con los botones. Cuando la blusa cayó, él soltó un suave gemido. Ella gimió también. Necesitaba sus caricias más que el aire que respiraba.

–¡Mami!

Cielos.

Los dos se quedaron petrificados. Con el corazón acelerado, se miraron, perplejos.

–¡Mami! –llamó el pequeño desde su dormitorio.

Ellie estaba sentada encima de Joe, jadeante, sonrojada y medio desnuda.

–La voz de su amo –dijo él en voz baja, mirándola a los ojos con una sonrisa.

–¡Mamiiii! –volvió a gritar Jacko.

Joe le dio la mano para ayudarla a incorporarse. Pero, antes, le dio un suave beso en los labios.

–Salvada por nuestro hijo –murmuró él.

–No me siento salvada.

–Bueno, al menos, hemos hecho progresos –señaló él de buen humor, acariciándole la cintura con ambas manos.

Eso, sin duda, se dijo Ellie. Pero aquello no debía estar pasando. Era una locura.

–Yo iré a por Jacko –se ofreció él, poniéndose en pie.

–Gracias –contestó ella, mientras se abotonaba la blusa.

Un momento después, oyó cómo padre e hijo se saludaban encantados. Se fue al baño y, peine en mano, se miró al espejo. Estaba sonrojada y tenía todo el pelo enredado.

Habían estado cerca.

Demasiado cerca.

¿Pero habían estado a punto de dar un paso importante o habían estado al borde de cometer un terrible error?

Si seguían adelante con su plan de darse una segunda oportunidad, ¿era ella capaz de ser mejor pareja que en el pasado?

Al pensar en cómo solía ser, demasiado ansiosa y sumida en sus propios problemas, Ellie se encogió. Quería ser mejor persona.

¿Era el destino lo que la empujaba a darse otra oportunidad?

Aunque no sería sencillo empezar de nuevo. Los dos tendrían que adaptarse. Pero si Joe estaba dispuesto… Ella quería hacer todo lo

posible.

Joe levantó a Jacko de la cama, lo llevó al baño y, luego, a la cocina para merendar. Sin embargo, tenía la mente puesta en Ellie y el gran paso que habían dado.

Sin duda, el deseo físico lo había empujado a actuar así, igual que cuando la había conocido. Pero, cuando se había casado con su novia embarazada, lo había hecho porque no había creído tener alternativa. Un fuerte sentido del honor lo había empujado a ello.

Cuatro años después, cuando había comprendido que la estaba haciendo infeliz, se había visto obligado a dejarla libre. No se le había ocurrido ninguna otra manera de solucionar sus problemas entonces.

En el presente, sin embargo, sí había opciones.

Había firmado un documento que lo convertía en un hombre libre, tenía un trabajo esperándolo en la otra punta del mundo.

Por otra parte, había comprendido que ambos habían cambiado. Habían vivido experiencias muy diferentes, la maternidad y la guerra, y habían madurado como resultado.

Además, estaba Jacko. Después de haber compartido con él solo unos días, Joe ya lo quería con una intensidad que no había soñado posible. En cuanto a Ellie…

Nunca había dejado de quererla. Se había alejado de todo cuando las cosas se habían puesto demasiado difíciles y había escondido su dolor tras su disfraz de soldado. Pero la verdad era que sus sentimientos por ella eran tan tiernos y amorosos como al principio.

Sin duda, tenía muchas opciones, se repitió a sí mismo.

Y había decidido quedarse.

Con Jacko entre ellos, se pasaron la tarde dando una vuelta por el rancho. Ellie llevó suplementos nutricionales a las vacas recién paridas y sus terneros y le enseñó a Joe sus inversiones, las presas y un molino de agua, además de sus exitosos experimentos con pastos mejorados.

–Has hecho un trabajo excelente –repetía él una y otra vez.

Visitaron los lugares favoritos de Joe, incluido el prado de los caballos. Juntos, se apoyaron en la barandilla y les dieron zanahorias y pastillas de azúcar a los caballos que se acercaban, mientras Jacko jugaba a sus pies con una excavadora de juguete.

–Creo que debo disculparme –dijo Ellie. Necesitaba dar voz al pensamiento que llevaba tiempo rumiando–. No puedo creer que decidiéramos algo y que, de repente, me volviera loca y rompiera las reglas.

–¿Me has oído alguna queja? –preguntó él con una sonrisa.

–Pero no seguimos el plan que habíamos acordado cinco minutos antes.

–Tal vez, no fue muy buen plan. No muy realista, por lo menos –señaló él y le cubrió la mano con la suya–. No empieces a preocuparte, ¿de acuerdo?

–De acuerdo –dijo ella, sonriendo. Había algo muy reconfortante en la nueva seguridad que Joe tenía en sí mismo. Si quería que lo suyo funcionara, tenía que confiar en él.

Después, fueron a comprobar la altura del río, que estaba bajando. En un par de días, se podría cruzar. Pero Joe ya no se marcharía.

Una deliciosa sensación de excitación vibraba en el aire. Mientras conducían a casa, se sonrieron el uno al otro por encima de la cabeza de su hijo, con los ojos llenos de esperanza y expectación.

Para la cena, Joe cortó jamón con gran ceremonia y lo comieron acompañado de pan con mermelada especiada de mango y otra botella del exquisito vino que Steve les había llevado. El postre fue tarta de queso.

Después, Jacko gritó de excitación cuando los tres jugaron juntos al escondite en el salón. Luego, se sentaron en el sofá y le leyeron su nuevo cuento. Ellie y Joe hacían por turnos los ruidos de los animales y Jacko los copiaba, entre las risas de los tres.

Mientras Joe supervisaba el baño del pequeño, con submarinos y bombarderos incluidos, Ellie recogió la cocina. A continuación, acostaron a Jacko.

Y se quedaron solos.

Ellie estaba un poco nerviosa cuando se sentaron en el salón con el resto de la botella de vino. Sabían que ambos tenían expectativas sobre la noche que tenían por delante. Joe ya no se quedaría en el cuarto de Nina.

A pesar de aquel pequeño detalle, estaban relajados. Pusieron música tranquila y hablaron de su hijo, del milagro que era, de lo listo que era… incluso de a qué instituto iría en el futuro.

Entonces, como si los hubiera oído, el niño llamó.

–Agua, mamá.

Ellie se fue a rellenar el vaso de Jacko. Cuando se lo llevó, el pequeño solo dio dos tragos.

–Ahora a dormir –le dijo ella con suavidad–. Buenas noches.

El pequeño cerró los ojos con expresión angelical.

–¿Por dónde íbamos? –preguntó ella al volver al salón.

–Creo que estábamos alabando a nuestro amado hijo.

Rieron bajito, para no despertarlo. Pero Jacko llamó de nuevo.

Cuando Ellie fue a verlo, había tirado a su osito de la cuna. Ella lo tomó del suelo y se lo tendió.

–Nada de tonterías. Es hora de dormir –dijo ella con firmeza. En el salón, Ellie se sentó de nuevo. Joe estaba ojeando una revista.

–¡Joe! –llamó Jacko desde su cuna–. ¡Joe!

Ella suspiró.

–Está demasiado excitado para dormir.

–¿Nos hemos pasado de la raya jugando al escondite después de cenar?

–Igual. Le pasa de vez en cuando.

–¿Y qué sueles hacer en estos casos?

–Depende. A veces, Nina se ocupa. Otras veces, dejo que llore un poco, hasta que se rinde y se duerme.

Joe frunció el ceño con desaprobación.

–Solo lo hago de forma controlada, Joe –se explicó ella–. Nunca le dejo llorar demasiado tiempo.

Joe no se mostró demasiado convencido por esa técnica.

–¿Voy a verlo y hablo con él seriamente? –propuso Joe.

–¿Como un sargento?

–Un poco de disciplina paterna le vendrá bien.

–¿Estás seguro de que sabes cómo regañar a un niño de dos años?

–Puedo probar.

–A estas horas, cualquier cosa puede ser útil –repuso ella, encogiéndose de hombros–. No seas muy duro con él –añadió, de pronto insegura.

Mientras Joe salía, Ellie lo contempló con deseo y admiración. Joe Madden siempre había sido el hombre más atractivo que conocía. Y, en el presente, lo era más que nunca.

No solo era por sus músculos. Había una fuerza interior en él que emanaba seguridad. Y su actitud de padre responsable también le ganaba muchos puntos.

En ese momento, escuchó cómo su hijo lo saludaba encantado y se preparó para escuchar su regañina y el llanto del pequeño.

Sin embargo, no hubo nada de eso. Lo único que Ellie oyó fue el suave murmullo de Joe. Luego, silencio. Y más silencio.

Sin poder contener la curiosidad, se acercó de puntillas al cuarto de Jacko.

En la penumbra de la habitación, vio a Joe junto a la cuna y al niño tumbado boca abajo con los ojos cerrados. Su padre le daba suaves palmaditas en la espalda con paciencia y cariño.

Ellie sonrió. Vaya con la reprimenda.

Tras un minuto o dos, Joe levantó la mano. El pequeño siguió durmiendo con tranquilidad. Segundos después, Joe salió de la habitación.

–Qué severo, ¿eh? –bromeó Ellie cuando estuvieron de vuelta en el salón.

–Esto ha funcionado mejor –repuso él con una sonrisa.

–Siempre has sido un blando.

–Eso no es verdad –negó él–. Ven y te lo demostraré.

El cuerpo de ella se incendió cuando la tomó entre sus brazos y la besó. Lo que había dicho era cierto. Ese hombre no tenía nada blando, a excepción de sus labios. El resto era duro y musculoso.

Entonces, Joe la tomó de la mano y la llevó al dormitorio. Sin prisa, disfrutando de la exquisitez de su contacto, la besó en el cuello y ella lo besó en la mandíbula.

–Te he echado de menos, Ellie.

–Y yo a ti. Mucho –admitió ella–. Cuando estabas fuera, me aterrorizaba pensar que podían matarte. Cada vez que salían noticias sobre Afganistán en la tele, tenía que apagar –añadió con lágrimas en los ojos.

Pero Ellie no quería llorar. Quería saborear su piel, volver a acariciar su textura. Despacio, le sacó la camisa de los pantalones para tocarle por debajo. Con un gemido de placer, él le quitó la blusa y, entre más besos y caricias, la condujo a la cama, la misma que habían compartido hasta hacía cuatro años. Hicieron el amor despacio, tomándose su tiempo, susurrándose palabras de ternura.

Se conocían el uno al otro muy bien, sabían cómo les gustaba ser tocados y besados y excitados…

Esa noche, sin embargo, no tenía que ver solo con el sexo y el deseo. Fue un acto de amor, donde los sufrimientos del pasado podían empezar a sanarse y el brillo de la esperanza relucía sobre ellos.

Después, se quedaron abrazados, hablando con suavidad en la oscuridad bañada por la luna.

–Bienvenido a casa –dijo ella.

–Es un placer estar de vuelta –repuso él con una sonrisa.

–Tenemos que lograr que funcione esta vez.

–Lo haremos, Ellie.

–Me encanta lo seguro de ti mismo que te has vuelto.

–Soy más viejo y más sabio…

Ellie sospechaba que también ella había cambiado. Tenía más seguridad y ansiaba creer en un final feliz. ¿Pero estaba preparada para confiar? Debía hacerlo, se dijo a sí misma.

–Al menos, ya no tenemos la presión de la inseminación artificial sobre nuestras cabezas.

Joe cambió de postura para poder mirarla a los ojos.

–Supongo que, después de todo lo que has pasado, estás contenta

con tener solo un hijo, ¿no?

–Cielos, sí. ¿Tú, no?

–Claro que sí. Me basta con que seamos tres –afirmó él, riendo–. De cualquier manera, sería difícil tener un hijo más bonito que Jacko.

Ellie sonrió, percibiendo su orgullo de padre. Ella estaba de acuerdo. No podían pedir un niño mejor que su precioso hijo.

–¿Entonces no pasa nada porque no usemos protección?

–Bueno, yo creo que no. Mira lo mucho que me costó quedarme embarazada de Jacko. Pero hablaré con el médico cuando vaya al pueblo –contestó ella, frunciendo el ceño–. Ahora que estamos empezando de nuevo, otro embarazo es lo último que necesitamos. Quiero cerrar ese capítulo de mi vida.

–Me parece bien.

Ella suspiró llena de alivio.

Joe la besó e hicieron el amor otra vez, con una nueva sensación de libertad y gozoso abandono.

Capítulo 10

Cuando Ellie se despertó a la mañana siguiente, lo primero que vio fue a Joe tumbado a su lado. Se deleitó unos minutos observándolo. Era tan masculino y sexy que el corazón se le aceleró sin remedio, como siempre que lo miraba.

En la cocina, hizo té y, cuando llevó las dos tazas al dormitorio, Joe estaba despierto.

–No puedo quedarme en la cama tomando té –protestó él–. Tengo que dirigir un rancho.

–Hazlo por mí, Joe. Solo hoy. Estamos de vacaciones.

Ellie abrió las puertas del balcón y se sentaron juntos en la cama, mirando hacia los prados de Karinya, donde la hierba empezaba a resurgir tras las lluvias recientes.

–Por nosotros –brindó ella.

–Por nosotros –repitió él, posando un beso en su hombro.

–¿Eso quiere decir que estás decidido a quedarte?

–Por supuesto, Ellie –dijo él y la miró un momento en silencio–. Tienes que confiar en mí. Esto no saldrá bien, si no confías.

–Lo sé –replicó ella, sorprendida porque hubiera dado en el blanco de su problema. Debía confiar no solo en Joe, sino en sí misma y en el futuro–. Lo siento.

–No quiero más disculpas. Podríamos pasarnos toda una vida pidiéndonos perdón, pero debemos dejar atrás el pasado.

–Vamos a tener que decirle a Jacko que eres su padre.

Joe esbozó una expresión de tanta felicidad que a ella se le saltaron las lágrimas. Si no hubieran tenido las tazas calientes en las manos, se habrían abrazado.

–Cuando estábamos juntos, antes… no era tan malo, ¿no crees?

Joe meneó al cabeza.

–Si soy sincero, tengo más buenos recuerdos que malos.

–¿Cuál es tu recuerdo favorito? –quiso saber ella, sonriendo.

–Ese día que llevaste la cena al prado Lowmead.

–¿De veras?

–Sí. Me había costado mucho arreglar esa valla bajo el sol abrasador. Y, justo cuando terminaba, apareciste con una gran sonrisa y una deliciosa comida.

Ellie se puso radiante al ver cómo Joe sonreía al recordar.

–Me trajiste jabón y una toalla. Y, mientras me lavaba, pusiste la

mesa de picnic con sillas debajo de un árbol. Pusiste un mantel rojo de cuadros. Habías preparado un exquisito pollo al curry y llevabas vino frío y tarta de caramelo al ron de postre.

–¿Así que es verdad?

–¿El qué?

–¿Que se llega al corazón de un hombre a través de su estómago? Joe rio.

–Debe de ser verdad. Ese día me encantó porque fue todo muy espontáneo.

–Para ti. Yo llevaba días planeándolo.

–Fue una sorpresa maravillosa. Éramos muy felices entonces.

–Sí.

–¿Y cuál es tu recuerdo favorito?

–Ah, creo que la noche que casi dormimos en el aparcamiento.

–¿Y terminamos en la suite nupcial?

–Sí. Fue muy divertido.

–Sobre todo, porque nunca habíamos tenido una luna de miel como es debido. Tenemos que volver allí alguna vez.

Ellie arqueó una ceja con escepticismo.

–¿Crees que dejarán entrar a Jacko?

–Mi madre puede cuidarlo.

–Sí, eso estaría bien –dijo ella. Sin embargo, se le contrajo el estómago al oír nombrar a la madre de Joe–. Vamos a tener que decírselo a nuestras familias.

–¿Lo nuestro?

–Sí.

–A mis padres les encantará la noticia.

–A la mía, no.

Por primera vez en esa mañana, Joe frunció el ceño.

–No pasa nada –le tranquilizó ella, besándolo en la mandíbula–. Mamá tendrá que aceptarlo. Si no lo hace, no dejaré que eso se interponga entre nosotros.

–¿Lo prometes?

–Lo prometo.

La transición a su nueva vida fue como la seda. El nivel del río bajó y él llamó para renunciar a su empleo en el Índico. En Año Nuevo, ambos llamaron a sus familias para darles la noticia. Como habían predicho, los padres de Joe se mostraron encantados.

–Cariño, qué alivio –dijo su madre–. He rezado mucho para que os reconciliarais –añadió, llorando y riendo de emoción–. Espera a que se lo diga a tu padre. Le va a hacer mucha ilusión. Como sabes, nos morimos por conocer a Jacko. Y también tenemos ganas de ver a Ellie.

¿Podréis visitarnos pronto? Si no, igual podemos ir nosotros. Tenemos mucha ayuda aquí, en el rancho. Sería más fácil para nosotros tomarnos unos días libres.

Antes de que Ellie pudiera llamar a su madre, recibió una llamada de Nina, la niñera.

–Ellie, siento mucho dejarte en la estacada, pero he tenido una oferta de trabajo que es un sueño para mí, una plaza en el Diario de Cairns.

Nina había estudiado Periodismo y, hasta el momento, solo había logrado hacer sustituciones.

–No te preocupes –repuso Ellie–. Mi marido ha vuelto a casa, así que nos las arreglaremos solos.

No le había hablado a Nina de sus planes de divorcio, así que la joven aceptó la noticia como una sorpresa.

Por supuesto, Ellie había esperado contar con una niñera para poder trabajar en el rancho, junto a Joe, pero él parecía más dispuesto a compartir las tareas domésticas que en el pasado y sería más fácil repartirse los quehaceres entre los dos.

Habían conseguido una nueva sensación de paz, cercanía y solidaridad. Era como si hubieran superado una dolorosa prueba y hubieran salido más fuertes. Y, como recompensa, todo parecía ir como en un cuento de hadas. Por primera vez, Ellie empezaba a confiar en que su felicidad podía durar.

–Oh, Ellie, lo sabía. Eres muy débil en lo que se refiere a ese hombre –la reprendió su madre por teléfono–. No pasará mucho tiempo hasta que te deje de nuevo.

–¿De verdad crees que me ayudas atacando a Joe siempre que puedes, mamá?

–Solo quiero tu bien, cariño –rezongó su madre.

–No lo creo.

–Pero Ellie…

–Siempre te ha desagradado Joe –protestó Ellie. Aunque, si lo pensaba bien, no era cierto. Su madre se había mostrado encantada con él, hasta que se habían casado. Entonces, su actitud se había vuelto más desaprobadora. Ella nunca había entendido por qué.

–No solo es mi opinión. Harold me ha advertido sobre Joe –añadió su madre.

–¿Harold?

–Sí. Ha aprendido mucho en el mundo de la política y se le da muy bien juzgar a las personas. Pero tú siempre has querido hacer las cosas a tu manera… Supongo que ahora no querrás visitarnos, ¿o sí?

–Bueno, yo…

–Tendremos que ir nosotros a verte –anunció su madre poco antes de colgar.

Aquella perspectiva puso a Ellie muy nerviosa. Sin embargo, intentó calmarse, diciéndose que, con Joe a su lado, podía con todo.

Casi se convenció a sí misma de ello, hasta el día en que se dio cuenta de que el periodo se le había retrasado dos semanas.

Capítulo 11

No podía estar embarazada. ¿O sí?

Un miedo repentino le hizo recordar cómo su primer aborto había desembocado en una espiral de sufrimiento y frustración.

Ni siquiera le calmaba recordar que Jacko hubiera nacido sano. Todo, desde su concepción hasta el parto, había sido estrictamente controlado por los médicos. Se había pasado casi nueve meses en Townsville, en el hospital, mientras un capataz se había ocupado de su rancho.

Un embarazo no planeado despertaría sus viejos miedos, toda la tensión y la preocupación porque surgieran complicaciones.

No quería pasar por eso de nuevo. No, cuando tenía a Jacko y Joe y ella se habían reconciliado y eran tan felices.

Todo había ido tan bien. Joe parecía encantado de estar en el rancho.

–Después de haber crecido en un rancho de ganado, no puedo evitar sentirme apegado a la tierra. No consigo entender cómo pensé que podía ser feliz en medio del océano, sin Jacko y sin ti a mi lado –le había dicho él la noche anterior.

¿Pero seguiría siendo feliz cuando le contara la noticia?, se preguntó, angustiada.

Ellie comprendía que su problema estaba lleno de ironía. Se había pasado años buscando un bebé y, en el presente, le aterrorizaba la perspectiva de estar embarazada de nuevo. Joe y ella habían decidido juntos que no querían más hijos.

Justo cuando iban a empezar una nueva vida… solo los tres.

Nerviosa, buscó en el armario del baño y encontró una prueba de embarazo antigua, que no estaba abierta y no había pasado su fecha de caducidad. Mientras esperaba el resultado, cerró los ojos, rezando porque no aparecieran las rayitas rojas.

Cuando abrió los ojos, le lanzó una mirada asustada a la barra de la prueba.

Dos rayitas.

Oh, cielos. No podía ser verdad, se dijo, empapada en sudor.

El embarazo solo podía llevarla al mismo sitio donde el tren de su matrimonio había descarrilado. Revivirían todo el dolor, todo el miedo y la incertidumbre.

¿Por qué diablos había sido tan tonta como para pensar que no

podía quedarse embarazada?

Con manos temblorosas, tiró la barra a la basura. Guardó una prueba que le quedaba sin abrir, pensando que se haría otro test en unos días, por si solo había sido un error. Hasta entonces, no podía decírselo a Joe.

No había necesidad de disgustarlo sin razón, sobre todo, cuando sus padres iban a ir a visitarlos a finales de semana.

Debía ocultar su tensión, se dijo, forzándose a sonreír. Por nada del mundo quería que Jacko o Joe se dieran cuenta de que le pasaba algo.

Durante los días siguientes, Ellie mantuvo la calma con bastante éxito, aunque seguía sin tener el periodo. Se volvió a hacer la prueba y volvió a obtener un par de rayas rojas.

Su tensión iba en aumento. Los padres de Joe llegarían el viernes y ella quería que vieran lo felices que eran. Llevaban días de preparativos. Habían puesto una cama más en el cuarto de invitados, habían hecho una limpieza general concienzuda y habían preparado bizcochos.

Sin embargo, iba a tener que hablarle a Joe del embarazo antes de que llegaran. Y no sabía cómo reaccionaría.

La noche antes de la visita de los Madden, Ellie tenía el estómago en un puño cuando fue a darle a su pequeño un beso de buenas noches. En su dormitorio, se quedó sin respiración al ver a padre e hijo dormidos juntos en el sillón. Joe tenía el cuento en una mano y, con el otro brazo, sujetaba a Jacko, que estaba acurrucado sobre su pecho.

Parecían tan unidos, tan felices…

Aquella sencilla escena, reflejaba una protección y una fuerza silenciosas, tanto que tocó algo muy dentro de Ellie.

En las últimas semanas, ella había ido ganando confianza en que Joe estaba allí para quedarse. Al verlo dormido con su hijo, una rotunda certeza se apoderó de ella.

Con Joe, podía enfrentarse al futuro y a todos los obstáculos que el destino le tuviera preparados. Podrían lidiar con su embarazo juntos, pasara lo que pasara.

Sin duda, debía contárselo esa noche, decidió. Prepararía un baño relajante y, después, iría a despertarlo y hablaría con él. Se lo contaría tranquila, para que supiera que estaba bien, que su matrimonio no se resentiría, pasara lo que pasara…

Con una sonrisa en la cara, Ellie salió de puntillas para no hacer ruido. El único nubarrón en su horizonte era la idea de que Harold iría a visitarlos con su madre cuatro días después. Pero no quería pensar en él esa noche, no le dejaría estropear su calma y su esperanza.

Se dio un baño con esencia de rosas, iluminada solo con una vela encendida en una esquina. Se obligó a relajarse y se tumbó con los ojos cerrados, respirando despacio, profundamente.

Se imaginó serena y confiada, dándole a Joe la noticia. Ni demasiado ansiosa, ni demasiado excitada. Se mostraría positiva y optimista.

La esencia a rosas y la suave luz actuaron como un bálsamo. Se sumergió un poco más, disfrutando del agua caliente. Pasara lo que pasara, todo iría bien. Por Joe. Ella…

El teléfono sonó de pronto en la cocina.

Ellie se sentó de golpe en la bañera. Joe estaba dormido. Se preguntó si el ruido lo despertaría o si era mejor que saliera del baño y corriera, chorreando agua, hasta el teléfono.

Entonces, oyó los pasos de Joe por el pasillo. Y oyó su voz.

–Hola, Angela.

Era su madre, se dijo Ellie y se sumergió en el agua de nuevo, aliviada porque Joe se encargara de esa conversación. Esa noche, no estaba preparada para hablar con su madre. Solo la haría ponerse nerviosa de nuevo, salir de su estado de calma.

Tampoco quería pensar en las dos semanas que iba a tener a Harold en su casa… y con un solo baño. ¿Cuántas veces abriría su padrastro la puerta de forma supuestamente accidental?

Aquel desagradable pensamiento le robó definitivamente la paz mental. Se incorporó de nuevo, furiosa consigo misma.

Sin proponérselo y contra su voluntad, estaba reviviendo las noches en que Harold había irrumpido en su intimidad. Tenía las imágenes vivamente grabadas en la memoria.

La mirada lasciva de Harold, su asquerosa sonrisa, sus ojos clavados en los pechos de ella.

Estremeciéndose, Ellie comprendió que no tenía sentido seguir tumbada en la bañera, acompañada de los recuerdos de su padrastro. Se puso de pie y quitó el tapón con rabia, dejando que el agua cayera con estrépito por el sumidero y las viejas cañerías.

Mientras tomaba una toalla, le pareció oír un sonido a su espalda. La puerta abriéndose. Maldito Harold.

Presa de un miedo irracional, se giró de golpe.

Una figura masculina borrosa la miraba desde la puerta.

–¡Fuera! –gritó ella, llena de pánico–. ¡Fuera! –repitió. Su reacción fue visceral, más allá de la lógica–. ¡Déjame en paz, monstruo! –chilló con los ojos cerrados.

–¿Pero qué te pasa, Ellie?

Ella estaba tan aturdida que tardó unos momentos en recuperar el sentido.

¿Joe?

Claro que era Joe.

Y la estaba mirando horrorizado, como si fuera una víbora de siete cabezas.

Jadeando, Ellie trató de disculparse, pero le costaba pronunciar palabra.

–Lo siento, Joe, yo…

Sin embargo, él no esperó a que terminara. La miró sin dar crédito, meneó la cabeza, furioso, se giró de golpe y cerró la puerta detrás de él de un portazo.

Conmocionada, ella se sentó en el borde de la bañera.

No podía creer que hubiera reaccionado como una loca en frente de Joe, como si hubiera tenido miedo de su marido, el hombre al que amaba. Los dos habían compartido el baño muchas veces. Sin ir más lejos, la semana pasada, se lo habían pasado de maravilla haciendo el amor bajo la ducha caliente.

Pero la mirada de Joe lo había dicho todo. Había leído en sus ojos su disgusto, su desesperación y su decepción.

Deprisa, se puso la bata y se peinó. Ante el espejo, tenía un aspecto horrible. Pero no tenía tiempo para preocuparse por eso. Tenía que encontrar a Joe y hablar con él.

No lo encontró en la cocina, ni en el salón, ni en el estudio, ni en su dormitorio.

¿Acaso se había ido? ¿En medio de la noche?

Temiendo lo peor, Ellie corrió al porche. Joe tampoco estaba ahí.

Entonces, vio una sombra en las escaleras. Con alivio, lo encontró sentado en el último peldaño, con la cabeza entre las manos y los hombros hundidos.

Parecía derrotado.

Y todo por su culpa, se dijo Ellie con el corazón encogido, más consciente que nunca de lo mucho que lo amaba. Sin embargo, después de su escena de histerismo en el baño, ¿cómo iba a poder contarle que estaba embarazada?

Con cuidado, se acercó a él. Aunque no fuera el mejor momento, sabía que tenía que disculparse y explicarse. Quizá, incluso, tenía que contarle lo de Harold.

¿Podría encontrar el valor para hacerlo?

–¿Joe? –llamó ella con suavidad.

–¿Qué diablos está pasando, Ellie? –preguntó él, levantando la cabeza al instante.

–Joe, lo siento mucho.

Él se puso en pie. Tenía la cara pálida como la luna.

–¿Qué ha pasado ahí dentro?

–Lo siento. No fue por ti, Joe. Por favor, créeme. No sabía que eras tú.

–¿Quién más podía ser? –replicó él con una mueca de incredulidad–. Me viste. Estaba delante de ti y seguías gritando. Soy tu marido, por todos los santos, no el asesino del hacha. Pensé… –comenzó a decir y se interrumpió un momento, apretando los dientes–. Pensé que todo iba a salir bien y, de repente, me montas una escena como esa.

–No fue una escena.

–Entonces, ¿qué fue? ¿Acaso quieres decirme que estabas asustada de verdad? ¿De quién? ¿De mí?

–Pensé… por un momento… creí… –balbuceó ella y tragó saliva con un nudo en la garganta–. No puedo explicártelo a menos que te cuente… Hay algo que te tenía que haber dicho hacía años.

Joe se quedó mirándola, perplejo y desconfiado.

–¿Y qué es?

A pesar de que le temblaba todo el cuerpo, Ellie consiguió bajar los últimos peldaños y sentarse a su lado.

–Harold.

–¿Tu padrastro?

Ellie asintió.

–¿Le tienes miedo?

–Sí –consiguió decir ella.

Durante unos instantes, Joe se quedó mirándola con la mandíbula apretada. Sus ojos delataban que le estaba dando vueltas a aquella breve información, leyendo entre líneas.

–¿Por eso te fuiste de tu casa cuando eras tan joven?

–preguntó él al fin, tras soltar una maldición.

–Tuve que irme.

Joe maldijo de nuevo, con más fuerza. Se puso en pie y, tras unos segundos, volvió a mirarla.

–Nunca habías dicho una palabra de eso.

–Lo sé. No fui capaz.

–¿Por qué?

–Lo intenté, pero me resultaba muy difícil. Me sentía avergonzada. Como había intentado decírselo a mi madre y ella no me había creído, pensé que lo mejor era olvidarlo.

–Oh, Ellie –murmuró él, se acercó y la abrazó.

Fue la sensación más reconfortante del mundo. Ellie apoyó la cabeza en su hombro, saboreando su fuerza. Era un alivio haberse librado de esa carga por fin. Y Joe lo comprendía. Debería haber confiado en él antes… –Cuéntamelo ahora.

–Pero ya lo has adivinado –protestó ella, encogiéndose sin querer.

–Mi imaginación funciona demasiado rápido. Prefiero que me cuentes lo que pasó en realidad.

–Puede que pienses que hice una montaña de un grano de arena.

–¿Cómo voy a pensar eso, después de que casi me arrancas los ojos esta noche?

–No ha sido para tanto –se defendió ella.

–Sí lo ha sido. Pasara lo que pasara con Harold, sé que todavía te hace daño, después de tanto tiempo. No voy a ponerte en duda, Ellie.

Ellie sabía que era cierto. Joe no era como su madre. Y estaba genuinamente preocupado por ella.

Sentados en las escaleras, ante los prados de Karinya bañados por la noche, Joe la escuchó sin interrumpirla, mientras le contaba todo desde el principio.

–Esta noche, cuando estaba en la bañera, preguntándome cómo iba a poder soportar la visita de Harold después de lo que me había hecho, la puerta del baño se abrió… y me asusté.

–No –dijo él.

–¿No qué?

–Harold no va a venir. Tu madre llamó para decir que viene sola. Dice que su marido está demasiado ocupado con su trabajo –informó él–. Y es mejor así. Le hubiera tenido que arrancar la cabeza.

–Me pregunto si Harold lo ha adivinado –señaló ella–. Lo siento, Joe, debí habértelo contado hace años.

Él se encogió de hombros y la observó un momento en silencio.

–Es raro que no hayas quedado traumatizada respecto al sexo.

–Contigo, no, nunca.

–Gracias al Cielo.

–Pero creo que tengo dificultades para confiar –admitió ella–. Siempre estoy esperando que las cosas salgan mal.

–Te has llevado unas cuantas desilusiones importantes en tu vida.

–Sí. Por alguna razón, siempre temí que me dejaras, desde que empezamos a salir.

–Y yo te dejé.

–¿Quién podría culparte? –replicó ella y apartó la vista, recordando todas las veces que lo había tratado injustamente, echándole la culpa de todas sus desgracias–. Supongo que debí buscar ayuda psicológica.

–No es tarde.

–Pero ya me siento mejor, estando contigo.

Joe la abrazó y ella cerró los ojos, inspirando su calor.

–Ya que estamos aquí, me pregunto si hay algo más que quieras confesarme –sugirió él.

Ah.

Claro que había algo, se dijo ella. Se incorporó nerviosa, apartándose un poco de él.

–Pues sí. Me temo que sí. Hay otra razón por la que estaba tensa esta noche, aunque estoy segura de que todo va a salir bien.

–¿No estarás enferma, verdad? –preguntó él con preocupación.

–No, no. Estoy bien. Pero… Estoy… Estamos… –¿Estás embarazada? –susurró él.

–Me temo que sí. Eso parece.

Un silencio siguió a continuación. Ellie se abrazó las rodillas, sin atreverse a adivinar lo que él estaba pensando.

–¿Estás bien, Joe? –preguntó ella al fin.

–Sí. Aunque estoy preocupado por ti. ¿Tú qué sientes?

Su reacción fue mucho mejor de lo esperado por Ellie.

–Me estoy acostumbrado poco a poco a la idea. Fue un shock al principio. Estaba segura de que no podía quedarme embarazada.

–Me convenciste de que no era posible.

–Lo sé –admitió ella, apretándose las rodillas con más fuerza.

–¿Desde hace cuánto tiempo lo sabes?

–Desde el lunes. Espero que no te importe que no te lo contara antes. No quería molestarte, si era una falsa alarma.

Joe se quedó mirándola en silencio un rato más.

–Estoy muy impresionado, Ellie. Debes de haber estado muy preocupada y, durante toda la semana, no diste muestras de ello. Has estado preparándolo todo para la llegada de mis padres, como si no te pasara nada.

–Bueno, decidí que iba a mantener la calma respecto a este embarazo, a toda costa.

–Me alegro –dijo él con una sonrisa.

Aliviada, Ellie le dio un beso en la mejilla.

–Sufriré si pierdo a otro bebé, pero tú eres lo más importante que tengo en mi vida ahora. Jacko y tú. He aprendido la lección. No voy a dejar que nada estropee lo que ya tengo –afirmó ella–. Te quiero, Joe Madden.

Los dos se quedaron abrazándose, recordando lo cerca que habían estado de separarse para siempre.

–A partir de ahora, todo va a ir bien.

–Sí.

–Y te prometo que, pase lo que pase con este embarazo, estaré siempre a tu lado. Compartiremos cada tramo del camino –aseguró él y selló su promesa con un beso, el más sincero que habían compartido jamás.

Epílogo

La luz del sol se filtraba por las vidrieras de la iglesia y bañaba los jarrones con lirios y gladiolos que habían quedado de la boda del día anterior.

Todos los Madden estaban reunidos ante la pila bautismal.

La madre de Ellie, Angela, también estaba allí, sonriente y feliz por primera vez en meses. Había pasado un año muy estresante, pero por fin había superado el divorcio de Harold.

Se había mudado a Townsville, a un precioso ático con terraza y vistas a la bahía. Por supuesto, su exmarido era el encargado de pagarlo.

Después de que se hubieran esparcido rumores de su acoso a varias chicas jóvenes, Angela había comprendido, al fin, que las acusaciones de su hija habían sido fundadas.

Pero eso era historia y, ese día, todo era motivo de felicidad.

Ellie estaba radiante con un vestido de lino rosa. En sus brazos, Will, un bebé regordete dormía beatíficamente, ignorante del complicado atuendo de encaje y bordado a mano que los miembros de la familia Madden habían llevado durante generaciones a la pila bautismal.

Jacko también estaba vestido para la ocasión, pues iba a bautizarse junto con su hermano. Cuando era bebé, Ellie había estado demasiado ocupada con la crianza como para organizar celebraciones.

Tras un embarazo tranquilo, Will había nacido en una bonita mañana de septiembre. Y su padre había estado junto a su madre cada precioso instante del proceso.

En ese instante, mientras el sacerdote se acercaba a los pequeños, Ellie y Joe se miraron y sonrieron. Habían dado muchas vueltas para llegar adonde estaban, aunque había merecido la pena. Ambos sabían que siempre habría curvas en la carretera, pero no les importaba si viajaban juntos.

Fin